

## S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LAS COSTUMBRES DE LA IGLESIA CATÓLICA Y SOBRE LAS COSTUMBRES DE LOS MANIQUEOS, DOS LIBROS. (C)

### ADVERTENCIA SOBRE LOS DOS LIBROS SIGUIENTES.

Siguen los dos libros sobre las Costumbres de la Iglesia Católica y sobre las Costumbres de los Maniqueos, que aunque Agustín en el primer libro de las Retracciones los anteponga a los demás que elaboró en Roma poco después de su bautismo, tal vez alguien podría objetar que fueron editados en este orden: primero, porque en el inicio del primer libro menciona que ya había tratado suficientemente en otros libros cómo enfrentar las impías e ignorantes invectivas de los maniqueos contra el Antiguo Testamento. A esto se refiere la obra previa sobre el Génesis contra los Maniqueos, que fue la primera obra publicada abiertamente contra esos mismos herejes después de su regreso a África, como indica en el primer libro de las Retracciones, capítulo diez; luego, hacia el final del segundo libro, él mismo habla de tal manera que podría parecer que ya estaba ausente de la ciudad de Roma; finalmente, en el capítulo doce del mismo libro, relata algo que escuchó recientemente en Cartago. Sin embargo, esto no hace que sea dudosa la afirmación de Agustín de que ya bautizado, escribió los siguientes libros cuando estaba en Roma, y por lo tanto, hacia el final del año 387 d.C., cuando se dirigió a esa ciudad, o ciertamente al inicio del año siguiente, gran parte del cual permaneció allí. Esto puede conciliarse de tal manera que se diga que la escritura de esos libros se realizó en Roma, pero su publicación o finalización se pospuso para algún tiempo. Sea lo que sea al respecto, para la comprensión de estos libros ayudará haber aprendido los errores de los maniqueos de lo anterior.

En el primer libro, al hablar sobre las Costumbres de la Iglesia Católica, Agustín establece que el bien supremo, al que deben referirse nuestras costumbres, no es otro que Dios. Además, se debe aspirar a Él con el más alto amor, como se enseña en la Iglesia católica con la autoridad del Antiguo y Nuevo Testamento. Luego describe los deberes de la caridad hacia el prójimo: y finalmente relata ejemplos de continencia y costumbres verdaderamente cristianas que han brillado en los alumnos de la Iglesia católica.

En el segundo, que tituló sobre las Costumbres de los Maniqueos, refuta principalmente el error de estos herejes sobre el origen y la naturaleza del mal. Luego examina los tres sellos de la boca, las manos y el seno, como los llamaban, con los que ocultaban sus impías costumbres. Reprueba su abstinencia supersticiosa. Y finalmente menciona algunas de las infamias descubiertas en ellos.

**LIBRO PRIMERO. SOBRE LAS COSTUMBRES DE LA IGLESIA CATÓLICA.** Al principio, Agustín establece que las costumbres por las cuales se vive santamente en la Iglesia deben referirse al bien supremo del hombre, es decir, a Dios. Luego, se debe aspirar a Él con el más alto amor, y este es un dogma confirmado en la Iglesia católica con la autoridad de ambos Testamentos. Muestra que las cuatro virtudes se dicen de un cierto afecto variado del amor de Dios. Habla de los deberes de la caridad hacia el prójimo; y finalmente relata ejemplos de continencia y costumbres verdaderamente cristianas que han brillado en los alumnos de la Iglesia católica.

**CAPÍTULO PRIMERO.**---Cómo descubrirá los engaños de los maniqueos. Dos cosas con las que engañan los maniqueos.

1. En otros libros creo que hemos tratado suficientemente cómo podemos enfrentar las invectivas de los maniqueos, que se lanzan impía e ignorantemente contra la Ley, que se llama Antiguo Testamento, y se jactan con vana ostentación entre los aplausos de los ignorantes: lo cual también puedo recordar brevemente aquí. Pues, ¿quién con una mente medianamente sana no entendería fácilmente que la interpretación de las Escrituras debe buscarse en aquellos que profesan ser sus doctores; y que puede suceder, de hecho siempre sucede, que muchas cosas parecen absurdas a los indoctos, que cuando son explicadas por los más doctos, parecen dignas de alabanza, y se reciben con más dulzura abiertas, cuanto más difícilmente se abrían cerradas? Esto sucede casi siempre en los libros sagrados del Antiguo Testamento, si es que quien se ofende con ellos busca un doctor piadoso de ellos, en lugar de un impío detractor, y se impregna primero con el estudio del que busca, que con la temeridad del que reprende. Y si, deseando aprender, cae en algunos, ya sean obispos o presbíteros, o de cualquier tipo de prelados y ministros de la Iglesia católica, que o bien evitan revelar los misterios abiertamente, o contentos con la fe simple, no se preocupan por conocer cosas más altas, no debe desesperar de que allí esté la ciencia de la verdad, donde no todos los que son preguntados pueden enseñar, ni todos los que preguntan son dignos de aprender. Por lo tanto, se debe aplicar diligencia y piedad: con una encontraremos a los que saben; con la otra, mereceremos saber.

2. Pero dado que las dos principales seducciones de los maniqueos, con las que los incautos son engañados para que deseen tenerlos como maestros, son: una, cuando reprenden las Escrituras, ya sea porque las entienden mal o porque quieren que se entiendan mal; la otra, cuando presentan una imagen de vida casta y de continencia memorable: este libro contendrá nuestra opinión congruente con la disciplina católica sobre la vida y las costumbres, en el cual tal vez se entenderá cuán fácil es simular, y cuán difícil es tener virtud. Seguiré ciertamente ese modo, si puedo, de no arremeter tan gravemente contra sus enfermedades, que me son muy conocidas, como ellos lo hacen contra lo que ignoran; pues deseo más que sean sanados, si es posible, que atacados. Y tomaré testimonios de las Escrituras, a los que ellos deben necesariamente creer, del Nuevo Testamento, de los cuales, sin embargo, no presentaré nada de lo que suelen decir que ha sido introducido, cuando se ven acorralados; sino que diré lo que se ven obligados a aprobar y alabar. Y no dejaré ninguna sentencia testigo presentada de la disciplina apostólica, a la que no compare una similar del Antiguo Testamento; para que si finalmente desean despertar, dejando la obstinación de sus sueños, y aspirar a la luz de la fe cristiana, adviertan tanto cuán no es cristiana la vida que muestran, como cuán es Escritura de Cristo la que laceran.

CAPÍTULO II.---Primero actúa con razones, obedeciendo la costumbre viciosa de los maniqueos.

3. ¿De dónde, pues, comenzaré? ¿De la autoridad, o de la razón? El orden de la naturaleza es tal que cuando aprendemos algo, la razón precede a la autoridad. Pues la razón puede parecer débil, que cuando ha sido expuesta, asume después la autoridad por la cual se fortalece. Pero como las mentes de los hombres, oscurecidas por la costumbre de las tinieblas, con las que se cubren en la noche de los pecados y vicios, no pueden dirigir una mirada adecuada a la claridad y sinceridad de la razón; se ha dispuesto muy saludablemente que la autoridad, como con ramas de humanidad, conduzca la mirada vacilante a la luz de la verdad. Pero como estamos tratando con aquellos que sienten, hablan y actúan contra el orden, y no dicen principalmente otra cosa que la razón debe ser expuesta primero, les complaceré; lo cual confieso que es vicioso en la discusión, lo asumiré. Pues me deleita imitar, en cuanto puedo, la mansedumbre de mi Señor Jesucristo, quien incluso se revistió del mal de la muerte misma, de la que quería despojarnos.

CAPÍTULO III.---Bienaventurado quien disfruta de lo que es lo mejor del hombre. Qué es lo mejor del hombre. Dos condiciones del bien supremo: 1ª que nada sea mejor que él; 2ª que sea tal que no lo pierda involuntariamente.

4. Busquemos, pues, con razón cómo debe vivir el hombre. Ciertamente todos queremos vivir bienaventuradamente; y no hay nadie en el género humano que no consienta en esta sentencia antes de que se haya expresado completamente. Sin embargo, bienaventurado, según creo, no puede llamarse a quien no tiene lo que ama, sea lo que sea; ni a quien tiene lo que ama, si es nocivo; ni a quien no ama lo que tiene, aunque sea lo mejor. Pues quien desea lo que no puede obtener, se atormenta; y quien ha obtenido lo que no debe desear, se engaña; y quien no desea lo que debería obtener, está enfermo. Nada de esto sucede al alma sin miseria; y la miseria y la bienaventuranza no suelen habitar juntas en un mismo hombre: por lo tanto, ninguno de ellos es bienaventurado. Queda, según veo, un cuarto lugar donde puede encontrarse la vida bienaventurada; cuando lo que es lo mejor del hombre, se ama y se posee. Pues, ¿qué otra cosa decimos disfrutar, sino tener presente lo que amas? Y nadie es bienaventurado que no disfruta de lo que es lo mejor del hombre; ni nadie que lo disfruta, no es bienaventurado. Por lo tanto, debe estar presente para nosotros nuestro óptimo, si pensamos vivir bienaventuradamente.

5. Sigue que busquemos qué es lo mejor del hombre, que ciertamente no puede ser peor que el mismo hombre. Pues quien sigue lo que es peor que él mismo, se hace también peor. Pero todo hombre debe seguir lo que es óptimo. Por lo tanto, lo mejor del hombre no es peor que el hombre. Tal vez será algo tal como el mismo hombre es. Que así sea, si no hay nada mejor que el hombre de lo que pueda disfrutar. Pero si encontramos algo que es más excelente que el hombre, y puede estar presente para el hombre que lo ama; ¿quién dudará que el hombre debe esforzarse por ello para ser bienaventurado, lo cual es manifiestamente más excelente que el mismo que se esfuerza? Pues si ser bienaventurado es haber alcanzado tal bien que no puede haber mayor, y eso es lo que llamamos óptimo; ¿cómo puede incluirse en esa definición quien no ha alcanzado su bien supremo? ¿O cómo es supremo, si hay algo mejor a lo que podemos llegar? Por lo tanto, si esto es, debe ser tal que no lo pierda involuntariamente. Pues nadie puede confiar en tal bien, que siente que puede serle arrebatado, aunque quiera retenerlo y abrazarlo. Pero, ¿quién puede ser bienaventurado en tanto temor de perder lo que disfruta?

CAPÍTULO IV.---Qué es el hombre.

6. Busquemos, pues, qué es mejor que el hombre. Lo cual ciertamente es difícil de encontrar, a menos que primero se considere y discuta qué es el mismo hombre. Y ahora no creo que deba pedirse de mí una definición del hombre. Lo que más bien me parece que debe buscarse en este lugar es, ya que casi todos están de acuerdo, o ciertamente, lo que es suficiente, entre mí y aquellos con quienes ahora se trata esto, que estamos compuestos de alma y cuerpo, qué es el mismo hombre, si es ambos de estos que he nombrado, o solo el cuerpo, o solo el alma. Pues aunque sean dos, alma y cuerpo, y ninguno de ellos se llamaría hombre si no existiera el otro (pues ni el cuerpo sería hombre si no hubiera alma; ni nuevamente el alma sería hombre si no animara ese cuerpo); sin embargo, puede suceder que uno de ellos sea considerado y llamado hombre. ¿Qué, pues, decimos que es el hombre? ¿El alma y el cuerpo, como un carro o un centauro? ¿O solo el cuerpo, que está al servicio del alma que lo gobierna; como llamamos lámpara, no al fuego y al recipiente juntos, sino solo al recipiente, sin embargo, por el fuego? ¿O no decimos que el hombre es otra cosa que el alma, pero por el cuerpo que gobierna, como llamamos jinete no al caballo y al hombre juntos, sino solo al hombre, sin

embargo, por estar acomodado para gobernar el caballo? Es difícil juzgar esta controversia; o si es fácil por razón, es largo de explicar: trabajo y demora que no es necesario asumir y soportar. Pues ya sea ambos, o solo el alma, lo que se llama hombre, no es lo mejor del hombre lo que es lo mejor del cuerpo; sino lo que es lo mejor para el cuerpo y el alma juntos, o solo para el alma, eso es lo mejor del hombre.

CAPÍTULO V.---Lo mejor del hombre no es lo que es solo del cuerpo, sino lo que es lo mejor del alma.

7. Pero si buscamos qué es lo mejor del cuerpo, cierta razón nos obliga a admitir que es aquello por lo cual el cuerpo se mantiene en el mejor estado posible. Pero nada de todo lo que da vida al cuerpo es mejor y más excelente que el alma. Por lo tanto, el bien supremo del cuerpo no es su placer, ni su indolencia, ni su fuerza, ni su belleza, ni su velocidad, y si algo más suele contarse entre los bienes del cuerpo, sino que es completamente el alma. Pues también estas cosas que se han mencionado, la presencia de sí misma las exhibe al cuerpo, y lo que supera a todas, la vida. Por lo tanto, no me parece que el alma sea el bien supremo del hombre, ya sea que digamos que el hombre es el alma y el cuerpo juntos, o solo el alma. Pues así como la razón encuentra que el bien supremo del cuerpo es lo que es mejor que el cuerpo, y por lo cual se le da vigor y vida: así, ya sea que el hombre sea el cuerpo y el alma, o solo el alma por sí misma, se debe encontrar si hay algo que preceda al alma misma, que cuando el alma lo sigue, se hace en su género lo mejor que puede. Si podemos encontrar esto, será ciertamente lo que, eliminando todas las ambigüedades, debe ser llamado con justo mérito el bien supremo del hombre.

8. O si el cuerpo es el hombre, no puedo negar que lo mejor del hombre es el alma misma. Pero ciertamente cuando se trata de costumbres, cuando buscamos qué modo de vida se debe seguir para poder alcanzar la bienaventuranza, no se dan preceptos al cuerpo, no se investiga la disciplina del cuerpo. Finalmente, la parte nuestra que actuará con buenas costumbres es aquella que investiga y aprende; y estas son propias del alma: por lo tanto, no se trata del cuerpo cuando nos esforzamos por obtener la virtud. Y si es consecuente, como lo es, que el mismo cuerpo, cuando es gobernado por un alma que es poseedora de virtud, se gobierna mucho mejor y más honestamente, y se mantiene en el mejor estado posible, cuanto mejor es aquella que le domina con justa ley: eso será lo mejor del hombre que hace al alma la mejor, incluso si llamamos al cuerpo hombre. ¿O acaso, si un auriga obediente a mí alimenta y gobierna de la mejor manera posible a los caballos que tiene a su cargo, y él mismo, cuanto más obediente es a mí, disfruta de mi liberalidad, puede alguien negar que no solo el auriga, sino también que los caballos se mantienen en el mejor estado posible, se debe a mí? Por lo tanto, ya sea que el hombre sea solo el cuerpo, o solo el alma, o ambos, no me parece que deba buscar principalmente otra cosa que lo que hace al alma la mejor: pues al obtenerlo, el hombre no puede no estar en el mejor estado posible, o ciertamente mucho mejor de lo que estaría si esto único faltara.

CAPÍTULO VI.---La virtud hace al alma la mejor; el alma adquiere virtud siguiendo a Dios; pero la consecución de Dios es la vida bienaventurada.

9. Sin embargo, nadie dudará que la virtud hace al alma la mejor. Pero se puede preguntar con toda razón si esta virtud también puede existir por sí misma, o si no puede existir sino en el alma. Surge nuevamente una cuestión muy profunda y que requiere un discurso muy largo: pero tal vez usaré bien un atajo; espero que Dios esté presente, para que, en la medida en que nuestra debilidad lo permita, enseñemos sobre cosas tan grandes no solo claramente, sino también brevemente. Pues cualquiera de ellos que sea, ya sea que la virtud pueda existir por

sí misma sin el alma, o que no pueda existir sino en el alma, sin duda el alma sigue algo para alcanzar la virtud: eso será o el mismo alma, o la virtud, o algo tercero. Pero si se sigue a sí misma para alcanzar la virtud, sigue algo necio: pues es necia antes de alcanzar la virtud. Pero los votos de los que siguen son máximamente que lo que cada uno sigue, lo alcance. O, por lo tanto, deseará no alcanzar lo que sigue el alma, lo cual es lo más absurdo y perverso que se puede decir: o cuando se sigue a sí misma necia, alcanza la misma necedad que evita. Pero si sigue la virtud, deseando alcanzarla, ¿cómo sigue lo que no es? ¿O cómo desea alcanzar lo que tiene? O, por lo tanto, la virtud es algo aparte del alma; o si no agrada llamarla virtud, sino el mismo hábito y como la cualidad del alma sabia, que no puede existir sino en el alma, es necesario que el alma siga algo más, para que la virtud pueda nacer en ella: porque ni siguiendo nada, ni siguiendo la necedad puede, según mi razón, llegar a la sabiduría.

10. Por lo tanto, este algo más, que siguiendo el alma se hace poseedora de virtud y sabiduría, o es un hombre sabio, o es Dios. Pero se dijo antes que debe ser tal que no lo perdamos involuntariamente. ¿Quién, pues, dudará que un hombre sabio, si pensamos que es suficiente seguirlo, puede sernos arrebatado no solo rehusando, sino también resistiendo? Por lo tanto, queda Dios, a quien si seguimos, bien; si lo alcanzamos, no solo bien, sino también bienaventuradamente vivimos. A quienes si algunos niegan que existe, ¿qué puedo pensar con qué discurso se les debe persuadir, con quienes no sé si se debe siquiera conversar? Sin embargo, si parece que sí, un principio muy diferente, una razón diferente, una entrada diferente debe ser emprendida, que la que hemos asumido ahora. Por lo tanto, ahora tengo que tratar con aquellos que no niegan que Dios existe: ni solo eso, sino que también admiten que no descuida las cosas humanas. Pues no creo que nadie esté sujeto a algún nombre de religión, que no piense que al menos a nuestras almas se les provee con la divina providencia.

CAPÍTULO VII.---Dios debe ser buscado con la autoridad de las Escrituras. La razón de la economía divina para nuestra salvación y los principales misterios. La suma de la fe.

11. Pero, ¿cómo seguimos a quien no vemos; o cómo vemos, quienes no solo somos hombres, sino también hombres insensatos? Pues aunque no se percibe con los ojos, sino con la mente, ¿qué mente puede encontrarse idónea, que, cubierta con la nube de la necedad, pueda captar o incluso intentar captar aquella luz? Por lo tanto, debemos recurrir a los preceptos de aquellos que es probable que hayan sido sabios. Hasta aquí la razón pudo llegar. Pues se movía, no más cierta por la verdad, sino más segura por la costumbre, en las cosas humanas. Pero cuando se llega a las cosas divinas, se aparta: no puede mirar, palpita, se agita, anhela con amor, es rechazada por la luz de la verdad, y se vuelve a la familiaridad de sus tinieblas, no por elección, sino por fatiga. ¿Cuán temible es aquí, cuán tremendo, que el alma no conciba una mayor debilidad de donde busca descanso cansada? Por lo tanto, para aquellos que desean refugiarse en las tinieblas, por la dispensación de la Sabiduría inefable, que esa opacidad de la autoridad nos encuentre, y con las maravillas de las cosas, y las voces de los libros, como con signos más moderados de la verdad, y con sombras nos halague.

12. ¿Qué más se pudo hacer por nuestra salvación? ¿Qué puede decirse más benévolo, más generoso de la divina providencia, que no abandonó por completo al hombre caído por las leyes de su propia codicia de las cosas mortales, y que, con justicia y razón, propagaba una descendencia mortal? Pues ese poder justísimo tiene, de maneras maravillosas e incomprensibles, a través de ciertas sucesiones secretísimas de cosas que le sirven y que creó, tanto la severidad de castigar como la clemencia de liberar. Pero no podremos entender cuán hermoso, cuán grande, cuán digno de Dios, y finalmente cuán verdadero es lo que se busca, a

menos que, comenzando por lo humano y lo cercano, no abandonemos el camino que Dios nos ha asegurado con la fe de la verdadera religión y los preceptos observados, con la separación de los Patriarcas, el vínculo de la Ley, el presagio de los Profetas, el sacramento del Hombre asumido, el testimonio de los Apóstoles, la sangre de los Mártires y la ocupación de las Naciones. Por lo tanto, que nadie me pregunte mi opinión, sino que escuchemos los oráculos y sometamos nuestras pequeñas razones a los divinos discursos.

CAPÍTULO VIII.---Dios es el sumo bien, al que se nos manda tender con el más alto amor.

13. Veamos cómo el mismo Señor nos ha mandado vivir en el Evangelio; también cómo el apóstol Pablo: pues no se atreven a condenar estas Escrituras. Escuchemos, pues, cuál es el fin de los bienes que nos prescribes, Cristo; no hay duda de que ese será el fin al que nos mandas tender con el más alto amor: Amarás, dice, al Señor tu Dios. Dime también, te lo ruego, cuál es la medida de amar: temo que me inflame de deseo y amor por mi Señor más o menos de lo que debo. Con todo, dice, tu corazón. No es suficiente. Con toda tu alma. Tampoco es suficiente. Con toda tu mente (Mat. XXII, 37). ¿Qué más quieres? Tal vez desearía, si viera qué podría ser más. ¿Qué dice Pablo al respecto? Sabemos, dice, que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien. Que él mismo diga también la medida del amor. ¿Quién, pues, dice, nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación? ¿o angustia? ¿o persecución? ¿o hambre? ¿o desnudez? ¿o peligro? ¿o espada? (Rom. VIII, 28). Hemos oído qué debemos amar y cuánto debemos amar: hacia eso debemos tender completamente, a eso deben referirse todos nuestros consejos. La suma de los bienes, Dios es para nosotros. Dios es para nosotros el sumo bien. No debemos quedarnos por debajo, ni buscar más allá: lo uno es peligroso, lo otro no existe.

CAPÍTULO IX.---Concordancia del Antiguo y Nuevo Testamento sobre los preceptos de la caridad.

14. Vamos, ahora investiguemos, o más bien prestemos atención, pues está presente y se ve fácilmente, si la autoridad del Antiguo Testamento concuerda con estas sentencias del Evangelio y del Apóstol. ¿Qué diré de la sentencia anterior, cuando es manifiesto para todos que ha sido tomada de la ley dada por Moisés? Pues allí está escrito: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (Deut. VI, 5). ¿Y qué de lo que dijo el Apóstol, que puedo comparar con el Antiguo Testamento, para no buscar más tiempo, él mismo lo añadió? Pues cuando dijo que ninguna tribulación, ninguna angustia, ninguna persecución, ninguna necesidad de pobreza corporal, ningún peligro, ninguna espada nos separará del amor de Cristo; inmediatamente añadió: Como está escrito: Por tu causa somos muertos todo el día; somos estimados como ovejas de matadero (Rom. VIII, 38; Sal. XLIII, 22). Estos suelen decir que han sido introducidos por los corruptores de las Escrituras, hasta tal punto que no tienen nada que contradecir, que estos miserables se ven obligados a responder. Pero, ¿quién no entiende que no pudo haber otra última palabra para los convictos?

15. Sin embargo, les pregunto si niegan que esta sentencia esté en el Antiguo Testamento, o afirman que no concuerda con la sentencia apostólica. Pero lo primero lo demostraré con libros: en cuanto a lo segundo, a los hombres tergiversantes y que huyen por caminos abruptos, o los llamaré a la paz, si quieren mirar un poco y considerar lo que se ha dicho; o los perseguiré con la inteligencia de los demás, que juzgan sin codicia. Pues, ¿qué puede ser más amistoso que estas sentencias concordando entre sí? Porque la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, afectan gravemente al hombre constituido en esta vida. Todas estas palabras se concluyen con ese único testimonio de la antigua Ley,

donde se dice: Por tu causa somos afligidos. Quedaba la espada, que no trae una vida penosa, sino que quita la que encuentra. A esto responde: Somos estimados como ovejas de matadero. Pero el amor mismo no pudo ser expresado más claramente que cuando se dijo: Por tu causa. Supón que este testimonio no se encontró en el apóstol Pablo, sino que fue proferido por mí. ¿Acaso no te demostraría, hereje, que está escrito en la antigua Ley, o que no concuerda con el Apóstol? Si no te atreves a decir nada de esto (pues te ves presionado cuando se lee el código, donde está claramente escrito, y los hombres entienden que nada puede concordar más adecuadamente con lo que dijo el Apóstol), ¿por qué entonces crees que tiene algún valor acusar a las Escrituras de estar corrompidas? Finalmente, ¿qué responderás a quien te diga: Yo lo entiendo así, lo acepto así, lo creo así; y no leo esos Libros por otra razón, sino porque veo que todo concuerda con la fe cristiana? Más bien, di, si te atreves y piensas decir algo contra mí, que no se debe creer que los Apóstoles y mártires fueron afligidos con graves sufrimientos por Cristo, que fueron estimados por los perseguidores como ovejas de matadero. Si no puedes decirlo, ¿por qué calumnias en qué libro encuentro lo que confiesas que debo creer?

CAPÍTULO X.---Lo que enseña la Iglesia sobre Dios. Los dos dioses de los maniqueos.

16. ¿O dices que concedes que Dios debe ser amado, pero no ese Dios que adoran aquellos que aceptan la autoridad del Antiguo Testamento? ¿No decís, entonces, que debe adorarse a ese Dios que hizo el cielo y la tierra? Pues ese es proclamado en todas partes de esos volúmenes: pero vosotros admitís que todo este mundo, que se significa con el nombre de cielo y tierra, tiene a Dios como autor y creador, y a Dios bueno. Con excepción, pues, hay que hablar con vosotros cuando se nombra a Dios. Porque afirmáis que hay dos dioses, uno bueno y otro malo. Pero si decís que adoráis y consideráis que debe adorarse al Dios por quien fue hecho el mundo, pero que no es aquel que la autoridad del Antiguo Testamento recomienda; actuáis impudicamente, intentando interpretar mal la mente y el sentimiento ajenos que hemos recibido bien y útilmente, en vano por completo. Pues vuestras disputas necias e impías de ninguna manera pueden compararse con los discursos de hombres piadosos y doctísimos, por quienes en la Iglesia católica esas Escrituras se abren a los que quieren y son dignos. La Ley y los Profetas se entienden por nosotros de manera muy diferente a como pensáis. Dejad de errar; no adoramos a un Dios penitente, ni envidioso, ni necesitado, ni cruel, ni que busque placer en la sangre de hombres o animales, ni a quien le agraden los crímenes y delitos, ni que limite su posesión a una parte de la tierra. Pues en estas y otras tonterías semejantes soléis invectivar gravemente y con abundancia. Por lo tanto, vuestra invectiva no nos toca; sino que atacáis ciertas opiniones de ancianas, o incluso de niños, tanto más ineptas cuanto más vehementemente las atacáis. Cualquiera que se conmueva por esto y pase a vosotros, no condena la disciplina de nuestra Iglesia, sino que demuestra que la ignora.

17. Por lo tanto, si lleváis algo de humano en vuestro corazón, si os preocupáis por vosotros mismos, buscad más bien diligente y piadosamente cómo se dicen esas cosas. Buscad, miserables: pues una fe tal, en la que se cree algo inconveniente de Dios, la acusamos más vehementemente y con mayor abundancia; pues incluso en aquellas cosas que se dicen, cuando se entienden tal como suena la letra, corregimos la simplicidad y ridiculizamos la obstinación. Y muchas otras cosas que no podéis entender, la disciplina católica prohíbe creerlas a aquellos que, no por años, sino por estudio e intelecto, superan cierta puerilidad de la mente, y son promovidos a la canicie de la sabiduría. Pues creer que Dios está contenido en algún lugar, aunque infinito, por cualquier espacio de cantidad, se enseña cuán necio es: y se considera impío pensar que él mismo, o alguna parte de él, se mueve y transita de un lugar a otro. Y si alguien opina que algo de su sustancia y naturaleza puede sufrir cambio o

conversión de cualquier manera, será condenado por una insensatez y una impiedad admirables: así se hace que entre nosotros se encuentren algunos niños que piensan en Dios con forma humana, y se imaginan que así se comporta; opinión que no hay nada más abyecto: pero también se encuentran muchos ancianos que contemplan con su misma mente que su majestad no solo permanece inviolable e inmutable sobre el cuerpo humano, sino también sobre la misma mente. Estas edades no deben distinguirse por el tiempo, sino por la virtud y la prudencia. Sin embargo, entre vosotros no se encuentra nadie que describa la sustancia de Dios con la figura del cuerpo humano: pero tampoco se encuentra nadie que lo separe de la mancha del error humano. Por lo tanto, aquellos que, como niños balbuceantes, son sostenidos por los pechos de la Iglesia católica, si no son saqueados por los herejes, son nutridos según su capacidad y fuerzas, y son llevados, unos así, otros de otra manera, primero al hombre perfecto; luego llegan a la madurez y canicie de la sabiduría, para que puedan vivir cuanto quieran, y vivir felicísimamente.

CAPÍTULO XI.---Dios debe ser amado exclusivamente; por lo tanto, es el sumo bien del hombre. Nada es mejor que Dios; nadie pierde a Dios contra su voluntad: estas son dos condiciones del sumo bien, mencionadas anteriormente, cap. 3.

18. Seguir a Dios, por tanto, es el apetito de la bienaventuranza: pero alcanzarlo es la misma bienaventuranza. Pero lo seguimos amando, lo alcanzamos, no cuando nos hacemos completamente lo que él es, sino cuando nos acercamos a él, y de manera maravillosa e inteligible lo tocamos, y somos completamente iluminados y comprendidos por su verdad y santidad. Pues él es la misma luz; pero a nosotros nos es permitido ser iluminados por él. Por lo tanto, lo máximo que conduce a la vida bienaventurada, y el primer mandamiento es: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y alma y mente. Porque a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien. Por lo cual, poco después el mismo Pablo dice: Estoy seguro, dice, de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni la virtud, ni lo presente, ni lo futuro, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom. VIII, 28, 38, 39). Si, por tanto, a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien; y el sumo bien, que también se llama óptimo, no solo nadie duda que debe ser amado, sino que debe ser amado de tal manera que no debemos amar nada más; y eso se significa y expresa en lo que se dijo: Con toda el alma, y con todo el corazón, y con toda la mente: ¿quién, pregunto, dudará, con todo esto establecido y firmemente creído, que no hay nada más óptimo para nosotros, a lo que debemos apresurarnos, posponiendo las demás cosas, que Dios? Asimismo, si ninguna cosa nos separa de su amor, ¿qué puede ser no solo mejor, sino también más seguro que este bien?

19. Pero consideremos brevemente cada cosa. Nadie nos separa de allí, amenazando con la muerte. Pues eso mismo con lo que amamos a Dios, no puede morir, a menos que no ame a Dios; ya que la misma muerte es no amar a Dios, que no es otra cosa que anteponerle algo en el amor y el seguimiento. Nadie nos separa de allí, prometiendo vida: nadie, pues, nos separa de la misma fuente, prometiendo agua. No nos separa un ángel: pues no es un ángel, cuando nos adherimos a Dios, más poderoso que nuestra mente. No nos separa la virtud: pues si aquí se nombró esa virtud que tiene algún poder en este mundo, la mente adherida a Dios está completamente por encima de todo el mundo. Pero si se nombró esa virtud que es la más recta afección de nuestro propio espíritu: si está en otro, favorece que nos unamos a Dios; si está en nosotros, ella misma nos une. No nos separan las molestias presentes: pues tanto más ligeras las sentimos, cuanto más nos adherimos a aquel de quien intentan separarnos. No nos separa la promesa de futuros: pues tanto lo bueno que está por venir, Dios lo promete más ciertamente; y nada es mejor que el mismo Dios, que ya ciertamente está presente para los que le son fieles. No nos separa la altura ni la profundidad: pues si estas palabras significan la

altura o profundidad de la ciencia, no seré curioso, para no separarme de Dios; ni la doctrina de nadie me separa de él, para que, como si apartara el error, de quien nadie se apartaría si no estuviera separado. Pero si con altura y profundidad se significan las cosas superiores e inferiores de este mundo, ¿quién me prometerá el cielo, para que me separe del creador del cielo? ¿O quién me aterrorizará con el infierno, para que abandone a Dios, a quien si nunca hubiera abandonado, no conocería el infierno? Finalmente, ¿qué lugar me separará de su amor, que no está en todas partes completamente, si en algún lugar estuviera contenido?

CAPÍTULO XII.---Nos conectamos con Dios por amor, mientras nos sometemos a él.

20. No, dice, nos separa otra criatura. ¡Oh, hombre de altísimos misterios! No se contentó con decir, criatura; sino que dijo, otra criatura, advirtiendo que incluso eso mismo con lo que amamos a Dios, y con lo que nos adherimos a Dios, es decir, el alma y la mente, es una criatura. Otra criatura, pues, es el cuerpo: y si el alma es una cosa inteligible, es decir, que solo se conoce entendiendo, otra criatura es todo lo sensible, es decir, lo que a través de los ojos, oídos, olfato, gusto o tacto, ofrece una especie de conocimiento de sí mismo; y eso debe ser necesariamente inferior a lo que solo se capta por la inteligencia. Por lo tanto, ya que incluso Dios no puede ser conocido por las almas dignas sino por la inteligencia, aunque es superior a la misma mente con la que se entiende; pues él es su creador y autor; era de temer que el alma humana, por ser contada entre las cosas invisibles e inteligibles, se creyera de la misma naturaleza que aquel que la creó; y así cayera de él por soberbia, a quien debe unirse por amor. Pues se hace semejante a Dios en cuanto se somete a él para ser iluminada y esclarecida. Y si más se le asemeja por esa sumisión con la que se hace semejante, necesariamente se aleja mucho de él por la audacia con la que quiere ser más semejante. Esta es la que rehúsa obedecer las leyes de Dios, mientras desea ser de su propia potestad como Dios es.

21. Por lo tanto, cuanto más se aleja de Dios, no por lugar, sino por afecto y deseo hacia cosas inferiores a él, tanto más se llena de necedad y miseria. Por amor, pues, regresa a Dios, con el que no busca igualarse, sino someterse. Cuanto más lo haga con insistencia y diligencia, tanto más será bienaventurado y sublime, y más libre bajo su único dominio. Por lo tanto, debe saber que es una criatura. Pues debe creer que su creador es tal como es, permaneciendo siempre en una naturaleza inviolable e inmutable de verdad y sabiduría: pero en sí mismo puede caer la necedad y el error, o confesarlo por los errores de los que desea despojarse. Pero debe cuidarse de no separarse del amor de Dios, por el que se santifica para permanecer bienaventurado, por el amor de otra criatura, es decir, de este mundo sensible. Por lo tanto, no nos separa otra criatura, ya que nosotros mismos somos una criatura, del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor.

CAPÍTULO XIII.---Por Cristo y su Espíritu nos unimos inseparablemente a Dios.

22. Que nos diga el mismo Pablo, quién es este Cristo Jesús nuestro Señor: A los llamados, dice, predicamos a Cristo, Poder de Dios y Sabiduría de Dios (I Cor. I, 23, 24). ¿Qué? ¿No dice el mismo Cristo: Yo soy la Verdad? Si, pues, buscamos qué es vivir bien, es decir, tender bien viviendo hacia la bienaventuranza, eso será ciertamente amar el Poder, amar la Sabiduría, amar la Verdad, y amar con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la mente; el Poder que es inviolable e invicto, la Sabiduría a la que no sucede la necedad, la Verdad que no conoce cambio ni puede comportarse de otra manera que como siempre es. Por él mismo se ve al Padre; pues se ha dicho: Nadie viene al Padre, sino por mí (Juan XIV, 6). A él nos adherimos por la santificación. Pues santificados, ardemos con plena e íntegra caridad, que sola hace que no nos apartemos de Dios, y nos conformemos más a él que a este

mundo: Pues nos predestinó, como dice el mismo Apóstol, a ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom. VIII, 29).

23. Por lo tanto, por la caridad nos conformamos a Dios, y conformados y configurados por él, y circuncidados de este mundo, no nos confundimos con las cosas que deben estar sujetas a nosotros. Esto se hace por el Espíritu Santo. Pues la esperanza, dice, no confunde; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Id. V, 5). De ninguna manera podríamos ser restaurados por el Espíritu Santo, si él mismo no permaneciera siempre íntegro e inmutable. Lo cual ciertamente no podría, si no fuera de la naturaleza de Dios y de su misma sustancia, a quien solo pertenece la inmutabilidad y, por así decirlo, la inconvertibilidad siempre. Pues la criatura, y no lo digo yo, sino el mismo Pablo clama, está sujeta a la vanidad (Id. VIII, 20). Ni puede separarnos de la vanidad, ni conectarnos con la verdad, lo que está sujeto a la vanidad. Y esto nos lo concede el Espíritu Santo: por lo tanto, no es una criatura. Porque todo lo que es, o es Dios, o es una criatura.

CAPÍTULO XIV.---Nos adherimos a la Trinidad, el sumo bien, por amor.

24. Debemos, por tanto, amar a Dios en una cierta unidad trina: Padre, Hijo y Espíritu Santo, que no diría que es otra cosa que el mismo ser. Pues verdaderamente es Dios sumo, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas: estas son palabras de Pablo. ¿Qué añade después? A él sea la gloria (Rom. XI, 36). Muy sinceramente, en verdad. Pues no dice, a ellos: ya que Dios es uno. ¿Qué significa, a él sea la gloria, sino a él la mejor y más alta y ampliamente extendida fama? Cuanto mejor y más extensamente se difunde, tanto más ardientemente se le ama. Cuando esto sucede, no se avanza en el género humano hacia otra cosa que hacia la vida óptima y más bienaventurada con paso firme y constante. No creo que, cuando se trata de costumbres y vida, haya que buscar más allá de lo que es el sumo bien del hombre, al que deben referirse todas las cosas. Pues ha quedado claro, tanto por la razón en la medida de nuestras fuerzas, como por la autoridad divina que supera nuestra razón, que no es otra cosa que el mismo Dios. Pues, ¿qué será lo mejor para el hombre, sino aquello a lo que adherirse es lo más bienaventurado? Y eso es solo Dios, al cual ciertamente no podemos adherirnos sino por el amor, el cariño, la caridad.

CAPÍTULO XV.---Define cristianamente las cuatro virtudes.

25. Si la virtud nos conduce a la vida bienaventurada, afirmaré que no hay absolutamente nada que sea virtud, sino el sumo amor de Dios. Pues aquello que se llama virtud cuatripartita, según entiendo, se dice por la variada afectividad de ese mismo amor. Así que no dudaría en definir esas cuatro virtudes, cuyos nombres están en boca de todos, de tal manera que la templanza sea el amor que se ofrece íntegro a lo que se ama; la fortaleza, el amor que soporta fácilmente todo por lo que se ama; la justicia, el amor que sirve solo al amado, y por eso gobierna rectamente; la prudencia, el amor que elige sagazmente lo que le ayuda de lo que le impide. Pero hemos dicho que este amor no es de cualquiera, sino de Dios, es decir, del sumo bien, de la suma sabiduría y de la suma concordia. Por lo tanto, también se puede definir así, que la templanza es el amor que se conserva íntegro e incorrupto para Dios; la fortaleza, el amor que soporta fácilmente todo por Dios; la justicia, el amor que solo sirve a Dios, y por eso gobierna bien sobre las demás cosas que están sujetas al hombre; la prudencia, el amor que discierne bien lo que le ayuda hacia Dios, de lo que puede impedirle.

CAPÍTULO XVI.---Concordancia del Antiguo y Nuevo Testamento.

26. Explicaré brevemente qué modo de vida se deriva de cada una de estas virtudes, si primero comparo, como prometí, los testimonios del Nuevo Testamento, que ya he estado usando, con los del Antiguo. ¿Acaso solo dice Pablo que debemos estar unidos a Dios, de tal manera que no haya nada en medio que separe? ¿No lo expresa también el profeta de manera muy adecuada y breve cuando dice: Pero para mí, el bien es estar unido a Dios? (Sal. LXXII, 28). ¿No está contenido en una sola palabra lo que allí se dice extensamente sobre la caridad, cuando dice adherirse? Y lo que añade, es bueno, ¿no se refiere a lo que allí se dice, A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien (Rom. VIII, 35, 28)? De tal manera que con una pequeña sentencia y dos palabras, el profeta muestra tanto la fuerza como el fruto de la caridad.

27. Y cuando allí se dice que el Hijo de Dios es el Poder y la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24); y cuando se entiende que el poder se refiere a la acción, y la sabiduría a la disciplina (de donde en el Evangelio se señalan ambos cuando se dice, Todas las cosas fueron hechas por él; pues esto es de la acción y del poder: luego, en lo que respecta a la disciplina y al conocimiento de la verdad, Y la vida, dice, era la luz de los hombres [Juan I, 3, 4]): ¿podría algo concordar más con estos testimonios del Nuevo Testamento que lo que se dice en el Antiguo sobre la sabiduría, Abarca con fuerza de un extremo al otro, y dispone suavemente todas las cosas? Pues abarcar con fuerza significa más bien poder; pero disponer suavemente, como el arte mismo y la razón. Pero si esto parece oscuro, mira lo que sigue: Y el Señor de todas las cosas la amó: porque es maestra de la disciplina de Dios, y electora de sus obras. Aquí parece que no se dice nada sobre la acción; pues elegir obras no es lo mismo que obrar: por lo tanto, esto pertenece a la disciplina; la obra se debe al poder, para que la sentencia que queremos demostrar sea completa. Lee, pues, lo que sigue. Si es honesta la posesión que se desea en la vida, ¿qué hay más honesto que la sabiduría, que todo lo obra? ¿Puede decirse algo más claro o manifiesto, o incluso más abundante? Escucha otra cosa, si crees que es poco, que suena igual: Porque la sabiduría enseña la sobriedad, dice, y la justicia y el poder. La sobriedad me parece que pertenece al mismo conocimiento de la verdad, es decir, a la disciplina: pero la justicia y el poder a la acción y a la operación. A estos dos, es decir, a la eficacia de actuar y a la sobriedad de contemplar, que el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios, es decir, el Hijo de Dios, dona a sus amantes, no sé qué se puede comparar, cuando el mismo profeta dice inmediatamente cuánto deben valorarse estas cosas: pues está puesto así, Porque la sabiduría enseña la sobriedad, y la justicia, y el poder, de las cuales nada es más útil en la vida para los hombres.

28. Tal vez alguien piense que estas cosas no se dicen del Hijo de Dios. ¿Qué otra cosa muestra lo que se dice, Magnífica la nobleza, teniendo compañía con Dios? (Sab. VIII, 3). ¿Acaso la nobleza suele significar otra cosa que los padres? ¿Y no clama y afirma la compañía la igualdad con el mismo padre? Luego, cuando Pablo dice que el Hijo de Dios es la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24); y el mismo Señor, Nadie conoce al Padre, sino el Hijo unigénito (Mat. XI, 27); ¿qué podría decir el profeta más congruente que lo que se dice, Y contigo la Sabiduría que conoce tus obras, que estaba presente cuando creaste el mundo, y sabía lo que sería agradable a tus ojos? (Sab. IX, 9). Y que Cristo es la verdad, lo mismo se muestra cuando se le llama el resplandor del Padre (Heb. I, 3); pues no hay nada alrededor del sol, sino el mismo resplandor que genera: ¿qué podría concordar más claramente y abiertamente con esta sentencia del Antiguo Testamento que lo que se dice, Tu verdad está alrededor de ti? (Sal. LXXXVIII, 9). Finalmente, la misma Sabiduría dice en el Evangelio, Nadie viene al Padre, sino por mí (Juan XIV, 6): dice el profeta, ¿Quién, pues, conoce tu mente, si no das la sabiduría? y poco después, Y lo que te agrada, los hombres lo han aprendido, y por la sabiduría han sido sanados (Sab. IX, 17-19).

29. Dice Pablo, La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5): dice el profeta, Porque el Espíritu Santo de la disciplina huirá del engaño (Sab. I, 5). Pues donde hay engaño, no hay caridad. Dice Pablo, Que seamos conformes a la imagen del Hijo de Dios (Rom. VIII, 29): dice el profeta, La luz de tu rostro, Señor, ha sido sellada sobre nosotros (Sal. IV, 7). Pablo muestra que el Espíritu Santo es Dios, y por eso no es una criatura: dice el profeta, Y enviaste tu Espíritu Santo desde lo más alto (Sab. IX, 17). Pues solo Dios es el Altísimo, más alto que el cual no hay nada. Pablo muestra que esta Trinidad es un solo Dios, cuando dice, A él sea la gloria (Rom. XI, 36): se dice en el Antiguo Testamento, Escucha, Israel, el Señor tu Dios, Dios es uno (Deut. VI, 4).

CAPÍTULO XVII.---Apóstrofe a los maniqueos, para que recapaciten.

30. ¿Qué más queréis? ¿Por qué os ensañáis de manera ignorante e impía? ¿Por qué pervertís con nociva persuasión a las almas ignorantes? El Dios de ambos Testamentos es uno. Pues así como estas cosas que hemos puesto de ambos Testamentos concuerdan entre sí; así también las demás, si queréis atender diligente y equitativamente. Pero porque muchas cosas se dicen de manera más humilde, y más adecuadas a las almas que reptan por el suelo, para que a través de lo humano se eleven a lo divino; muchas también de manera figurada, para que la mente estudiosa se ejercite más útilmente en lo que busca, y se regocije más abundantemente en lo que encuentra; vosotros, con la maravillosa disposición del Espíritu Santo, abusáis de ellas para engañar a vuestros oyentes y atraparlos. Por qué la divina providencia permite que hagáis esto, y cuán verdaderamente dijo el Apóstol, Es necesario que haya muchas herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros (I Cor. XI, 19); es largo de discutir, y lo que debe decirnos no es vuestro entenderlo. No os conozco poco. Lleváis mentes completamente obtusas y enfermas por el pestífero alimento de las imágenes corporales para juzgar las cosas divinas, que son mucho más altas de lo que pensáis.

31. Por eso, ahora hay que tratar con vosotros de tal manera, no para que ya entendáis, lo cual no es posible; sino para que alguna vez deseéis entender. Pues esto lo hace la simple y pura caridad de Dios, que se manifiesta principalmente en las costumbres, de la cual ya hemos hablado mucho: que inspirada por el Espíritu Santo conduce al Hijo, es decir, a la Sabiduría de Dios, por la cual el mismo Padre es conocido. Pues si la sabiduría y la verdad no se desean con todas las fuerzas del alma, no pueden encontrarse de ninguna manera. Pero si se busca de la manera que es digna, no puede sustraerse ni esconderse de sus amantes. De aquí viene aquello que soléis tener en la boca, que dice: Pedid, y recibiréis; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá (Mat. VII, 7). No hay nada oculto que no se revele (Id. X, 26). Se pide por amor, se busca por amor, se llama por amor, se revela por amor, finalmente se permanece en lo que se ha revelado por amor. De este amor a la sabiduría y del diligente buscar, no nos aparta el Antiguo Testamento, que siempre decís falsamente, sino que nos impulsa vehementemente hacia estas cosas.

32. Escuchad, pues, alguna vez, y prestad atención, os lo ruego, sin obstinación a lo que se dice por el profeta: Clara es, dice, y nunca marchita la sabiduría, y fácilmente se ve por aquellos que la aman, y se encuentra por aquellos que la buscan: se anticipa a quienes la desean, para mostrarse a ellos. Quien madruga por ella, no trabajará: pues la encontrará sentada a sus puertas. Pensar en ella es un sentido consumado; y quien madruga por ella, pronto estará seguro: porque ella misma busca a los dignos, y se muestra a ellos alegremente en los caminos, y con toda providencia se les adelanta. Pues el verdadero principio de ella es el deseo de la disciplina. Por tanto, el cuidado de la disciplina es el amor; y el amor es la

custodia de sus leyes: pero la custodia de las leyes es la confirmación de la incorruptibilidad; y la incorruptibilidad hace cercano a Dios. Por tanto, el deseo de la sabiduría conduce al reino (Sab. VI, 13-21). ¿Acaso todavía ladraréis contra estas cosas? ¿No están puestas de tal manera y aún no entendidas, que a cualquiera le significan que contienen algo alto e inefable? ¡Ojalá pudierais entender lo que se ha dicho! Inmediatamente desecharíais todas las necedades de las fábulas, y las vanísimas imaginaciones de los cuerpos, y con gran alegría, sincero amor, firmísima fe, os refugiaríais en el santísimo seno de la Iglesia católica.

CAPÍTULO XVIII.---En la Católica sola está la perfecta verdad por el consenso de ambos Testamentos.

33. Podría, según mi mediocridad, discutir cada cosa, y extraer y demostrar lo que he recibido, en cuya excelencia y altura a menudo faltan las palabras: pero mientras ladréis, no se debe hacer. Pues no en vano se ha dicho, No deis lo santo a los perros (Mat. VII, 6). No os enojéis. Yo también ladré y fui perro, cuando conmigo se trataba justamente no con el alimento de la enseñanza, sino con los bastones de la refutación. Pero si en vosotros estuviera la caridad, de la que ahora se trata, o incluso si alguna vez lo estuviera, en la magnitud del deseo de conocer la verdad, estará presente Dios que os mostrará que ni entre los maniqueos está la fe cristiana, que conduce al ápice supremo de la sabiduría y la verdad, disfrutar de la cual no es otra cosa que vivir bienaventuradamente; ni está en ninguna parte, sino en la disciplina católica. Pues ¿qué otra cosa parece desear el apóstol Pablo, cuando dice: Por esta razón doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra, para que os dé, según las riquezas de su gloria, fortaleza, ser fortalecidos por el espíritu en el hombre interior, habitar Cristo por la fe en vuestros corazones: para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos, cuál es la altura, y la longitud, y la anchura, y la profundidad; conocer también el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios? (Efe. III, 14-19). ¿Puede decirse algo más manifiesto?

34. Os ruego, vigilad un poco, ved la concordia de ambos Testamentos, que muestra y enseña suficientemente cuál es el modo de vida en las costumbres, y a qué deben referirse todas las cosas. Los Evangelios incitan al amor de Dios, cuando se dice, Pedid, buscad, llamad (Mat. VII, 7): Pablo incita, diciendo, Para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender (Efe. III, 17): también incita el profeta, cuando dice que la sabiduría puede ser conocida fácilmente por aquellos que la aman, la buscan, la desean, madrugan, piensan, cuidan. La salvación del alma y el camino de la bienaventuranza se muestran por la paz de ambas Escrituras, y vosotros preferís ladrar contra estas cosas que obedecerlas. Diré brevemente lo que siento: escuchad a los doctos varones de la Iglesia católica con tanta paz de ánimo, y con el mismo deseo con que yo os escuché; no será necesario que pasen nueve años en los que me engañasteis. En un tiempo mucho más breve, veréis qué diferencia hay entre la verdad y la vanidad.

CAPÍTULO XIX.---Describe los oficios de la templanza según las Sagradas Escrituras.

35. Pero es tiempo de volver a aquellas cuatro virtudes, y extraer y conducir de cada una de ellas el modo de vida. Así que primero veamos la templanza, que nos promete una cierta integridad e incorruptibilidad del amor con el que nos unimos a Dios. Pues su función es en refrenar y calmar las concupiscencias, por las cuales nos inclinamos hacia aquellas cosas que nos apartan de las leyes de Dios y del fruto de su bondad: que es, para explicarlo brevemente, la vida bienaventurada. Pues allí está la sede de la verdad, disfrutando de cuya contemplación, y adhiriéndonos completamente a ella, sin duda somos bienaventurados: pero

al caer de allí, nos enredamos en grandes errores y dolores. Pues, como dice el Apóstol, la raíz de todos los males es la concupiscencia, que algunos siguiendo, naufragaron en la fe, y se insertaron en muchos dolores (I Tim. VI, 10). Este pecado del alma se significa suficientemente claro, para los bien entendidos, en la misma transgresión del hombre que estaba en el paraíso. Pues en Adán todos morimos, como dice el mismo, y en Cristo todos resucitaremos (I Cor. XV, 22). ¡Oh altos misterios! Pero me contendré: pues no he asumido ahora enseñaros lo recto, sino desaprender lo torcido, si puedo, es decir, si Dios concede mi propósito en vosotros.

36. Dice, pues, Pablo que la raíz de todos los males es la concupiscencia, por la cual también la Ley antigua significa que el primer hombre cayó. Pablo advierte que nos despojemos del hombre viejo, y nos revistamos del nuevo (Col. III, 9, 10). Quiere que se entienda que Adán, que pecó, es el hombre viejo; pero aquel que el Hijo de Dios asumió en el sacramento para liberarnos, es el nuevo. Pues dice en otro lugar, El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. Como el terreno, tales también los terrenos; como el celestial, tales también los celestiales. Así como llevamos la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial (I Cor. XV, 47-49): esto es, despojaos del viejo, y revestíos del nuevo. Todo el oficio de la templanza, por tanto, es despojarse del hombre viejo, y renovarse en Dios; es decir, despreciar todas las seducciones corporales, y la alabanza popular, y dirigir todo el amor hacia lo invisible y divino. De donde sigue aquello que maravillosamente se dice, Aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior se renueva de día en día (II Cor. IV, 16). Escucha también al profeta cantando, Crea en mí, Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto en mis entrañas (Sal. L, 12). ¿Qué puede decirse contra esta conveniencia, sino por ciegos ladradores?

CAPÍTULO XX.---Se nos ordena despreciar todas las cosas sensibles y amar solo a Dios.

37. Las seducciones del cuerpo están situadas en todas aquellas cosas que el sentido corporal alcanza, que algunos también llaman sensibles: en las cuales principalmente destaca esta luz vulgar, porque incluso en nuestros mismos sentidos, que el alma usa a través del cuerpo, nada hay que se prefiera a los ojos; y por eso en las Sagradas Escrituras, con el nombre de visibles se significan todas las cosas sensibles. Así que en el Nuevo Testamento se nos prohíbe el amor a estas cosas: No mirando, dice, las cosas que se ven, sino las que no se ven. Pues las cosas que se ven son temporales; pero las que no se ven son eternas (II Cor. IV, 18). De lo cual se puede entender cuán poco cristianos son aquellos que piensan que el sol y la luna no solo deben ser amados, sino también adorados. Pues, ¿qué vemos, si no vemos el sol y la luna? Pero se nos ha prohibido volvernos hacia las cosas que se ven. Por lo tanto, tampoco estas cosas deben ser amadas por quien piensa ofrecer a Dios aquel amor incorrupto. Pero tendré otro lugar donde se investigará esto con más diligencia. Pues no he decidido ahora hablar de la fe, sino de la vida, por la cual merecemos saber lo que creemos. Por tanto, solo Dios debe ser amado: y todo este mundo, es decir, todas las cosas sensibles, deben ser despreciadas; pero deben usarse para la necesidad de esta vida.

CAPÍTULO XXI.---La gloria popular y la curiosidad condenadas por las Sagradas Escrituras.

38. La gloria popular, en verdad, es rechazada y despreciada en el Nuevo Testamento: "Si quisiera agrandar a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gálatas 1, 10). Hay también otra cosa que el alma concibe sobre los cuerpos a través de ciertas imaginaciones, y la llama ciencia de las cosas. Por lo tanto, también se nos prohíbe con razón ser curiosos, lo cual es un gran don de la templanza. De ahí que se diga: "Cuidaos de que nadie os engañe por medio de

la filosofía". Y porque el mismo nombre de filosofía, si se considera, significa algo grande y digno de ser buscado con todo el ánimo, ya que la filosofía es el amor y el estudio de la sabiduría, el Apóstol, con gran cautela, para no parecer que disuadía del amor a la sabiduría, añadió: "y los elementos de este mundo" (Colosenses 2, 8). Hay quienes, abandonando las virtudes y sin saber qué es Dios y cuán grande es la majestad de la naturaleza que siempre permanece de la misma manera, creen que están haciendo algo grandioso si investigan con gran curiosidad e intensidad toda esa masa corporal que llamamos mundo. De ahí también nace tanta soberbia, que parecen habitar en el mismo cielo sobre el cual a menudo discuten. Por lo tanto, el alma debe refrenarse del deseo de este tipo de conocimiento vano, si ha decidido mantenerse casta para Dios. Pues con tal amor a menudo se engaña, de modo que o bien cree que no hay nada más que el cuerpo, o incluso si, movida por la autoridad, admite que hay algo incorpóreo, no puede pensar en ello sino a través de imágenes corporales, y cree que es algo tal como lo impone el engañoso sentido del cuerpo. A esto también contribuye lo que se ordena evitar las imágenes.

39. A esta autoridad del Nuevo Testamento, que nos manda no amar nada de este mundo (1 Juan 2, 15), se suma especialmente la sentencia que dice: "No os conforméis a este mundo" (Romanos 12, 2); pues se debe demostrar que cada uno se conforma a aquello que ama. A esta autoridad, si busco en el Antiguo Testamento algo que comparar, encuentro muchas cosas: pero un solo libro de Salomón, llamado Eclesiastés, lleva abundantemente todo esto al máximo desprecio. Comienza así: "Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés, vanidad de vanidades, y todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana bajo el sol?" (Eclesiastés 1, 2-3). Si se atienden, se ponderan y se discuten todas estas palabras, se encuentran muchas cosas necesarias para aquellos que desean huir de este mundo y refugiarse en Dios: pero es largo, y el discurso se apresura a otro tema. Sin embargo, establecido tal principio, prosigue mostrando que son vanos aquellos que se engañan con estas cosas; y llama vanidad a aquello por lo que se engañan, no porque Dios no haya creado estas cosas, sino porque los hombres quieren someterse a ellas por sus pecados, cuando por las obras rectas y la ley divina deberían estar sometidas a ellos. ¿Qué es otra cosa que ser engañado y decepcionado por falsos bienes, sino considerar admirables y deseables cosas inferiores a ti mismo? Por lo tanto, el hombre templado tiene en estas cosas mortales y transitorias una regla de vida firmada por ambos Testamentos; de modo que no ame nada de ellas, no considere nada deseable por sí mismo, sino que las use en la medida en que sea suficiente para la necesidad de esta vida y de los deberes, con la moderación de quien usa, no con el afecto de quien ama. Esto se ha dicho sobre la templanza, brevemente en proporción a la magnitud de las cosas; pero quizás más copiosamente de lo que era necesario para la obra emprendida.

## CAPÍTULO XXII.---El amor de Dios otorga fortaleza.

40. Sobre la fortaleza, en verdad, no hay mucho que decir. Pues ese amor del que hablamos, que debe estar inflamado con toda santidad hacia Dios, se llama templado en no desear estas cosas, y fuerte en perderlas. Pero entre todas las cosas que se poseen en esta vida, el cuerpo es para el hombre el vínculo más pesado, por las justísimas leyes de Dios, a causa del antiguo pecado, sobre el cual nada es más conocido para predicar, nada más secreto para entender. Este vínculo, por tanto, para que no sea sacudido y atormentado, el terror del trabajo y del dolor; para que no sea quitado y destruido, el terror de la muerte sacude el alma. Pues lo ama por la fuerza de la costumbre, sin entender que si lo usa bien y con conocimiento, su resurrección y reforma estarán sometidas a su derecho sin ninguna molestia por la ayuda y la ley divina: pero cuando se convierte todo este amor en Dios, conociendo estas cosas, no solo despreciará la muerte, sino que incluso la deseará.

41. Pero queda una gran lucha con el dolor. Sin embargo, no hay nada tan duro y férreo que no sea vencido por el fuego del amor. Cuando el alma se lanza hacia Dios, libre sobre toda tortura, volará admirablemente con las alas más hermosas e íntegras, en las que se apoya el amor casto hacia el abrazo de Dios. ¿Acaso Dios permitirá que los amantes del oro, los amantes de la alabanza, los amantes de las mujeres, sean más fuertes que sus amantes? Cuando eso no es amor, sino que más propiamente se llama codicia o lujuria. En la cual, sin embargo, se muestra cuán grande es el ímpetu del alma hacia lo que ama, avanzando con un curso incansable a través de cualquier cosa inmensa, y es un argumento para nosotros de cuánto debe soportarse todo, para no abandonar a Dios, si tanto soportan ellos para abandonarlo.

#### CAPÍTULO XXIII.---Consejos y ejemplos de fortaleza de las Escrituras.

42. ¿Por qué, entonces, reunir aquí las autoridades del Nuevo Testamento, donde se dice: "La tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza" (Romanos 5, 3-4); y no solo dicho, sino también probado y confirmado con ejemplos de aquellos que lo dijeron, sino que más bien despertaré un ejemplo de paciencia del Antiguo Testamento, en el que ellos rabiosamente arremeten? Ni siquiera mencionaré a aquel hombre, en quien en grandes sufrimientos del cuerpo y horrible corrupción de los miembros, no solo se soportan cosas humanas, sino que también se discuten cosas divinas. En cada una de sus palabras se muestra claramente, si alguien lo atiende con ánimo justo, cuánto deben valorarse estas cosas, que cuando los hombres quieren poseerlas por dominio, más bien son poseídos por ellas a través de la codicia, y se convierten en esclavos de las cosas mortales, mientras desean imprudentemente ser sus dueños. Pues aquel hombre perdió todas sus riquezas, y hecho de repente paupérrimo, mantuvo un ánimo tan inmovible y fijo en Dios, que demostró suficientemente que no eran grandes para él, sino que él era grande para ellas, y para él mismo Dios (Job 1, 2). Si los hombres de nuestro tiempo pudieran tener tal ánimo, no seríamos prohibidos en gran medida en el Nuevo Testamento de poseer estas cosas, para que pudiéramos ser perfectos. Pues es mucho más admirable no aferrarse a estas cosas, aunque las poseas, que no poseerlas en absoluto.

43. Pero como ahora se trata de soportar el dolor y los sufrimientos del cuerpo, dejo a este hombre, aunque grande, aunque invicto, sin embargo, hombre. Pues las Escrituras me ofrecen una mujer de fortaleza asombrosa, y me obligan a pasar a ella. Quien con siete hijos, al tirano y al verdugo ofreció antes todas sus entrañas que una sola palabra sacrílega: con su exhortación fortalecía a sus hijos, en cuyos miembros ella misma era torturada, pero llevaría también con su propio mérito lo que les había ordenado soportar (2 Macabeos 7). ¿Qué puede añadirse, pregunto, a tanta paciencia? ¿Qué, sin embargo, es de extrañar si el amor de Dios concebido en todas sus entrañas resistía al tirano, al verdugo, al dolor, al cuerpo, al sexo y al afecto? ¿Acaso no había oído: "Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos" (Salmo 115, 15)? ¿No había oído: "Mejor es el hombre paciente que el fuerte" (Proverbios 16, 32)? ¿No había oído: "Acepta todo lo que te sobrevenga; y en el dolor soporta; y en tu humillación ten paciencia: porque en el fuego se prueba el oro y la plata" (Eclesiástico 2, 4-5)? ¿No había oído: "El horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación de la tribulación a los hombres justos"? (Id. 27, 6). En verdad, había percibido estas y muchas otras cosas, que con un solo Espíritu Santo de Dios, así como en estos del Nuevo Testamento, así en aquellos, que aún eran los únicos, los Libros divinos de fortaleza están escritos.

#### CAPÍTULO XXIV.---Sobre la justicia y la prudencia.

44. ¿Qué sobre la justicia que se refiere a Dios? ¿Acaso no, cuando el Señor dice: "No podéis servir a dos señores" (Mateo 6, 24), y el Apóstol reprende a aquellos que sirven a la criatura más que al Creador (Romanos 1, 25); en el Antiguo Testamento se dijo primero: "Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás"? (Deuteronomio 6, 13). Pero, ¿qué necesidad hay de decir más sobre esto, cuando todo está lleno de tales sentencias allí? Por lo tanto, esta regla de justicia de vida dará a este amante del que hablamos, para que sirva con el mayor placer a Dios, a quien ama, es decir, al sumo bien, a la suma sabiduría, a la suma paz; y gobierne todas las demás cosas que le están sujetas, o presuma que deben serle sujetas. Esta norma de vida, como hemos enseñado, está fortalecida por la autoridad de ambos Testamentos.

45. Tampoco se debe discutir más sobre la prudencia, a la que pertenece el discernimiento de lo que se debe buscar y evitar. Si falta, nada de lo que ya se ha dicho puede lograrse. Pero esta es la vigilancia y la diligencia más cuidadosa, para que no seamos engañados por una mala persuasión que se infiltra poco a poco: de ahí que a menudo el Señor clame: "Velad" (Mateo 24, 42), y diga: "Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas" (Juan 12, 35). También se dice: "¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?" (1 Corintios 5, 6). Pero, ¿qué puede ser más manifiesto del Antiguo Testamento contra este adormecimiento del alma, por el cual no sentimos el daño que se desliza poco a poco, que lo que dijo el profeta: "El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá"? (Eclesiástico 19, 1). Sobre esta sentencia, si fuera oportuno para los que tienen prisa, discutiría copiosamente; y si la tarea que hemos asumido ahora lo exigiera, tal vez demostraríamos cuán profundos son los misterios que los hombres más ignorantes y sacrílegos ridiculizan, y no caen poco a poco, sino que se precipitan con gran caída.

CAPÍTULO XXV.---Los deberes de las cuatro virtudes en relación con el amor de Dios, cuyo premio es la vida eterna y el conocimiento de la verdad.

46. ¿Qué más debo discutir sobre las costumbres? Pues si Dios es el sumo bien del hombre, lo cual no podéis negar, sigue ciertamente que, ya que buscar el sumo bien es vivir bien, nada es otra cosa que vivir bien que amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente: de lo cual resulta que el amor incorrupto y entero se conserva en él, lo cual es de la templanza; y no se rompe por ninguna adversidad, lo cual es de la fortaleza; no sirve a otro, lo cual es de la justicia; vigila en el discernimiento de las cosas, para que no se infiltre el engaño poco a poco, lo cual es de la prudencia. Esta es la única perfección del hombre, por la cual sola obtiene disfrutar de la sinceridad de la verdad: esto nos es cantado por ambos Testamentos, esto nos es persuadido de aquí y de allá. ¿Por qué aún calumniáis las Escrituras, que ignoráis? ¿No sabéis cuánta ignorancia provocáis a los Libros, que solo son reprendidos por quienes no los entienden, y solo no pueden entenderlos quienes los reprenden? Pues no se permite conocerlos a ningún enemigo, ni puede ser conocido por nadie que no sea amigo.

47. Amemos, pues, a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, todos los que hemos propuesto llegar a la vida eterna. Pues la vida eterna es todo el premio, cuya promesa nos alegra: ni el premio puede preceder a los méritos, ni ser dado al hombre antes de que sea digno. ¿Qué hay más injusto que esto, y qué más justo que Dios? No debemos, por tanto, pedir el premio antes de merecer recibirlo. Aquí tal vez no incongruentemente se pregunta, qué es la vida eterna misma. Pero escuchemos más bien a su dador: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17, 3). Por lo tanto, la vida eterna es el mismo conocimiento de la verdad. Por lo tanto, ved cuán perversos y desordenados son aquellos que piensan que pueden transmitirnos el conocimiento de Dios, para que seamos perfectos, cuando el mismo es el premio de los perfectos. ¿Qué, entonces, se debe hacer, qué, pregunto, sino que primero amemos con plena

caridad a aquel a quien deseamos conocer? De donde surge aquello que desde el principio nos esforzamos, que nada en la Iglesia católica se hace más saludablemente que que la razón sea precedida por la autoridad.

#### CAPÍTULO XXVI.---El amor a uno mismo y al prójimo.

48. Pero veamos las demás cosas: pues parece que sobre el mismo hombre, es decir, sobre el mismo amante, no se ha tratado nada; pero quien esto cree entiende poco claramente. Pues no puede ser que quien ama a Dios no se ame a sí mismo; más bien, solo se ama verdaderamente a sí mismo quien ama a Dios. Pues aquel se ama suficientemente a sí mismo, quien se esfuerza diligentemente por disfrutar del sumo y verdadero bien: que si no es otra cosa que Dios, como lo han enseñado las cosas que se han dicho, ¿quién puede dudar que se ama a sí mismo quien es amante de Dios? ¿Qué, entre los mismos hombres, no debe haber ningún vínculo de amor? Más bien, debe haberlo de tal manera que no se crea que hay un grado más seguro para llegar al amor de Dios que la caridad del hombre hacia el hombre.

49. Por lo tanto, que el mismo Señor nos pronuncie el segundo mandamiento, cuando se le pregunta sobre los preceptos de la vida: pues no se contentó con uno, quien sabía que una cosa es Dios, otra el hombre; y que hay tanta diferencia como entre el que creó y lo que fue creado a semejanza del Creador. Dice, por lo tanto, que el segundo mandamiento es: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22, 39). Pero te amas a ti mismo saludablemente, si amas a Dios más que a ti mismo. Lo que, por lo tanto, haces contigo mismo, eso debe hacerse con el prójimo; esto es, que él también ame a Dios con amor perfecto. Pues no lo amas como a ti mismo, si no te esfuerzas por llevarlo al mismo bien al que tú tiendes. Pues ese es el único bien que no se hace estrecho para todos los que contigo tienden hacia él. De este mandamiento nacen los deberes de la sociedad humana, en los cuales es difícil no errar. Pero se debe actuar en primer lugar para que seamos benevolentes, es decir, que no usemos ninguna malicia, ningún engaño malo contra el hombre. Pues, ¿qué hay más cercano al hombre que el hombre?

50. Escucha también lo que dice Pablo: "El amor al prójimo no hace mal" (Romanos 13, 10). Uso testimonios muy breves, pero, si no me engaño, adecuados, y con los que se satisface suficientemente la tarea asumida: pues, ¿quién ignora cuántas y cuán importantes palabras están difundidas por todas partes en esos Libros sobre la caridad del prójimo? Pero como se peca de dos maneras contra el hombre, una si se le hace daño, otra si, pudiendo, no se le ayuda; y estas mismas son las que se dice que hacen malos a los hombres, de las cuales ninguna hace quien ama: creo que esta sentencia demuestra suficientemente lo que queremos, "El amor al prójimo no hace mal". Y si no podemos llegar a los bienes, a menos que dejemos de hacer el mal, estas son como las cunas de la caridad de Dios, en las que amamos al prójimo; para que, ya que "el amor al prójimo no hace mal", ascendamos a aquello que se dijo: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Romanos 8, 28).

51. Pero no sé cómo, o estas cosas ascienden juntas a la plenitud y perfección, o primero se inicia el amor de Dios, y primero se perfecciona el del prójimo. Pues tal vez la divina caridad nos arrebatara más rápidamente para comenzar, pero más fácilmente perfeccionamos las cosas menores. Sin embargo, de cualquier manera que sea, se debe mantener especialmente que nadie crea que, despreciando al prójimo, llegará a la bienaventuranza y a Dios, a quien ama. Y ojalá, así como es fácil para el bien dispuesto y benigno amar al prójimo, así fuera fácil o aconsejarle bien, o no hacerle daño. Pues para estas cosas no basta la buena voluntad, sino que se necesita una gran razón y prudencia, que nadie puede usar, a menos que Dios, la

fuelle de todos los bienes, lo conceda. Sobre este asunto, que creo muy difícil, intentaremos decir algunas cosas breves, poniendo toda nuestra esperanza en aquel de quien solo son estos dones.

#### CAPÍTULO XXVII.---Beneficencia hacia el cuerpo del prójimo.

52. El hombre, por lo tanto, como aparece al hombre, es un alma racional que usa un cuerpo mortal y terrenal. Por lo tanto, quien ama al prójimo beneficia en parte al cuerpo, en parte al alma del hombre. Lo que se refiere al cuerpo se llama medicina; pero lo que se refiere al alma, disciplina. Pero ahora llamo medicina a todo lo que de alguna manera preserva o restaura la salud del cuerpo. A esto, por lo tanto, pertenecen no solo las cosas que ofrece el arte de aquellos que propiamente se llaman médicos; sino también el alimento y la bebida, el abrigo y el techo, la defensa y la protección, con las cuales nuestro cuerpo se guarda contra los golpes y caídas externas: pues el hambre, la sed, el frío, el calor, y cualquier cosa que se inflige gravemente desde fuera, no permiten que permanezca la salud de la que ahora se trata.

53. Por lo tanto, todos aquellos que proporcionan con diligencia y humanidad estas cosas contra tales males e inconvenientes, son llamados misericordiosos, incluso si son tan sabios que ya no se turban con ningún dolor del alma. Pues, ¿quién no sabe que la misericordia se llama así porque hace el corazón miserable al condolerse del mal ajeno? y, ¿quién no concede que el sabio debe estar libre de toda miseria, cuando ayuda al necesitado, cuando da alimento al hambriento y bebida al sediento, cuando viste al desnudo, cuando recibe al peregrino en su casa, cuando libera al oprimido, cuando finalmente extiende su humanidad hasta el entierro de los muertos? Aunque lo haga con mente tranquila, no instigado por ningún aguijón de dolor, sino llevado por el deber de la bondad, sin embargo, debe ser llamado misericordioso. Pues a él no le perjudica el nombre, aunque esté ausente la miseria.

54. Pero los necios, al evitar la misericordia como si fuera un vicio, porque no pueden ser movidos suficientemente por el deber, si no se conmueven por la perturbación, se congelan más bien por la rigidez de la inhumanidad, que se serenán por la tranquilidad de la razón. Por lo tanto, mucho más prudentemente Dios mismo también es llamado misericordioso: cómo se dice, queda por entender a aquellos que se han mostrado idóneos por la religión y el estudio; para que, cuando usamos inadecuadamente las palabras de los doctos, no hagamos que las almas de los indoctos se endurezcan primero al evitar la misericordia, que se suavicen al desear la benignidad. Y así como la misericordia nos manda alejar estos inconvenientes del hombre, así la inocencia nos prohíbe infligirlos.

CAPÍTULO XXVIII.---Beneficencia hacia el alma del prójimo. Las partes de la disciplina son dos; coerción e instrucción. A través de las buenas costumbres nos llega el conocimiento de la verdad.

55. En cuanto a la disciplina, mediante la cual se restaura la salud del alma, que si falta, de nada sirve la salud del cuerpo para alejar las miserias, es una tarea sumamente difícil. Así como decíamos que en el cuerpo es una cosa curar enfermedades y heridas, lo cual pocos pueden hacer bien, y otra cosa es saciar el hambre y la sed, y otras necesidades en las que comúnmente se permite que un hombre ayude a otro: así también en el alma hay ciertas cosas en las que no se requieren esos magisterios excelsos y raros; como cuando exhortamos y aconsejamos que se ofrezcan a los necesitados las mismas cosas que dijimos que deben ofrecerse al cuerpo. Pues cuando hacemos esto, ayudamos al cuerpo; pero cuando enseñamos a hacerlo, ayudamos al alma con disciplina. Sin embargo, hay otras cosas mediante las cuales

se sanan, de una manera grande y absolutamente inefable, las múltiples y variadas enfermedades del alma: medicina que, si no fuera enviada divinamente a los pueblos, no habría esperanza de salvación, dado el progreso desmedido del pecado; aunque también la del cuerpo, si se remonta más profundamente al origen de las cosas, no se encuentra de dónde pudo haber llegado a los hombres, sino de Dios, a quien se debe el estado y la salud de todas las cosas.

56. Sin embargo, esta disciplina de la que ahora hablamos, que es la medicina del alma, según se puede recoger de las mismas Escrituras divinas, se divide en dos: coerción e instrucción. La coerción se lleva a cabo por el temor, y la instrucción por el amor, digo, de aquel a quien se ayuda mediante la disciplina: pues quien ayuda, no tiene nada de estos dos, sino amor. En estos dos, Dios mismo, por cuya bondad y clemencia somos algo, nos dio la regla de la disciplina en los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo. Aunque ambos están en cada uno, prevalece en el Antiguo el temor, y en el Nuevo el amor: lo que allí se predica como servidumbre, aquí se predica como libertad por los Apóstoles. Sobre el admirable orden y concierto divino de estos Testamentos, sería muy largo hablar, y muchos religiosos y doctos lo han dicho. Esta materia requiere muchos libros para que, según su mérito, pueda ser explicada y proclamada tanto como el hombre pueda. Quien ama al prójimo, actúa tanto como puede para que esté sano de cuerpo y alma: pero el cuidado del cuerpo debe referirse a la salud del alma. Actúa, pues, en estos grados, en lo que respecta al alma, para que primero tema, y luego ame a Dios. Estos son los mejores hábitos, por los cuales también nos llega el conocimiento de la verdad, al que nos lanzamos con todo esfuerzo.

57. Y en estos dos puntos coincido con los maniqueos, es decir, que amemos a Dios y al prójimo: pero ellos niegan que esto esté contenido en el Antiguo Testamento; en lo cual, creo, se equivocan claramente, como aparece en las sentencias que hemos expuesto anteriormente sobre ambos. Sin embargo, para decir algo breve, pero tal que resistirle sería pura demencia, ¿no advierten que estos mismos dos mandamientos, que se ven obligados a alabar, son los que el Señor en el Evangelio ha tomado del Antiguo Testamento, donde está escrito: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y el otro, Amarás a tu prójimo como a ti mismo? (Deut. VI, 5; Lev. XIX, 18; Mat. XXII, 37, 39). O si no se atreven a negar esto; pues están presionados por la luz de la verdad; que se atreven a negar que estos preceptos son saludables, que contienen los mejores hábitos si pueden, y digan que no se debe amar a Dios, que no se debe amar al prójimo; que a los que aman a Dios no les va todo para bien (Rom. VIII, 28), ni que el amor al prójimo no obra el mal (Ibid. XIII, 10); por los cuales dos se dispone la vida humana de manera muy saludable y óptima. Si dicen esto, no solo no tienen razón con los cristianos, sino ni siquiera con los hombres. Pero si no se atreven a decir esto, y se ven obligados a confesar que son divinos; ¿por qué no dejan de atacar e impugnar con impiedad nefaria esos Libros de donde se han tomado estas cosas?

58. ¿O dirán que no es consecuente que todo allí sea bueno, donde hemos podido encontrar estas cosas? pues esto suelen decir. A esta tergiversación, ¿qué responderé, y cómo la enfrentaré? No veo fácil solución. ¿Examinaré cada palabra del Antiguo Testamento, para demostrar a los obstinados e ignorantes que hay una suma concordancia con el Evangelio? Pero, ¿cuándo será eso? ¿Cuándo podré yo, o ellos lo soportarán? ¿Qué haré entonces? ¿Abandonaré la causa, y los dejaré ocultarse en una opinión aunque impropia y falsa, pero difícil de disolver? No lo haré: Dios mismo estará cerca, cuyos son esos preceptos; y no permitirá que en tales angustias esté desamparado y solo.

CAPÍTULO XXIX.---De la autoridad de las Escrituras.

59. Por tanto, presten atención, maniqueos, si alguno de ustedes está tan atrapado en esa superstición que pueda alguna vez escapar. Presten atención, digo, sin obstinación, sin el afán de resistir: pues de otro modo es muy pernicioso juzgar para ustedes. Ciertamente, no hay duda para nadie, ni están ustedes tan alejados de la verdad, que no entiendan que si amar a Dios y al prójimo es bueno, lo cual nadie puede negar; lo que dependa de estos dos preceptos no puede ser justamente vituperado. ¿Qué, entonces, depende de ellos? Es ridículo si piensas que debe preguntarse a mí; escucha al mismo Cristo, escucha, digo, a Cristo, escucha la Sabiduría de Dios: En estos dos preceptos pende toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 40).

60. ¿Qué puede decir aquí la pertinacia más impudente? ¿Que Cristo no dijo esto? Pero en el Evangelio están escritas estas palabras tuyas. ¿Que lo escrito es falso? ¿Qué puede encontrarse más impío que este sacrilegio? ¿Qué más impudente que esta voz? ¿Qué más audaz? ¿Qué más criminal? Los adoradores de ídolos, que incluso odian el nombre de Cristo, nunca se atrevieron a decir esto contra esas Escrituras. Pues seguiría la perversión de toda la suma de las letras, y la abolición de todos los libros que se han consignado a la memoria, si lo que ha sido fortalecido por tanta religión de los pueblos, y afirmado por tanto consenso de hombres y tiempos, se lleva a esta duda, que ni siquiera pueda obtener la fe y gravedad de una historia vulgar. Finalmente, ¿qué podrías presentar de las escrituras, donde no me sea lícito usar esta voz, si se presenta contra mi razonamiento e intención?

61. ¿Quién puede soportar, además, que nos prohíban creer en los Libros establecidos y ya en manos de todos, y nos manden creer en lo que ellos presentan? Si se debe dudar de la escritura, ¿de cuál más que de aquella que no mereció ser difamada, o que pudo mentir toda bajo otro nombre? Si me obligas a creer en esta por la exageración de la autoridad; ¿dudaré yo, miserable, de aquella que veo divulgada con constancia y ampliamente, y fortalecida por el testimonio de las Iglesias dispersas por todo el mundo, y, lo que es más miserable, dudaré por tu autoridad? Pues si presentaras otros ejemplares, no debería retenerlos, a menos que fueran recomendados por el consenso de muchos; ahora, no presentando tú nada que comparar, excepto una voz vacía y llena de temeridad, ¿crees que el género humano es tan perverso, y desamparado por la providencia divina, que antepondrá tus palabras a esas Escrituras, sin que presentes otros libros de donde sean refutadas, sino solo tus palabras? Pues debes presentar otro código que contenga lo mismo, pero sin embargo incorrupto y más verdadero, donde solo falten aquellas cosas que aquí acusas de haber sido insertadas. Como si, por ejemplo, afirmaras que la Epístola de Pablo a los Romanos está corrupta, presentaras otra incorrupta, o más bien otro código, en el que la misma Epístola del mismo Apóstol esté escrita sincera e incorrupta. No lo haré, dices, para que no se crea que yo mismo la he corrompido: esto es lo que suelen decir; y dicen la verdad: nada más sospecharán los hombres medianamente sensatos, si lo haces. Considera, pues, tú mismo qué has juzgado sobre tu autoridad; y comprende si deben creer tus palabras contra esas Escrituras, si es de gran temeridad creer en un código solo porque tú lo presentas.

CAPÍTULO XXX.---Apóstrofe a la Iglesia, maestra de toda sabiduría. Doctrina de la Iglesia católica.

62. Pero, ¿por qué más sobre esto? Pues, ¿quién no ve que aquellos que se atreven a decir estas cosas contra las Escrituras cristianas, aunque no sean lo que los hombres sospechan, ciertamente no son cristianos? Pues a los cristianos se les ha dado esta forma de vida, que amemos al Señor nuestro Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la mente, y luego a nuestro prójimo como a nosotros mismos: pues en estos dos preceptos pende toda la Ley y los Profetas (Deut. VI, 5; Mat. XXII, 37). Con razón, la Iglesia católica, madre de los verdaderos cristianos, no solo predica que debemos amar purísima y castamente al mismo

Dios, cuya consecución es la vida más bienaventurada; no introduciendo ninguna criatura que debamos adorar, a la que se nos mande servir; y excluyendo de aquella eternidad incorrupta e inviolable, a la que solo el hombre debe someterse, a la que solo el alma racional adhiriéndose no es miserable, todo lo que ha sido hecho, lo que está sujeto al cambio, lo que está sometido al tiempo; ni confundiendo lo que la eternidad, la verdad, y finalmente la misma paz distingue, ni separando de nuevo lo que una majestad une: sino también abrazas el amor y la caridad del prójimo de tal manera, que toda medicina para las diversas enfermedades, con las que las almas enferman por sus pecados, prevalece en ti.

63. Tú ejercitas y enseñas a los niños como niños, a los jóvenes con fortaleza, a los ancianos con tranquilidad, según la edad no solo del cuerpo, sino también del alma. Tú sometes a las mujeres a sus maridos, no para satisfacer la lujuria, sino para propagar la prole, y para la sociedad de la familia, con obediencia casta y fiel. Tú pones a los hombres sobre las esposas, no para burlarse del sexo más débil, sino con las leyes del amor sincero. Tú sujetas a los hijos a los padres con una cierta servidumbre libre, y pones a los padres sobre los hijos con un dominio piadoso. Tú unes a los hermanos con los hermanos con un vínculo de religión más firme y estrecho que el de la sangre. Tú unes toda la proximidad de parentesco y la necesidad de afinidad, conservando los lazos de la naturaleza y de la voluntad, con mutua caridad. Tú enseñas a los siervos a adherirse a sus amos, no tanto por la necesidad de la condición, como por el deleite del deber. Tú haces a los amos apacibles con los siervos, y más inclinados a consultar que a coaccionar, por la consideración del sumo Dios, común Señor. Tú unes a los ciudadanos con los ciudadanos, a las naciones con las naciones, y en general a los hombres por el recuerdo de los primeros padres, no solo con sociedad, sino también con una cierta fraternidad. Enseñas a los reyes a velar por los pueblos; adviertes a los pueblos a someterse a los reyes. Enseñas diligentemente a quién se debe honor, a quién afecto, a quién reverencia, a quién temor, a quién consuelo, a quién amonestación, a quién exhortación, a quién disciplina, a quién reprensión, a quién castigo; mostrando cómo no a todos se deben todas las cosas, y a todos la caridad, y a nadie se debe injuria.

64. Ahora bien, cuando este amor humano ha nutrido y fortalecido el alma adherida a tus pechos, haciéndola idónea para seguir a Dios; cuando su majestad comienza a revelarse desde tan gran parte como le basta al hombre, mientras es habitante de esta tierra; nace un ardor de caridad tan grande, y surge un incendio de amor divino tan grande, que, consumidos todos los vicios, y purificado y santificado el hombre, aparece claramente cuán divinamente se ha dicho: Yo soy fuego consumidor (Deut. IV, 24); y, He venido a traer fuego a la tierra (Luc. XII, 49). Estas dos voces del único Dios, señaladas en los dos Testamentos, declaran con concorde testimonio la santificación del alma, para que se cumpla algún día aquello que también en la Nueva Escritura se ha tomado del Antiguo, Absorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu contienda? (I Cor. XV, 54, 55). Si estos herejes pudieran entender esto, ciertamente no venerarían a Dios en ningún lugar sino en ti y en tu seno, no siendo soberbios y estando bien pacificados. Con razón se guardan ampliamente y difusamente en ti los preceptos divinos. Con razón se entiende bien en ti cuán más grave es pecar con la ley conocida que con la desconocida. Pues el aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley (Ibid. 56), que hiere y mata más gravemente con la conciencia del precepto despreciado. Con razón se ha visto en ti cuán vana es la operación bajo la ley, cuando la lujuria devasta el alma, y se contiene por el miedo al castigo, no se destruye por el amor a la virtud. Con razón tienes tantos hospitalarios, tantos serviciales, tantos misericordiosos, tantos doctos, tantos castos, tantos santos, tantos tan ardientes de amor a Dios, que incluso la soledad los deleita en suma continencia y en increíble desprecio de este mundo.

## CAPÍTULO XXXI.---Oposición de la vida de los anacoretas y cenobitas a la continencia de los maniqueos.

65. ¿Qué es, pregunto, lo que ven aquellos que no pueden dejar de amar al hombre, y sin embargo pueden no ver al hombre? Ciertamente aquello, sea lo que sea, es más excelente que las cosas humanas, cuya contemplación permite al hombre vivir sin el hombre. Ahora bien, escuchen, maniqueos, las costumbres y la singular continencia de los cristianos perfectos, a quienes la suma castidad no solo les ha parecido digna de alabanza, sino también de ser alcanzada; para que no se atrevan a jactarse impudicamente ante los ánimos de los ignorantes, como si la abstinencia de las cosas más difíciles fuera algo que ustedes, si tienen algo de pudor, se atrevan a hacer. No diré cosas que ustedes ignoran, sino que nos ocultan. Pues, ¿quién no sabe que la multitud de hombres cristianos de suma continencia se difunde cada día más y más por todo el mundo, y especialmente en Oriente y Egipto, lo cual de ningún modo puede ocultárseles?

66. No diré nada de aquellos que mencioné antes, que completamente ocultos de toda vista humana, contentos solo con el pan que se les lleva a intervalos de tiempo, y con agua, habitan en las tierras más desiertas; disfrutando de la conversación con Dios, a quien se han adherido con mentes puras, y beatísimos en la contemplación de esa belleza que no puede ser percibida sino por el entendimiento de los santos. No hablaré, digo, de estos: pues a algunos les parece que han abandonado las cosas humanas más de lo que deberían, no entendiendo cuánto nos beneficia su ánimo en las oraciones, y su vida como ejemplo, aunque no se nos permita ver sus cuerpos. Pero considero largo y superfluo discutir sobre esto: pues, ¿cómo puede parecer a alguien que este excelso pináculo de santidad, que no se presenta por sí mismo para ser admirado y honrado, necesita el discurso de nuestro orador? Solo deben ser advertidos aquellos que se jactan vanamente, que la templanza y continencia de los santísimos cristianos de la fe católica ha avanzado tanto, que parece que debe ser restringida y casi devuelta a los límites humanos: hasta tal punto se juzga que sus ánimos han superado a los hombres, incluso por aquellos a quienes esto desagrada.

67. Pero si esto excede nuestra tolerancia, ¿quién no admirará y alabará a aquellos que, despreciando y abandonando las seducciones de este mundo, congregados en una vida común castísima y santísima, viven juntos, dedicados a las oraciones, a las lecturas, a las discusiones; sin hincharse de orgullo, sin ser turbulentos por la obstinación, sin envidiar con malicia: sino modestos, reverentes, pacíficos, ofrecen a Dios una vida concordísima y atentísima, el más grato don que han merecido poder ofrecerle? Nadie posee nada propio, nadie es una carga para otro. Trabajan con sus manos en lo que puede alimentar el cuerpo, y no puede impedir que la mente esté con Dios. Sin embargo, entregan su trabajo a aquellos a quienes llaman decanos, porque están a cargo de diez, para que nadie de ellos se preocupe por su propio cuerpo, ni en comida, ni en vestido, ni si se necesita algo más, ya sea por la necesidad diaria o por la salud cambiada, como suele suceder. Estos decanos, disponiendo y proveyendo con gran cuidado todo lo que la vida requiere por la debilidad del cuerpo, también rinden cuentas a uno a quien llaman padre. Estos padres, no solo santísimos en costumbres, sino también excelentísimos en doctrina divina, elevados en todas las cosas, consultan a aquellos a quienes llaman hijos con gran autoridad en mandar, y con gran voluntad de obedecer. Se reúnen al final del día, cada uno desde su morada, mientras aún están en ayunas, para escuchar a ese padre, y se reúnen con cada padre al menos tres mil personas: pues incluso muchos más numerosos viven bajo uno. Escuchan con increíble atención, en sumo silencio; manifestando las afecciones de sus ánimos, según los mueve el discurso del orador, ya sea con gemido, ya sea con llanto, ya sea con gozo modesto y sin clamor. Luego se refuerza el cuerpo, tanto como es suficiente para la salud y la salubridad,

cada uno conteniendo la concupiscencia, para que no se derrame incluso en lo que está presente, parco y vilísimo. Así, no solo se abstienen de carnes y vino para domar las concupiscencias, sino también de aquellas cosas que tanto más provocan el apetito del vientre y la garganta cuanto más limpias parecen a algunos: por lo cual suele defenderse ridícula y torpemente el deseo vergonzoso de manjares exquisitos, que es ajeno a las carnes. Ciertamente, todo lo que sobra para el sustento necesario (pues sobra mucho de las obras de las manos y de la restricción de las comidas), se distribuye a los necesitados con tanto cuidado como no fue adquirido por ellos mismos. Pues de ningún modo se afanan para que les abunde, sino que hacen todo lo posible para que no quede con ellos lo que ha sobrado, hasta el punto de enviar incluso naves cargadas a lugares donde habitan los pobres. No es necesario decir más sobre un asunto tan conocido.

68. Esta es también la vida de las mujeres que sirven a Dios con solicitud y castidad, que, separadas en moradas y alejadas de los hombres tanto como es decente, se unen a ellos solo por la pía caridad y la imitación de la virtud: a las cuales no hay acceso de jóvenes, ni siquiera de ancianos muy graves y probados, sino solo hasta el vestíbulo por la gracia de proveer lo necesario. Pues ejercitan y sustentan el cuerpo con el trabajo de la lana, y entregan las vestiduras a los hermanos, recibiendo de ellos a su vez lo que es necesario para el sustento. Si quisiera alabar estas costumbres, esta vida, este orden, esta institución, ni podría hacerlo dignamente, ni temo que parezca que no puede agradar por sí mismo, si pienso que debo añadir el coturno del elogio sobre la simplicidad del narrador. Esto, maniqueos, reprendan, si pueden. No muestren a los ciegos y a los que no pueden discernir nuestras cizañas.

#### CAPÍTULO XXXII.---Elogio de los clérigos.

69. Sin embargo, las costumbres de la Iglesia católica no son tan limitadas como para pensar que solo la vida de aquellos que he mencionado es digna de alabanza. ¡Cuántos obispos, presbíteros, diáconos y ministros de los sacramentos divinos he conocido, hombres excelentes y santísimos, cuya virtud me parece más admirable y digna de mayor elogio cuanto más difícil es mantenerla en medio de la diversidad de personas y en esta vida tan turbulenta! No están al frente de personas ya sanadas, sino de aquellas que necesitan ser sanadas. Hay que soportar los vicios de la multitud para poder curarlos, y la peste debe ser tolerada antes de ser erradicada. Es sumamente difícil mantener aquí un modo de vida óptimo y un espíritu pacífico y tranquilo. En resumen, estos actúan donde se aprende a vivir, aquellos donde se vive.

#### CAPÍTULO XXXIII.---Otro tipo de convivencia en la ciudad. Ayunos de tres días.

70. No por ello desprecio a los cristianos que viven en las ciudades, alejados de la vida común. He visto en Milán un albergue de santos, no de pocas personas, dirigido por un presbítero excelente y muy sabio. También en Roma he conocido varios lugares donde individuos destacados por su gravedad, prudencia y conocimiento divino, lideran a otros que viven con ellos en caridad cristiana, santidad y libertad: no son una carga para nadie, sino que, al estilo oriental y siguiendo la autoridad del apóstol Pablo, se sostienen con sus propias manos. He aprendido que muchos practican ayunos increíbles, no alimentándose una vez al día al anochecer, como es común, sino pasando tres días o más sin comida ni bebida. Y esto no solo en hombres, sino también en mujeres; muchas viudas y vírgenes que viven juntas, buscando su sustento con lana y tela, están bajo la dirección de mujeres muy respetables y

probadas, no solo en la formación y organización de costumbres, sino también en la instrucción de las mentes.

71. Y entre ellos, nadie es forzado a soportar lo que no puede, a nadie se le impone lo que rechaza, ni es condenado por los demás por admitir su debilidad en seguir su ejemplo: recuerdan cuánto se ha recomendado la caridad en todas las Escrituras; recuerdan, "Todo es puro para los puros" (Tit. I, 15); y, "No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre, sino lo que sale de ella" (Mat. XV, 11). Así que no se preocupan por rechazar ciertos alimentos como si fueran impuros, sino que toda su atención se centra en dominar la concupiscencia y mantener el amor fraternal. Recuerdan: "La comida es para el estómago, y el estómago para la comida; pero Dios destruirá a ambos" (I Cor. VI, 13); y en otro lugar, "Ni si comemos, abundaremos; ni si no comemos, careceremos" (Id. VIII, 8); y sobre todo, "Es bueno no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada en lo que tu hermano tropiece". Aquí muestra cómo todo debe dirigirse al fin de la caridad. Uno cree que puede comer de todo; pero el que es débil, coma legumbres. El que come, no desprecie al que no come; y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios lo ha aceptado. ¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? Para su propio Señor está en pie o cae; pero estará firme, porque poderoso es Dios para sostenerlo. Y poco después: "El que come, para el Señor come, y da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios". Y más adelante: "Así que cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios. No juzguemos más los unos a los otros; sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano. Sé y estoy persuadido en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo; pero para el que piensa que algo es impuro, para él lo es". ¿Podría haber mostrado más claramente que no está en las cosas que comemos, sino en el ánimo, la fuerza que puede mancharlo; y por eso, incluso aquellos que son capaces de despreciar estas cosas, y saben con certeza que no se contaminan si toman algún alimento sin vergonzosa codicia, deben considerar la caridad? Mira lo que sigue: "Porque si por causa de la comida tu hermano se entristece, ya no andas conforme al amor" (Rom. XIV, 2-21).

72. Lee el resto; es largo incluirlo todo; y encontrarás el mandato para aquellos que pueden despreciar estas cosas, es decir, los más fuertes y seguros, de que deben moderarse para no ofender a aquellos que aún necesitan esta moderación por su debilidad. Estos de los que hablaba lo saben y lo mantienen: son cristianos, no herejes; entienden las Escrituras según la disciplina apostólica, no según el nombre orgulloso y ficticio de Apóstol. Nadie desprecia al que no come, nadie juzga al que come: el que es débil, coma legumbres. Sin embargo, muchos fuertes hacen lo mismo por los débiles: muchos no lo hacen por esta razón, sino porque prefieren vivir con un sustento más humilde y llevar una vida muy tranquila con un mantenimiento corporal poco costoso. "Todo me es lícito", dice, "pero no me dejaré dominar por ninguna" (I Cor. VI, 12). Así, muchos no comen carne, pero no la consideran impura supersticiosamente. Por lo tanto, los mismos que sanos se abstienen, si la razón de la salud lo exige, enfermos la aceptan sin temor. Muchos no beben vino, pero no creen que se contaminen con él: pues también a algunos más débiles, y a todos los que no pueden mantener la salud del cuerpo sin él, lo ofrecen con toda humanidad y modestia. Y amonestan fraternalmente a algunos que lo rechazan tontamente, para que no se debiliten más rápido que se santifiquen por una vana superstición. Les leen al Apóstol ordenando a su discípulo que tome un poco de vino por sus frecuentes enfermedades (I Tim. V, 23). Así ejercen la piedad con diligencia: pero saben que el ejercicio corporal, como dice el mismo Apóstol, es de poco provecho (Id. IV, 8).

73. Se abstienen, pues, aquellos que pueden, que son innumerables, tanto de la carne como del vino por dos razones: por la debilidad de los hermanos, o por su propia libertad. La caridad se guarda principalmente; el sustento, el discurso, el hábito, el semblante se adaptan a

la caridad; se unen en una sola y conspiran en la caridad: violarla se considera un sacrilegio como violar a Dios; si algo se opone a ella, se combate y se expulsa; si algo la ofende, no se permite que dure un solo día. Saben que ha sido tan recomendada por Cristo y los Apóstoles, que si falta, todo es vano; si está presente, todo es pleno.

CAPÍTULO XXXIV.---No se debe vituperar a la Iglesia por los malos cristianos. Adoradores de sepulcros y pinturas.

74. Maniqueos, oponeos a estos si podéis; miradlos, nombradlos con desdén si os atrevéis, sin mentir: comparad sus ayunos con los vuestros, su castidad con la vuestra, su vestimenta con la vuestra, sus banquetes con los vuestros, su modestia con la vuestra, su caridad con la vuestra, y, lo que más importa, sus preceptos con los vuestros. Veréis entonces la diferencia entre la ostentación y la sinceridad, entre el camino recto y el error, entre la fe y la falacia, entre la fortaleza y el orgullo, entre la bienaventuranza y la miseria, entre la unidad y la división, finalmente, entre las sirenas de la superstición y el puerto de la religión.

75. No me presentéis a los que profesan el nombre cristiano sin conocer o practicar la fuerza de su profesión. No busquéis entre las multitudes de ignorantes, que incluso en la verdadera religión son supersticiosos, o tan entregados a sus pasiones que han olvidado lo que prometieron a Dios. Sé que hay muchos adoradores de sepulcros y pinturas: sé que hay muchos que beben lujosamente sobre los muertos, y ofreciendo banquetes a los cadáveres, se entierran a sí mismos sobre los sepultados, y consideran sus glotonerías y borracheras como religión. Sé que hay muchos que han renunciado de palabra a este mundo, y quieren ser oprimidos por todas las cargas de este mundo, y se alegran de estar oprimidos. No es de extrañar que en tan gran multitud de pueblos no os falten aquellos cuya vida, al ser vituperada, engañáis a los incautos y los apartáis de la salvación católica, cuando en vuestra escasez sufrís grandes angustias al exigir de vosotros, o al menos de uno de los que llamáis elegidos, que guarde esos mismos preceptos que defendéis con irracional superstición. Pero también he decidido mostrar en otro volumen cuán vanas, cuán nocivas, cuán sacrílegas son esas cosas, y cómo no son observadas por la gran mayoría de vosotros, y casi por todos.

76. Ahora os advierto que dejéis de maldecir a la Iglesia católica, vituperando las costumbres de personas que ella misma condena, y que diariamente se esfuerza por corregir como a hijos malos. Pero aquellos de ellos que se corrigen con buena voluntad y la ayuda de Dios, recuperan lo que perdieron pecando, al arrepentirse. Aquellos que, con mala voluntad, perseveran en sus vicios anteriores, o incluso añaden peores a los anteriores, son permitidos en el campo del Señor, y crecen con las buenas semillas, pero llegará el tiempo en que se separen las cizañas. O si ya, por el mismo nombre cristiano, deben considerarse más en la paja que en las espigas, vendrá también quien limpie la era, y separe la paja del trigo, y distribuya a cada parte lo que le corresponde con suma equidad (Mat. III, 13, y XIII, 24-43).

CAPÍTULO XXXV.---El matrimonio y las posesiones también son permitidos a los bautizados por el Apóstol.

77. Mientras tanto, ¿por qué os enfurecéis, por qué os cegáis con el fervor de las facciones? ¿Por qué os enredáis en una larga defensa de tan gran error? Buscad los frutos en el campo, el trigo en la era: aparecerán fácilmente y se ofrecerán a quienes los busquen. ¿Por qué fijáis demasiado los ojos en las impurezas? ¿Por qué asustáis a los ignorantes con la aspereza de las cercas en lugar de la abundancia del fértil huerto? Hay un acceso seguro, aunque conocido por pocos, por el cual se puede entrar, que vosotros o no creéis que existe, o no queréis encontrar. En la Iglesia católica hay innumerables fieles que no usan de este mundo, hay

quienes lo usan como si no lo usaran (I Cor. VII, 31), como dice el Apóstol; lo cual ya se demostró en aquellos tiempos en que los cristianos eran forzados a adorar ídolos. Pues cuántos hombres ricos, cuántos padres de familia campesinos, cuántos comerciantes, cuántos militares, cuántos principales de sus ciudades, cuántos senadores, de ambos sexos, dejando todas estas cosas vanas y temporales, aunque las usaran, no estaban apegados a ellas, sufrieron la muerte por la fe y religión saludable, y demostraron a los infieles que ellos poseían esas cosas, no que eran poseídos por ellas.

78. ¿Por qué calumniáis que los fieles ya renovados por el Bautismo no deben procrear hijos, ni poseer tierras, casas o dinero alguno? Pablo lo permite. Pues lo que no se puede negar, escribió a los fieles, después de enumerar a muchos viciosos que no poseerán el reino de Dios, "Y esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios". Sin duda, nadie se atreverá a entender por lavados y santificados a otros que no sean los fieles, y aquellos que han renunciado a este mundo. Pero ya que mostró a quiénes escribió, veamos si les permite esas cosas. Así sigue: "Todo me es lícito, pero no todo conviene: todo me es lícito, pero yo no me dejaré dominar por ninguna. La comida es para el estómago, y el estómago para la comida; pero Dios destruirá a ambos. El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Dios resucitó al Señor, y también nos resucitará a nosotros por su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ningún modo! ¿No sabéis que el que se une a una ramera es un cuerpo con ella? Porque dice, 'Los dos serán una sola carne'. Pero el que se une al Señor, es un espíritu con él. Huid de la fornicación. Cualquier pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (I Cor. VI, 11-20). En cuanto a lo que me escribisteis, "Bueno es para el hombre no tocar mujer; pero a causa de la fornicación, cada uno tenga su propia esposa, y cada una tenga su propio marido. El marido cumpla con la esposa el deber conyugal, y asimismo la esposa con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; y asimismo el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os defraudéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia. Mas esto digo por vía de concesión, no por mandamiento. Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno de una manera, y otro de otra" (Ibid. VII, 1-7).

79. ¿Os parece suficiente que el Apóstol haya mostrado a los fuertes qué es lo supremo, y a los más débiles permitido lo que es próximo? Pues no tocar mujer, mostró que es lo supremo, cuando dice, "Quisiera que todos los hombres fuesen como yo". Pero a esta suprema castidad conyugal es próxima, para que el hombre no sea devastado por la fornicación. ¿Acaso dijo que estos aún no son fieles porque usan de sus cónyuges? Pues con esta castidad conyugal, incluso a los que están unidos, si uno de ellos es infiel, y la prole que de ellos nace, dijo que se santifican: "Porque el marido infiel es santificado en la mujer fiel, y la mujer infiel es santificada por el marido fiel; de otra manera, vuestros hijos serían inmundos; pero ahora son santos" (Ibid. 14). ¿Por qué os oponéis con tanta obstinación a esta verdad? ¿Por qué intentáis oscurecer la luz de las Escrituras con sombras vanas?

80. No digáis ya que a los catecúmenos se les permite usar de sus cónyuges, pero a los fieles no; que a los catecúmenos se les permite tener dinero, pero a los fieles no. Pues hay muchos

que usan como si no usaran. Y en ese sacrosanto lavacro se inicia la renovación del hombre nuevo, para que se perfeccione progresando, en unos más rápido, en otros más lento: pero muchos avanzan hacia la nueva vida, si alguien observa no con enemistad, sino con diligencia. Pues como dice el Apóstol, "aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior se renueva de día en día" (II Cor. IV, 16). El Apóstol dice que el hombre interior se renueva de día en día para ser perfeccionado, y vosotros queréis que comience desde la perfección. Ojalá lo quisierais: pero buscáis más bien no levantar a los débiles, sino engañar a los incautos. Esto no debisteis decir con tanta audacia, ni siquiera si constara que vosotros mismos sois perfectos en esos mismos mandamientos triviales vuestros. Pero como vuestra conciencia sabe que aquellos que introducís en vuestra secta, cuando comienzan a unirse más familiarmente a vosotros, encontrarán muchas cosas que nadie sospechaba que existieran en vosotros cuando acusabais a otros; ¡qué gran impudencia es buscar la perfección en los católicos más débiles para apartar de ellos a los incautos, y de ningún modo mostrarla entre vosotros a aquellos que apartáis! Pero para no parecer que vertemos algo temerariamente sobre vosotros, este será el límite de este volumen, para que en algún momento pasemos a demostrar los preceptos de vuestra vida y vuestras costumbres memorables.

LIBRO SEGUNDO. SOBRE LAS COSTUMBRES DE LOS MANIQUEOS. En el cual, refutada diligentemente la doctrina de estos herejes sobre el origen y la naturaleza del mal, se examinan las tres señales de la boca, las manos y el seno, que ellos proclamaban en sus impías costumbres, y se ridiculizan su abstinencia supersticiosa y sus misterios nefandos. Posteriormente se relatan algunas de las infamias descubiertas en ellos.

CAPÍTULO PRIMERO.---El sumo bien es aquello a lo que le corresponde ser sumamente.

1. No creo que haya duda alguna de que cuando se pregunta sobre el bien y el mal, este tipo de cuestión pertenece a la disciplina moral, en la cual nos movemos en este discurso. Por lo tanto, desearía que los hombres llevaran a estas investigaciones una mente tan serena que pudieran ver aquel sumo bien, que no tiene nada mejor ni superior, al cual se sujeta el alma racional pura y perfecta. Pues al entender y perfeccionar esto, verían al mismo tiempo que es aquello que se dice ser sumamente y primariamente. Pues esto es lo que debe decirse que es en el más alto grado, lo que siempre se mantiene de la misma manera, lo que es completamente semejante a sí mismo, lo que no puede corromperse ni cambiarse en ninguna parte, lo que no está sujeto al tiempo, lo que no puede ser de otra manera ahora que como era antes. Pues esto es lo que se dice ser verdaderamente. Pues este verbo subyace a la significación de una naturaleza que permanece en sí misma y se mantiene inmutablemente. Esto no podemos decir que sea otra cosa que Dios, al cual si buscas correctamente lo contrario, no hay nada en absoluto. Pues el ser no tiene contrario, excepto el no ser. Por lo tanto, no hay naturaleza contraria a Dios. Pero como llevamos a estas contemplaciones una mente herida y embotada por opiniones triviales y la perversidad de la voluntad, intentemos, en la medida de lo posible, llegar a algún tipo de conocimiento de tan gran asunto, paso a paso y con cautela, no como quienes ven, sino como quienes buscan a tientas.

CAPÍTULO II.---Qué es el mal. Los maniqueos dicen muy acertadamente que el mal es lo que está contra la naturaleza, pero su herejía se subvierte desde aquí.

2. A menudo, y casi siempre, Maniqueos, cuando intentáis persuadir a otros de vuestra herejía, preguntáis de dónde proviene el mal. Imaginad que ahora me encuentro con vosotros por primera vez; os pediría, si os place, que también vosotros, dejando de lado por un momento la opinión que creéis conocer, intentéis investigar conmigo este asunto como si

fuéramos principiantes. Me preguntáis de dónde proviene el mal; pero yo, a su vez, os pregunto qué es el mal. ¿Cuál es la investigación más justa? ¿La de aquellos que buscan de dónde proviene algo que no saben qué es; o la de aquel que primero considera necesario averiguar qué es, para no buscar el origen de algo desconocido (lo cual es sumamente absurdo)? Decís muy acertadamente. Pues, ¿quién está tan ciego de mente que no vea que el mal para cada género es aquello que está en contra de su naturaleza? Pero al establecer esto, vuestra herejía se derrumba: ninguna naturaleza es malvada, si lo que está en contra de la naturaleza es el mal. Sin embargo, vosotros afirmáis que cierta naturaleza y sustancia son el mal. Además, lo que está en contra de la naturaleza, sin duda, se opone a ella y busca destruirla. Por lo tanto, tiende a hacer que lo que es, deje de ser. Pues la naturaleza misma no es otra cosa que lo que se entiende que es algo en su género. Así, nosotros, con un nuevo nombre, llamamos esencia a lo que es, que a menudo también llamamos sustancia: así los antiguos, que no tenían estos nombres, llamaban naturaleza a la esencia y sustancia. Por lo tanto, el mal es, si queréis atender sin obstinación, apartarse de la esencia y tender a no ser.

3. Por lo tanto, cuando en la Iglesia Católica se dice que Dios es el autor de todas las naturalezas y sustancias, se entiende al mismo tiempo, por aquellos que pueden entenderlo, que Dios no es el autor del mal. Pues, ¿cómo puede aquel que es la causa de que todas las cosas que son, sean, ser también la causa de que no sean, es decir, de que se aparten de la esencia y tiendan a no ser? lo cual la razón más verdadera clama que es el mal general. Pero esa vuestra raza del mal, que queréis que sea el mal supremo, ¿cómo será contra la naturaleza, es decir, contra la sustancia, cuando decís que es naturaleza y sustancia? Pues si actúa contra sí misma, se priva de su propio ser: si lo logra, entonces finalmente alcanzará el mal supremo. Pero no lo logrará, porque no solo queréis que sea, sino que también sea eterna. Por lo tanto, no puede ser el mal supremo, lo que se dice que es sustancia.

4. Pero, ¿qué puedo hacer? Sé que hay muchos entre vosotros que no pueden entender esto en absoluto. Sé también que hay algunos que, aunque de buen ingenio, ven esto de alguna manera, pero con mala voluntad, con la cual también perderán su ingenio, actúan con obstinación, y buscan más bien qué decir en contra de esto, que fácilmente se persuade a los lentos y débiles, que consentir que es verdad. Sin embargo, no me arrepentiré de haber escrito algo que alguien entre vosotros finalmente considere con juicio no injusto, y abandone vuestro error; o que los ingeniosos y sometidos a Dios, y aún íntegros de vuestro estudio, cuando lo lean, no puedan ser engañados por vuestros discursos.

CAPÍTULO III.---Si el mal se define como aquello que daña, los Maniqueos son refutados nuevamente.

5. Busquemos, pues, estas cosas con más diligencia, y en la medida de lo posible, más claramente. Os pregunto de nuevo, ¿qué es el mal? Si decís, "Lo que daña"; tampoco aquí mentiréis. Pero, os ruego, prestad atención; os ruego, estad atentos; os ruego, dejad de lado los intereses de las partes, y buscad la verdad, no por el deseo de vencer, sino de encontrar. Pues todo lo que daña, priva de algún bien a aquello a lo que daña: porque si no le quita ningún bien, en absoluto le daña. ¿Qué hay más claro que esto, os lo ruego? ¿Qué más evidente? ¿Qué tan expuesto a cualquier entendimiento mediano, siempre que no sea obstinado? Pero al establecer esto, parece ya, según creo, lo que sigue. Pues en esa raza que sospecháis que es el mal supremo, no puede dañarse a ninguna cosa, donde no hay bien alguno. Pero si hay dos naturalezas, como afirmáis, el reino de la luz y el reino de las tinieblas; ya que confesáis que el reino de la luz es Dios, al que concedéis una naturaleza simple, de modo que allí no hay nada peor que otra cosa: es necesario que confeséis, lo cual es muy contrario a vosotros, pero sin embargo es necesario que confeséis, que esa naturaleza,

que no solo no negáis que es el sumo bien, sino que también os esforzáis vehementemente en persuadir, es inmutable, impenetrable, incorruptible e inviolable: pues de otro modo no será el sumo bien; porque eso es lo que no tiene nada mejor: a tal naturaleza no se le puede dañar de ninguna manera. Pero si dañar es privar de bien, como he mostrado; no puede dañarse al reino de las tinieblas, porque allí no hay bien alguno; no puede dañarse al reino de la luz, porque es inviolable: ¿a quién, pues, dañará lo que decís que es el mal?

CAPÍTULO IV.---Diferencia entre el bien por sí mismo y por participación.

6. Por lo tanto, ya que no podéis resolverlo, ved cuán clara es la sentencia de la disciplina católica, que dice que hay un bien que es sumamente y por sí mismo bueno, y no por participación de algún bien, sino por su propia naturaleza y esencia; y otro que es bueno por participar y tener; pero tiene de aquel sumo bien para ser bueno, permaneciendo en sí mismo, y sin perder nada. Este bien que mencionamos después, llama criatura, a la que se le puede dañar por defecto: de cuyo defecto Dios no es autor, porque es autor de existir, y por así decirlo, de ser. Así se muestra también cómo se dice el mal; pues no se dice según la esencia, sino según la privación, con toda verdad: y aparece la naturaleza a la que se le puede dañar. Pues no es el sumo mal, a la que se le quita el bien cuando se le daña; ni el sumo bien, que por eso puede apartarse del bien, porque no se dice buena por existir, sino por tener el bien. Ni es naturalmente buena cosa, la que cuando se dice hecha, sin duda recibió para ser buena. Así, Dios es el sumo bien, y todo lo que hizo es bueno, aunque no sea tan bueno como aquel mismo que lo hizo. Pues, ¿quién tan insano se atreve a exigir que las obras sean iguales al artífice, y las cosas creadas al creador? ¿Qué más deseáis? ¿O queréis algo más claro?

CAPÍTULO V.---Si el mal se define como corrupción, también de ahí se derrumba completamente la herejía de ellos.

7. Preguntaré, pues, por tercera vez, ¿qué es el mal? Responderéis tal vez, Corrupción. ¿Quién negará también que esto es un mal general? Pues esto es contra la naturaleza, esto es lo que daña. Pero la corrupción no está en sí misma, sino en alguna sustancia que corrompe: pues la corrupción no es sustancia en sí misma. Por lo tanto, la cosa que corrompe, no es corrupción, no es mal. Pues lo que se corrompe, se priva de integridad y sinceridad. Por lo tanto, lo que no tiene ninguna sinceridad de la que pueda ser privado, no puede corromperse; pero lo que tiene, sin duda es bueno por participación de sinceridad. Asimismo, lo que se corrompe, sin duda se pervierte; pero lo que se pervierte, se priva de orden: el orden, sin embargo, es bueno. Por lo tanto, lo que se corrompe, no carece de bien: pues por eso mismo que no carece, puede ser privado cuando se corrompe. Por lo tanto, esa raza de las tinieblas, si carecía de todo bien, como decís, no podía corromperse: pues no tenía lo que la corrupción pudiera quitarle, que si no quita nada, no corrompe. Atreveos ya a decir, si podéis, que Dios y el reino de Dios pudieron corromperse, si el reino del diablo, tal como lo describís, no encontráis cómo podría corromperse.

CAPÍTULO VI.---A qué cosa afecta la corrupción, y qué es.

8. ¿Qué dice, pues, la luz católica sobre esto? ¿Qué pensáis, sino lo que tiene la verdad, que la sustancia hecha puede corromperse: pues también aquella no hecha, que es el sumo bien, es incorruptible, y la misma corrupción, que es el sumo mal, no puede corromperse, sino que esta no es sustancia? Pero si preguntáis qué es, ved a qué intenta llevar lo que corrompe. Pues afecta a las cosas que se corrompen desde sí misma. Pero todas las cosas por la corrupción se apartan de lo que eran, y se ven obligadas a no permanecer, se ven obligadas a no ser. Pues ser se refiere a permanecer. Por lo tanto, lo que se dice que es sumamente y en el máximo

grado, se dice permaneciendo en sí mismo. Pues lo que se cambia a mejor, no se cambia porque permanecía, sino porque se pervertía a peor, es decir, se apartaba de la esencia: de cuya deficiencia no es autor quien es autor de la esencia. Por lo tanto, algunas cosas se cambian a mejores, y por eso tienden a ser: y no se dice que se pervierten por este cambio, sino que se revierten y se convierten. Pues la perversión es contraria a la ordenación. Estas cosas que tienden a ser, tienden al orden: que cuando lo hayan alcanzado, alcanzan el ser, en la medida en que la criatura puede alcanzarlo. Pues el orden reduce lo que ordena a una cierta conveniencia. Nada es, sin embargo, ser, que ser uno. Por lo tanto, en cuanto algo alcanza la unidad, en tanto es. Pues la operación de la unidad es la conveniencia y concordia, por la cual son en cuanto son, las cosas que están compuestas: pues las simples son por sí mismas, porque son una; pero las que no son simples, imitan la unidad por la concordia de las partes, y en tanto son en cuanto la alcanzan. Por lo tanto, la ordenación obliga a ser, la inordinación, sin embargo, a no ser; que también se llama perversión y corrupción. Por lo tanto, todo lo que se corrompe, tiende a no ser. Ya es vuestro considerar a qué obliga la corrupción, para que podáis encontrar el sumo mal: pues eso es a lo que la corrupción intenta llevar.

CAPÍTULO VII.---La bondad de Dios no permite que ninguna cosa sea llevada por la corrupción a no ser. Diferencia entre crear y ordenar.

9. Pero la bondad de Dios no permite que la cosa sea llevada a no ser, y ordena todas las cosas que decaen, para que estén donde más congruentemente puedan estar, hasta que con movimientos ordenados regresen a aquello de donde decayeron. Por lo tanto, también las almas racionales, en las que el libre albedrío es poderosísimo, al decaer de sí mismas, las ordena en los grados inferiores de la criatura, donde conviene que estén tales. Por lo tanto, se vuelven miserables por el juicio divino, mientras se ordenan convenientemente según sus méritos. De lo cual se dijo muy bien, lo que soléis perseguir con vehemencia: Yo hago el bien, y creo el mal (Isaías 45, 7). Pues crear se dice ordenar y disponer. Por lo tanto, en muchos ejemplares está escrito así: Yo hago el bien y dispongo el mal. Pues hacer es lo que no era en absoluto; disponer, sin embargo, ordenar lo que ya era de alguna manera, para que sea mejor y más. Pues Dios dispone, es decir, ordena, aquellas cosas que decaen, es decir, tienden a no ser; no aquellas que han llegado a aquello a lo que tienden. Pues se ha dicho: Nada por la providencia divina se permite llegar a no ser.

10. Estas cosas se tratan más ampliamente y con más abundancia, pero mientras se trata con vosotros, es suficiente. Pues se os debía mostrar la puerta, que desesperáis, y hacéis desesperar a los inexpertos. Pues nadie os introduce sino la buena voluntad; que la divina clemencia hace pacífica, como se canta en el Evangelio: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas 2, 14). Es suficiente, digo, para que veáis que no hay salida de discusión religiosa sobre el bien y el mal, a menos que todo lo que es, en cuanto es, sea de Dios: en cuanto, sin embargo, decae de la esencia, no sea de Dios, pero sin embargo siempre, como conviene al universo, se ordene por la providencia divina. Que si aún no lo veis, no sé qué más hacer ahora, sino tratar más minuciosamente también estas cosas que se han dicho. Pues a las cosas mayores no lleva la mente sino la piedad y la pureza.

CAPÍTULO VIII.---El mal no es ninguna sustancia, sino la inconveniencia enemiga de la sustancia.

11. Pues, ¿qué otra cosa, cuando pregunto qué es el mal, vais a responder, sino lo que está contra la naturaleza, o lo que daña, o corrupción, o algo de este tipo? Pero en estas cosas he mostrado vuestros naufragios, a menos que, como soléis hacer con los niños, respondáis que el mal es el fuego, el veneno, la fiera, y otras cosas de este tipo. Pues también de uno que

decía que ninguna sustancia es el mal, uno de los principales de esta herejía, a quien escuchábamos más familiar y frecuentemente, decía: Me gustaría poner un escorpión en la mano de un hombre, y ver si no retira la mano; que si lo hace, no con palabras, sino con el hecho mismo, se convencería de que alguna sustancia es el mal, puesto que no negaría que ese animal es sustancia. Y decía esto no en presencia de aquel, sino cuando le referíamos conmovidos lo que aquel había dicho: respondía, pues, como he dicho, puerilmente a los niños. Pues, ¿quién medianamente instruido y educado, no ve que estas cosas dañan por la inconveniencia de la temperancia corporal, y nuevamente por la conveniencia no dañan, a menudo también aportan no pocos beneficios? Pues si ese veneno fuera malo en sí mismo, mataría más y primero al mismo escorpión. Pero al contrario, si se le quita de alguna manera, sin duda perecería. Por lo tanto, para su cuerpo es malo perder lo que para nuestro cuerpo es malo recibir: asimismo, para él es bueno tener lo que para nosotros es bueno carecer. ¿Será, pues, la misma cosa tanto buena como mala? De ninguna manera; sino que el mal es lo que está contra la naturaleza: pues esto es malo tanto para esa bestia como para nosotros, es decir, la misma inconveniencia, que sin duda no es sustancia, sino enemiga de la sustancia. ¿De dónde es, pues? Atiende a lo que obliga, y aprenderás; si, sin embargo, en ti vive alguna luz interior. Pues obliga a no ser todo lo que destruye. Dios, sin embargo, es autor de la esencia: ni puede parecer que alguna esencia sea, lo que en la que esté obliga a no ser. Por lo tanto, se dice algo de donde no es la inconveniencia; pues de donde es nada se puede decir.

12. Cierta mujer criminal de Atenas, como cuenta la historia, el veneno que los condenados bebían en cierta medida para morir, lo bebió poco a poco sin ningún inconveniente o leve de salud, y logró beberlo. Por lo tanto, cuando fue condenada alguna vez, tomó aquella cantidad legítima de veneno, que había vencido por costumbre, como los demás, y no murió como los demás. Lo cual, siendo un gran milagro, fue enviada al exilio. ¿Qué pensamos, si el veneno es malo, que hizo para que no fuera malo para ella? ¿Qué más absurdo que esto? Pero porque la inconveniencia es mala, hizo más bien que por la moderada costumbre ese cuerpo se acomodara a su cuerpo. Pues, ¿cuándo podría ella, con cualquier astucia, hacer que la inconveniencia no le dañara? ¿Por qué así? Porque lo que es verdaderamente y generalmente malo, siempre y a todos daña. El aceite es conveniente para nuestros cuerpos, pero para muchos animales que tienen seis patas, es muy adverso. El eléboro, ¿no es de una manera alimento, de otra medicina, de otro veneno? La sal tomada en exceso, ¿quién no clamará que es veneno? pero ¿cuántas y cuán grandes comodidades corporales hay de ella, quién puede enumerar? El agua del mar es nociva para los animales terrestres cuando se bebe: pero para muchos cuerpos, mientras se humedecen, es muy adecuada y útil: en ambos, sin embargo, es para los peces salud y placer. El pan alimenta al hombre, mata al halcón. El lodo mismo, que tanto bebido como olido ofende y daña gravemente, ¿no es en verano, cuando se toca, refrigerante, y para las heridas que han ocurrido por el fuego, es medicina? ¿Qué más despreciable que el estiércol? ¿Qué más abyecto que la ceniza? Pero estas cosas aportan tantas utilidades a los campos, que a su inventor, de quien también el estiércol tomó su nombre, Stercutio, los romanos pensaron que se le debían rendir honores divinos.

13. Pero, ¿por qué recojo cosas pequeñas, que son innumerables? Los mismos cuatro elementos que están a la vista, ¿quién duda que son útiles por conveniencia, pero aplicados inconvenientemente, son muy adversos a la naturaleza? Nosotros que vivimos del aire, la tierra y el agua nos matan cuando nos cubren: pero innumerables animales reptan vitalmente por la arena y la tierra más suelta: los peces, sin embargo, mueren en este aire. El fuego corrompe nuestros cuerpos, pero aplicado convenientemente, nos recupera del frío, y expulsa innumerables enfermedades. Este sol al que dobláis la rodilla, que verdaderamente no hay nada más hermoso entre las cosas visibles, vigoriza los ojos de las águilas, pero hiere y

oscurece los nuestros: pero se hace por costumbre que también nosotros fijemos la vista en él sin inconveniente. ¿Acaso permitís que lo comparemos con aquel veneno, que la costumbre hizo inofensivo para la mujer ateniense? Mirad, pues, alguna vez y advertid, si alguna sustancia es mala, porque daña a alguien, que la luz que adoráis no puede ser defendida de este crimen. Considerad más bien que esta inconveniencia es el mal universal, por la cual el rayo del sol hace que los ojos se oscurezcan, cuando no hay nada más placentero que la luz para ellos.

CAPÍTULO IX.---Ni siquiera las fábulas de los Maniqueos sobre los bienes y los males se sostienen.

14. He dicho esto para que, si es posible, finalmente dejen de decir que es malo que la tierra sea inmensamente profunda y larga; que es malo que la mente vague por la tierra; que es malo que haya cinco cavernas de elementos, una llena de tinieblas, otra de aguas, otra de vientos, otra de fuego, y otra de humo; que es malo que haya animales nacidos en cada uno de esos elementos, serpientes en las tinieblas, peces en las aguas, aves en los vientos, cuadrúpedos en el fuego, bípedos en el humo. Pues tal como ustedes lo describen, de ninguna manera podría ser así; ya que cualquier cosa que sea de esa naturaleza, en cuanto es, debe ser del Dios supremo, ya que en cuanto es, ciertamente es buena. Si el dolor y la debilidad son malos, había allí animales con tal fortaleza corporal, que ustedes dicen que sus fetos abortivos, después de que según su secta se fabricó el mundo, cayeron del cielo a la tierra y no pudieron morir. Si la ceguera es mala, veían; si la sordera, oían. Si el quedarse mudo o ser mudo es malo, allí había voces tan claras y distintas, que, como ustedes afirman, uno de ellos persuadió a los demás para hacer la guerra contra Dios. Si la esterilidad es mala, allí había gran fecundidad para procrear hijos. Si el exilio es malo, estaban en su propia tierra y habitaban sus propias regiones. Si la servidumbre es mala, allí también había quienes reinaban. Si la muerte es mala, vivían, y vivían de tal manera que ustedes proclaman que la mente misma, ni siquiera después de la victoria de Dios, de ninguna manera podría morir jamás.

15. ¿Por qué, les pregunto, encuentro en el supremo mal tantos bienes contrarios a esos males que he mencionado? O si estos no son males, ¿habrá alguna sustancia que, en cuanto sustancia, sea mala? Si la debilidad no es mala, ¿será malo un cuerpo débil? Si la ceguera no es mala, ¿serán malas las tinieblas? Si la sordera no es mala, ¿será malo el sordo? Si no es malo ser mudo, ¿será malo el pez? Si la esterilidad no es mala, ¿cómo es malo un animal estéril? Si el exilio no es malo, ¿cómo es malo un animal exiliado, o un animal que envía a alguien al exilio? Si la servidumbre no es mala, ¿cómo es malo un animal que sirve, o que obliga a alguien a servir? Si la muerte no es mala, ¿cómo es malo un animal mortal, o que causa la muerte? Pero si estos son males, ¿cómo no serán buenos la firmeza del cuerpo, la vista, el oído, el habla persuasiva, la fecundidad, el suelo natal, la libertad, la vida, que ustedes afirman que existían en ese reino del mal, y se atreven a afirmar que es el supremo mal?

16. Finalmente, si (lo que absolutamente nadie ha negado) la incongruencia es mala, ¿qué puede ser más congruente que esos elementos con sus respectivos animales; las tinieblas con las serpientes, las aguas con los nadadores, los vientos con los voladores, el fuego con los más voraces, el humo con los más elevados? Pues ustedes describen tanta concordia en la gente de la discordia, y tanto orden en el asiento de la perversidad. Si lo que daña es malo, omito aquello tan poderoso que se dijo antes, que no podía ser dañado donde no había bien alguno: pero si esto es oscuro, aquello ciertamente es evidente y aparece a todos, porque,

como dije, y como todos consienten, lo que daña es malo: el humo en esa gente no dañaba a los animales bípedos; los engendró, los alimentó y los sostuvo sin mancha al nacer, crecer y reinar. Ahora bien, después de que el bien se mezcló con el mal, el humo se ha vuelto más dañino; de tal manera que nosotros, que ciertamente somos bípedos, no podemos soportarlo, nos ciega, oprime y mata. ¿Tanta monstruosidad se ha añadido a los elementos malos con la mezcla del bien? ¿Tanta perversidad bajo el reinado de Dios?

17. Ciertamente, ¿por qué vemos en los demás esa congruencia que engañó y atrajo a su autor a componer mentiras? ¿Por qué, digo, las tinieblas son congruentes con las serpientes, las aguas con los nadadores, los vientos con los voladores; pero el fuego quema al cuadrúpedo, y el humo nos sofoca? ¿Qué decir de que incluso las serpientes ven agudamente y se regocijan con la presencia del sol, y son más abundantes donde el aire más sereno difícilmente y raramente forma nubes? ¿Qué más absurdo que los habitantes y amantes de las tinieblas estén más acomodados y aptos donde se goza de la claridad de la luz? Pero si dicen que se deleitan más con el calor que con la luz, mucho más congruente sería decir que las serpientes nacen ágiles en el fuego, que un asno lento: y sin embargo, ¿quién negará que la serpiente es amiga de esta luz, cuando sus ojos se comparan con los del águila? Pero ya veré sobre las bestias. Considerémonos a nosotros mismos, les ruego, sin obstinación, y finalmente despojemos nuestra mente de fábulas vanas y perniciosas. ¿Quién soportará tanta perversidad, que se dice que en la gente de las tinieblas, a la que no se mezcló nada de luz, los animales bípedos tenían una fuerza tan firme, tan vigorosa, tan increíble en la agudeza de sus ojos, que incluso en sus tinieblas veían la purísima luz del reino de Dios, que ustedes alaban (si es que quieren que incluso para tales seres fuera visible), y la miraban, la consideraban, se deleitaban y la deseaban: pero nuestros ojos, por la mezcla de la luz, por la mezcla del sumo bien, por la mezcla finalmente de Dios, se han vuelto tan débiles, tan frágiles, que ni vemos nada en las tinieblas, ni podemos soportar de ninguna manera la vista del sol, y al volvernos, incluso buscamos lo que veíamos?

18. Esto se puede decir, incluso si la corrupción es mala, lo cual nadie duda igualmente: pues entonces el humo no corrompía el género de animales, como ahora corrompe. Y para no extenderme en cada detalle, lo cual sería largo e innecesario, hasta tal punto eran menos susceptibles de corrupción los seres que ustedes fingen que existían allí, que sus fetos abortivos, aún no aptos para nacer, precipitados del cielo a la tierra, pudieron vivir, engendrar y nuevamente conspirar, teniendo ciertamente su antigua firmeza, porque ya habían sido concebidos antes de la mezcla del bien y el mal: pues después de esta concreción, ustedes dicen que los que nacieron de ellos son los animales que ahora vemos tan débiles y fácilmente sometidos a la corrupción: ¿quién podría soportar más tiempo este error, sino quien o no ve estas cosas, o por alguna increíble costumbre y familiaridad con ustedes se ha endurecido contra todas las fuerzas de la razón?

CAPÍTULO X.---Los tres sellos de la moralidad erróneamente concebidos por los maniqueos.

19. Pero ya que he mostrado, como creo, sobre los bienes y males generales, en cuántas tinieblas y en cuánta falsedad se encuentran; ahora veamos esos tres sellos que en sus costumbres proclaman con gran alabanza y predicación. ¿Cuáles son esos sellos? Ciertamente los del habla, las manos y el seno. ¿Qué es esto? Para que el hombre sea casto e inocente con su boca, manos y seno. ¿Qué si peca con los ojos, oídos, nariz? ¿Qué si golpea o incluso mata a alguien con los pies? ¿Cómo lo consideraremos culpable, si no pecó ni con la boca, ni con las manos, ni con el seno? Pero cuando digo boca, quiero que se entiendan todos los sentidos que están en la cabeza; y cuando digo mano, toda operación; y cuando digo seno, toda lujuria

seminal. ¿A dónde quieren entonces que se refieran las blasfemias? ¿A la boca o a la mano? Pues esa es una operación a través de la lengua. Así que si incluyen toda operación en un solo género, ¿por qué añaden la operación de los pies a las manos, pero separan la lengua? ¿O porque la lengua significa algo con palabras, quieren separarla de esa operación que no se hace con el fin de significar; de modo que el sello de las manos se defina por la continencia de la operación mala que no es para significar? Pero ¿qué harán si alguien peca significando algo con las manos, como cuando escribimos o mostramos algo con gestos que se entiende? Pues esto no pueden atribuirlo a la boca y la lengua, porque se hace con las manos. ¿Qué más absurdo que, cuando se dicen tres sellos, de la boca, las manos y el seno, algunos pecados descubiertos en las manos se atribuyan a la boca? Pero si se da a las manos la operación general, ¿qué razón hay para añadir la operación de los pies a esto, y no añadir la lengua? ¿Ven cómo el deseo de novedad, acompañado de error, lleva a grandes estrecheces? Pues con esos tres sellos, que proclaman con una nueva división, no encuentran cómo incluir la purgación de todos los pecados.

CAPÍTULO XI.---Qué tipo de sello de la boca tienen los maniqueos, quienes son convencidos de blasfemar contra Dios.

20. Pero dividan como quieran, omitan lo que quieran: tratemos de lo que más suelen alabar. Pues dicen que el sello de la boca consiste en abstenerse de toda blasfemia. Pero la blasfemia es cuando se dicen cosas malas de los bienes. Así que ya no se entiende por blasfemia, sino decir malas palabras de Dios: pues de los hombres se puede dudar; pero Dios es sin controversia bueno. Si, por tanto, la razón demuestra que nadie dice cosas peores de Dios que ustedes, ¿dónde estará el memorable sello de la boca? Pues la razón enseña, y no una razón oculta, sino situada a la vista y expuesta al entendimiento de todos, pero invicta y más invicta porque nadie puede ignorarla, que Dios es incorruptible, inmutable, inviolable, en quien no puede caer ninguna indignidad, ninguna debilidad, ninguna miseria. Y hasta tal punto toda alma racional siente esto en común, que incluso ustedes asienten cuando se dice.

21. Pero cuando comienzan a narrar sus fábulas, poseídos por una ceguera asombrosa, persuaden y persuaden a otros poseídos por una ceguera asombrosa, que Dios es corruptible, y mutable, y violable, y sujeto a la indignidad, y admite la debilidad, y no está seguro de la miseria. Y esto no es poco: pues no solo dicen que Dios es corruptible, sino que está corrompido; ni solo mutable, sino mutado; ni solo violable, sino violado; ni solo que puede sufrir indignidad, sino indignente; ni en quien puede caer la debilidad, sino en quien ha caído; ni que puede ser miserable, sino miserable. Pues dicen que el alma es Dios o parte de Dios. Y no veo cómo no será Dios, lo que se dice parte de Dios: pues parte de oro es oro, y parte de plata es plata, y parte de piedra es piedra; y, para llegar a estas cosas mayores, parte de tierra es tierra, y parte de agua es agua, y parte de aire es aire, y si quitas algo del fuego, no negarás que es fuego, y cualquier parte de luz no puede ser otra cosa que luz. ¿Por qué, entonces, no será Dios parte de Dios? ¿O es que la forma de Dios es articulada, como la del hombre y de los demás animales? pues parte de hombre no es hombre.

22. Pero desciendo a cualquiera de estas opiniones, y considero cada una por separado. Pues si quieren que Dios sea como la luz, no pueden negar que Dios es alguna parte de Dios. Por lo tanto, cuando dicen que el alma es parte de Dios, que no niegan que está corrompida, que es necia; y mutada, que fue sabia; y violada, que no tiene su propia perfección; y necesitada, que pide ayuda; y débil, que necesita medicina; y miserable, que desea ser bienaventurada: todas estas cosas las atribuyen a Dios con una opinión sacrílega. O si no conceden estas cosas del alma, ni el Espíritu es necesario, que lleve al alma a la verdad, porque no es necia; ni se renueva el alma por la verdadera religión, porque no está envejecida; ni se perfecciona con

sus sellos, porque es perfecta; ni Dios le presta ayuda, porque no la necesita; ni Cristo es médico, porque está sana; ni se le promete rectamente la vida bienaventurada. ¿Qué decir de que Jesús es llamado libertador, lo que él mismo clama en el Evangelio: Si el Hijo los libera, entonces serán verdaderamente libres? (Juan VIII, 36.) Y el apóstol Pablo dice: Ustedes han sido llamados a la libertad (Gálatas V, 13). Por lo tanto, el alma sirve que aún no ha alcanzado esta libertad. Así que, según ustedes, si la parte de Dios es Dios, y se corrompe con la necedad, y al caer se ha mutado, y al perder la perfección se ha violado, y necesita ayuda, y está débil por la enfermedad, y oprimida por la miseria, y deshonrada por la servidumbre.

23. Pero si la parte de Dios no es Dios; ni puede ser incorrupto, en cuya parte hay corrupción; ni inmutable, quien ha sido mutado en alguna parte; ni inviolado, quien no es perfecto en toda parte; ni no necesitado, quien diligentemente actúa para restaurarse su parte; ni completamente sano, quien es débil en alguna parte; ni beatísimo, quien tiene alguna parte sujeta a la miseria; ni completamente libre, cuya parte alguna está oprimida por la servidumbre. Todas estas cosas se ven obligados a decir, cuando afirman que el alma, que ven abrumada por tantas calamidades, es parte de Dios. Si pueden quitar estas y muchas cosas semejantes de su secta, entonces digan que su boca carece de blasfemias. Más bien, abandonen esa secta: pues si dejan de creer y decir lo que escribió aquel, ciertamente no serán maniqueos.

24. El sumo bien, absolutamente, y que no puede ser mejor ni pensarse mejor, debe ser entendido o creído como Dios, si pensamos en carecer de blasfemias. Alguna razón de los números no puede ser violada ni cambiada de ninguna manera, ni ninguna naturaleza con cualquier violencia podría hacer que después del uno el número que sigue no concuerde con el doble de él. Esto no puede ser cambiado de ninguna manera, ¡y Dios es llamado por ustedes mutable! Esta razón mantiene su integridad inviolable, y no quieren que Dios sea al menos igual a ella. Que cualquier gente de tinieblas haga que el número ternario inteligible, en el que hay una unidad tal que es una, que carece de partes; que haga, pues, esta gente de tinieblas, que este número ternario se divida en dos partes iguales. Ciertamente su mente ve que ninguna malevolencia puede hacer esto. ¿Qué, entonces, no podría violar la razón del número, podría violar a Dios? Pero si no podía, ¿qué necesidad había, les pregunto, de que parte de él se mezclara con el mal, y se empujara a tantas miserias?

CAPÍTULO XII.---Excluye los subterfugios de los maniqueos.

25. Pues de aquí surgió aquello que, incluso cuando los escuchábamos con atención, nos oprimía con grandes angustias; ni encontrábamos salida alguna, preguntándonos qué habría hecho la gente de las tinieblas a Dios, si no hubiera querido luchar con ella con tanta calamidad de su parte. Pues si no iba a dañar al que descansaba, nos quejábamos de que se había actuado cruelmente con nosotros, que fuimos enviados a estas aflicciones: pero si iba a dañar, no era esa naturaleza incorruptible, como debía ser la naturaleza de Dios. En esta cuestión no faltó quien dijera que Dios no quiso evitar el mal o protegerse de ser dañado, sino que quiso beneficiar a la naturaleza inquieta y perversa, para que fuera ordenada, debido a su bondad natural. Esto no es lo que dicen los libros maniqueos; se dice muy a menudo allí que Dios se protegió de no ser invadido por los enemigos. Pero concedamos que Maniqueo lo sintió como decía aquel que no encontraba otra cosa que decir; ¿acaso esta razón defiende a Dios de la crueldad o la debilidad? Pues esta bondad suya hacia la gente adversa resultó ser una gran perdición para los suyos. A esto se añade que si su naturaleza no podía ser corrompida ni cambiada, tampoco ninguna plaga nos cambiaría ni corrompería; y ese orden que debía ser prestado a la naturaleza ajena, podría ser prestado sin nuestra perversidad.

26. Pero aquello aún no se había dicho, que recientemente escuché en Cartago. Pues cuando alguien, a quien deseo mucho liberar de ese error, se veía atrapado en las mismas angustias por esta cuestión, se atrevió a decir que el reino tenía ciertos límites que podían ser invadidos por la gente contraria; pues el mismo Dios de ninguna manera podía ser violado. Pero dijo lo que ni siquiera aquel autor suyo se vería obligado a decir: pues vería tal vez las ruinas consecuentes de su secta mucho más fáciles por esta sentencia que por otra. Y realmente así es, que si alguien de mediana inteligencia escucha que en esa naturaleza había algo violable y algo inviolable, fácilmente entenderá que no hay ya dos, sino tres naturalezas, una inviolable, otra violable, y una tercera violadora.

CAPÍTULO XIII.---Las acciones no se juzgan por las cosas sino por la intención: de aquí se debe juzgar la abstinencia de los maniqueos.

27. Estas blasfemias, cuando habitan diariamente en su boca, habiendo salido del corazón, dejen de alguna vez predicar el sello de su boca, como si fuera algo grande, para atraer a los ignorantes. A menos que tal vez piensen que el no comer carne y no beber vino es un sello de la boca digno de admiración y alabanza. Lo cual pregunto a ustedes con qué fin lo hacen. Pues el fin al que se refieren las cosas que hacemos, es decir, por el cual hacemos cualquier cosa que hacemos, si no solo es inculpable, sino también digno de alabanza, entonces nuestras acciones son dignas de alguna alabanza: pero si se culpa con razón y justicia a aquel a quien miramos y consideramos cuando estamos en algún oficio, nadie dudará que también ese oficio debe ser reprobado y vituperado.

28. Se ha transmitido a la memoria sobre Catilina que podía soportar el frío, la sed, el hambre. Estas cosas eran comunes a él, impuro y sacrílego, incluso con nuestros Apóstoles. ¿De dónde, entonces, se distingue este parricida de nuestros Apóstoles, sino por aquel fin que seguía tan diverso? Pues él soportaba estas cosas para satisfacer sus deseos desmedidos e inhumanos: ellos, por el contrario, para reprimirlos y obligarlos a servir a la razón dominante. Ustedes suelen decir, cuando se les alaba la multitud de vírgenes católicas, que incluso una mula es virgen. Esto lo dicen temerariamente, por ignorancia de la disciplina católica; pero sin embargo significando que esa continencia es vana, a menos que se refiera a algún fin rectísimo con cierta razón. Los cristianos católicos también pueden comparar su abstinencia de vino y carne con los animales y muchos pájaros, y finalmente con innumerables géneros de gusanos. Pero para no caer en su temeridad, no lo haré apresuradamente, sino que primero examinaré con qué fin hacen estas cosas. Pues ya está claro entre nosotros, creo, que en tales costumbres no se debe buscar otra cosa. Si, por tanto, es por motivo de moderación y para reprimir la lujuria, con la cual nos deleitamos y nos capturan tales alimentos y bebidas, escucho y apruebo: pero no es así.

29. Pregunto a ustedes, si existe alguien, lo cual es posible, que sea tan moderado y frugal, que controlando el apetito del estómago y la garganta, no coma dos veces al día; y a este comensal se le sirvan verduras con un poco de tocino, untadas y condimentadas con el mismo tocino, en la cantidad suficiente para calmar el hambre; y sacie su sed por el cuidado de su salud, con dos o tres copas de vino puro, y que esta sea su dieta diaria: mientras que otro, por otro lado, sin probar carne ni vino, disfrute de frutas exóticas y extranjeras, variadas en muchos platos y espolvoreadas con abundante pimienta a la novena hora, y también cene tales cosas al inicio de la noche; y beba vino dulce, caroeno, pasas, y jugos exprimidos de algunas frutas, que imitan bastante bien el vino, y que incluso lo superan en dulzura; y beba no cuanto tiene sed, sino cuanto le apetece; y se asegure de proveerse de esto diariamente, y disfrute de tal dieta y delicias, sin necesidad alguna, con gran placer: ¿a cuál de estos dos, en

lo que respecta a comer y beber, juzgan que lleva una vida más abstinentes? No creo que sean tan ciegos como para no preferir al del tocino parco y el vino, sobre este glotón.

30. Así lo exige la verdad; pero su error canta de manera muy diferente. Pues su elegido, proclamado por tres sellos, si vive diariamente como el que describimos después, puede ser reprendido por uno, y quizás por dos más severos, pero no puede ser condenado como un violador del sello. Sin embargo, si cena una vez con el primero, y se unta los labios con un trozo de jamón rancio, y se moja con vino agrio, será juzgado inmediatamente como violador del sello y destinado al infierno, según la sentencia de su autor, con su asombro, pero aún así con su consentimiento. Les ruego, abandonen el error; les ruego, presten atención a la razón; les ruego, resistan un poco a la costumbre. ¿Qué hay más perverso que esta depravación? ¿Qué más delirante? ¿Qué puede decirse o pensarse más insano, que un hombre que eructa con gratitud con el vientre distendido por hongos, arroz, trufas, pasteles, carneo, pimienta, láser, y que diariamente busca tales cosas, no se encuentre cómo parece haber caído de los tres sellos, es decir, de la regla de santidad; mientras que otro que condimenta las frutas más humildes con un guiso ahumado, y toma de esto solo lo suficiente para la restauración del cuerpo, y sorbe tres copas de vino por el bien de la salud, y pasa de esa dieta a esta, se prepara para un castigo seguro?

CAPÍTULO XIV.---Por tres razones se abstiene laudablemente de ciertos tipos de alimentos.

31. Pero el Apóstol dice: "Es bueno, hermanos, no comer carne ni beber vino" (Rom. XIV, 21). Como si alguno de nosotros negara que eso es bueno: pero ya sea con el fin que mencioné anteriormente, según el cual se dice: "Y no provean para los deseos de la carne" (Ib., XIII, 14): o por aquellos que Pablo también muestra; es decir, ya sea por la causa de refrenar la gula, que suele ser más rabiosa e immoderada con estas cosas; o para que el hermano no se ofenda, o para que los débiles no participen en el ídolo. Pues en el tiempo en que el Apóstol escribía estas cosas, mucha carne sacrificada se vendía en el mercado. Y porque también se libaba vino a los dioses de los gentiles, muchos hermanos más débiles, que también usaban estas cosas vendibles, preferían abstenerse completamente de la carne y el vino, que caer, incluso sin saberlo, en lo que consideraban una comunión con los ídolos. Pero por estos también aquellos que eran más fuertes, y juzgaban con mayor fe que estas cosas debían ser despreciadas, sabiendo que nada es impuro sino por mala conciencia, y sosteniendo esa sentencia del Señor, "No lo que entra en su boca los contamina, sino lo que sale" (Mat. XV, 11); sin embargo, por estos más débiles, para que no se ofendieran, debían abstenerse de estas cosas. Y esto no se deduce por sospecha, sino que se encuentra claramente en las mismas Epístolas del Apóstol. Pues ustedes solo suelen decirnos: "Es bueno, hermanos, no comer carne ni beber vino"; pero no añaden lo que sigue, "ni en lo que tu hermano se ofende, o se escandaliza, o se debilita". De aquí se hace evidente con qué fin el Apóstol ordenaba estas cosas.

32. Esto lo indican más claramente los pasajes anteriores y siguientes, que es largo de recordar, pero por aquellos que son perezosos para leer y tratar las Escrituras divinas, nos vemos obligados a reescribir todo este pasaje. "Reciban al débil en la fe", dice, "no para discutir opiniones. Porque uno cree que puede comer de todo, mientras que el débil solo come verduras. El que come, no desprecie al que no come; y el que no come, no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido. ¿Quién eres tú para juzgar al siervo de otro? Para su propio Señor está en pie o cae; pero estará en pie, porque poderoso es Dios para sostenerlo. Porque uno juzga un día sobre otro, otro juzga todos los días iguales; cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que observa el día, lo hace para el Señor; y el que come, come para el Señor, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no

come, y da gracias a Dios. Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo, y ninguno muere para sí mismo. Porque si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya sea que vivamos o que muramos, del Señor somos. Porque para esto Cristo murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos. Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú, ¿por qué desprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Dios. Porque está escrito (Isa. XLV, 23, 24): 'Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios'. Así que cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios. No nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidan no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano. Sé y estoy convencido en el Señor Jesús, que nada es impuro en sí mismo; pero para el que piensa que algo es impuro, para él lo es. Porque si por causa de la comida tu hermano se entristece, ya no andas conforme al amor. No destruyas con tu comida a aquel por quien Cristo murió. No sea, pues, vituperado vuestro bien. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres. Así que sigamos lo que contribuye a la paz y a la edificación mutua. No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. Todas las cosas a la verdad son limpias, pero es malo para el hombre que come con tropiezo. Es bueno no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite. Tienes fe, tenla para contigo delante de Dios. Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba. Pero el que duda, si come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado. Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo" (Rom. XIV, y XV, 1-3).

33. ¿Está suficientemente claro que el Apóstol ordenó que no comieran carne ni bebieran vino aquellos que eran más fuertes, porque ofendían a los débiles al no concordar con ellos, y hacían que pensarán que aquellos que juzgaban todo limpio por la fe, no querían abstenerse de tales banquetes y bebidas en obediencia a los ídolos? Esto también lo indica escribiendo de esta manera a los Corintios: "En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios. Porque aunque haya algunos que se llamen dioses, ya sea en el cielo o en la tierra; para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros en él, y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él. Pero no en todos hay este conocimiento. Algunos, acostumbrados hasta ahora al ídolo, comen como si fuera sacrificado a ídolos, y su conciencia, siendo débil, se contamina. Pero la comida no nos hace más aceptos a Dios; porque ni si comemos, seremos más, ni si no comemos, seremos menos. Pero mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles. Porque si alguno te ve a ti, que tienes conocimiento, sentado a la mesa en un ídolo, ¿no será animada la conciencia de aquel que es débil, a comer de lo sacrificado a los ídolos? Y por tu conocimiento se perderá el hermano débil, por quien Cristo murió. De esta manera, pues, pecando contra los hermanos e hiriendo su débil conciencia, contra Cristo pecáis. Por lo cual, si la comida hace tropezar a mi hermano, nunca más comeré carne, para no hacer tropezar a mi hermano" (I Cor. VIII, 4 etc.).

34. También en otro lugar: "¿Qué digo, pues? ¿Que lo sacrificado a los ídolos es algo? ¿O que el ídolo es algo? Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios. No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios. ¿O provocaremos a celos al Señor? ¿Somos acaso más fuertes que él? Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo

edifica. Ninguno busque su propio bien, sino el del otro. De todo lo que se vende en la carnicería, comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia. Si alguno os dice: Esto fue sacrificado a los ídolos, no lo comáis, por causa de aquel que lo declaró, y por motivos de conciencia; porque del Señor es la tierra y su plenitud. La conciencia, digo, no la tuya, sino la del otro. Pues ¿por qué se ha de juzgar mi libertad por la conciencia de otro? Y si yo con agradecimiento participo, ¿por qué he de ser censurado por aquello de que doy gracias? Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios. No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios; como también yo en todas las cosas agrado a todos, no procurando mi propio beneficio, sino el de muchos, para que sean salvos. Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (I Cor. X, 19-33, y XI, 1).

35. Por tanto, parece claro, según creo, con qué fin se debe abstener de la carne y el vino. Ese fin es triple. Para reprimir el deleite, que suele encontrarse principalmente en estos alimentos, y en tal bebida llegar hasta la embriaguez. Para proteger la debilidad, debido a lo que se sacrifica y se liba. Y lo que es más digno de encomio, por caridad, para que la debilidad de los más débiles que se abstienen de estas cosas no se ofenda. Pero ustedes dicen que los alimentos son impuros, cuando el Apóstol dice que todas las cosas son puras, pero es malo para el hombre que come con ofensa. Y realmente creo que ustedes se contaminan con estos banquetes, precisamente porque los consideran impuros. Pues dice: "Creo y confío en el Señor Jesús, que nada es común por él; pero para el que piensa que algo es común, para él lo es". ¿Y quién duda de que él llamó común a lo impuro y contaminado? Pero es absurdo tratar con ustedes sobre las Escrituras, cuando prometiendo razón engañan, y dicen que esos Libros, en los que hay gran autoridad religiosa, están corrompidos con falsos capítulos. Por tanto, convénzanme con razón de cómo los alimentos contaminan al que come, si se toman sin ninguna ofensa, sin ninguna opinión débil, sin ninguna lujuria.

CAPÍTULO XV.---Por qué los maniqueos prohíben el consumo de carne.

36. Vale la pena conocer toda la razón de esta abstinencia supersticiosa, que se explica así: Porque, dicen, el miembro de Dios está mezclado con la sustancia de los malos, para refrenarla y contenerla de su furia extrema (así lo dicen), el mundo fue fabricado de la mezcla de ambas naturalezas, es decir, del bien y del mal. Pero esa parte divina se purga diariamente de todas partes del mundo, y se retoma a sus reinos: pero al exhalar por la tierra y tender hacia el cielo, se encuentra con las raíces, ya que están fijadas a la tierra, y así fecunda y vivifica todas las hierbas y todos los arbustos. De aquí los animales toman alimento, que si copulan, atan en la carne ese miembro divino, y desviado e impedido de su camino cierto, lo implican en errores y sufrimientos. Por lo tanto, los alimentos que se preparan de frutos y frutas, si llegan a los santos, es decir, a los maniqueos, por su castidad, y oraciones, y salmos, todo lo que hay en ellos de brillante y divino se purga, es decir, se perfecciona de todas partes para que se refiera a sus reinos sin ninguna dificultad de impurezas. De aquí que prohíban dar pan o algo de frutos, o incluso el agua misma, que es vil para todos, a un mendigo que no sea maniqueo; para que el miembro de Dios, que está mezclado con estas cosas, no sea impedido de su retorno por sus pecados.

37. Pero dicen que las carnes ya están concretadas de esas mismas impurezas. Pues algo de esa parte divina, como dicen, huye mientras se cosechan los frutos y las frutas; huye cuando se afligen ya sea moliendo o cocinando, o incluso mordiendo y masticando. También huye en todos los movimientos de los animales, ya sea cuando se agitan, o cuando se ejercitan, o cuando trabajan, o cuando realizan alguna obra. También huye en nuestro mismo reposo, mientras en el cuerpo, lo que se llama digestión, se realiza por el calor interior. Y así, con tantas ocasiones de fuga de la naturaleza divina, queda algo muy impuro, de donde se forma

la carne por la copulación; aunque con un alma de buen género, ya que aunque mucho, no todo el bien, huye en los movimientos mencionados. Por lo tanto, cuando el alma también abandona la carne, se hacen excesivas impurezas restantes, y por eso el alma de los que comen carne se contamina.

#### CAPÍTULO XVI.---Revela los portentos de los misterios maniqueos.

38. Oh, oscuridad de la naturaleza de las cosas, ¡cuánto es el velo de la falsedad! ¿Quién, al escuchar esto, que no ha aprendido las causas de las cosas, que aún no ha sido rociado con la más mínima luz de la verdad, se engaña con imágenes corporales, no pensará que son verdaderas precisamente porque no aparecen, y se piensan a través de ciertas imágenes de cosas visibles, y pueden decirse claramente? Sin embargo, grandes multitudes y rebaños de tales hombres son llamados, a quienes el temor religioso hace más seguros de estos engaños que la razón. Por lo tanto, intentaré refutar estas cosas, tanto como Dios se digne ayudarme, de modo que no solo al juicio de los prudentes, que tan pronto como se dicen las desapruiban, sino también a la inteligencia vulgar, quede suficientemente claro cuán falsas y absurdas son.

39. Primero pregunto, ¿de dónde enseñan que en los granos, las legumbres, las verduras, las flores y las frutas está presente esa parte de Dios? "Por el mismo brillo del color", dicen, "y la agradable fragancia, y la dulzura del sabor, es evidente: que cuando no tienen estos, indican que han sido abandonados por el bien". ¿No les da vergüenza pensar que Dios es encontrado por el olfato y el paladar? Pero dejo esto de lado. Pues les hablaré en latín, y, como suele decirse, es mucho para ustedes. Más bien, eso debería haber sido entendido con cualquier mente, si el color muestra la presencia del bien en los cuerpos, el estiércol de los animales, que es ciertamente el purgamento de las mismas carnes, brilla con diversos colores, a veces blanco, a menudo dorado, y otros de este tipo, que en las frutas y flores toman como testigos de la presencia y adherencia de Dios. ¿Qué causa hay, entonces, que el rubor en la rosa lo consideren un indicio de abundante bien, y lo condenen en la sangre? ¿Por qué abrazan el mismo color en la violeta, que desprecian en los cóleras, en la enfermedad de los ictericios, y finalmente en el excremento del niño? ¿Por qué consideran que el brillo y el resplandor del aceite claman la abundancia del bien mezclado, y lo preparan para purgar la garganta y el estómago; pero no temen tocarse los labios con las gotas destiladas de la carne grasa de similar resplandor? ¿Por qué creen que el melón es dorado por los tesoros de Dios; y no creen lo mismo del tocino rancio o del medio del huevo? Pues aún hablo de los colores, en los cuales (para omitir otras cosas), no pueden comparar ningún prado vestido de flores con las plumas y plumas de un solo pavo.

40. Pues si el bien se encuentra también en el olor, de las carnes de algunos animales se hacen ungüentos de olor maravilloso. Los mismos alimentos, que suelen cocinarse con carnes mejores, huelen mucho más agradablemente que si les faltara la carne. Finalmente, si juzgan más puros los que huelen más agradablemente, deberían haber comido con más avidez cierto lodo, que beber agua de cisterna; porque la tierra empapada de lluvia, cuando se seca, deleita las narices con un olor maravilloso, y ese lodo huele mejor que si se recogiera la lluvia más pura. Pero si es necesario atestiguar el sabor para reconocer que algo de Dios habita en el cuerpo, habita más en los dátiles y la miel que en la carne de cerdo, pero más en la carne de cerdo que en el haba; más en el higo que en el hígado, lo concedo; pero también concedan ustedes, más en el hígado que en la remolacha. ¿Qué decir de que esta razón los obliga a confesar que algunas plantas, que ciertamente todas quieren más puras que la carne, reciben a Dios de la misma carne, si se reconoce a Dios mezclado por el sabor? Pues las verduras se vuelven más sabrosas cocidas con carnes: y las hierbas con las que se alimentan los animales,

no podemos gustarlas; pero convertidas en el jugo de la leche, las juzgamos más excelentes en color y más convenientes en sabor.

41. ¿Creéis que cuando los tres bienes están juntos, es decir, buen color, buen olor y buen sabor, hay una mayor parte de bien? No os maravilléis ni alabéis tanto las flores, que no podéis llevar al tribunal del paladar para ser juzgadas. No pongáis la verdolaga por encima de las carnes, que cocidas las superan en color, sabor y olor. El cochinillo asado (pues insistís en que hablemos de lo bueno y lo malo, no con escritores y libreros, sino con cocineros y pasteleros): el cochinillo asado es brillante en color, agradable en olor y delicioso en sabor: tenéis una indicación perfecta de la sustancia divina que habita; os invita con su triple testimonio y desea ser purificado por vuestra santidad. ¿Por qué dudáis? ¿Por qué os preparáis a contradecir? Solo en color, el estiércol de un niño supera a la lenteja, solo en olor, un trozo de carne asada supera al higo maduro y verde, solo en sabor, un cabrito sacrificado supera a la hierba que come vivo: también se ha encontrado carne que, por estos tres testimonios juntos, se ve favorecida. ¿Qué más buscáis? ¿O qué vais a decir? ¿Por qué los manjares os hacen impuros al comer, y estas maravillas no lo hacen al discutir: especialmente cuando el rayo de sol, que ciertamente ponéis por encima de todas las carnes y frutos, ni huele ni sabe, sino que solo destaca entre los demás cuerpos por la excelencia de su color brillante; que os exhorta grandemente, y os obliga, aunque no queráis, a no preferir nada al brillo del color entre las pruebas del bien mezclado?

42. Por tanto, os reducís a esas estrecheces, a admitir que la parte de Dios habita más en la sangre, y en aquellas cosas de las carnes de los animales que son más fétidas, pero de color brillante, que en las hojas pálidas del olivo. Pero si decís, pues también lo decís, que las hojas de olivo, cuando se queman, emiten fuego, en el que aparece la presencia de la luz; pero las carnes, cuando se queman, no hacen lo mismo: ¿qué responderéis sobre la grasa, que ilumina casi todas las lámparas italianas? ¿Qué sobre el estiércol de vaca, que ciertamente es más sucio que la carne de buey, que los campesinos usan seco para el fuego, siendo su llama más fácil y su humo más puro? ¿Qué, si el brillo y el resplandor muestran una mayor presencia de la parte divina, no la purificáis, no la selláis, no la liberáis? Pues está principalmente en las flores, por no mencionar la sangre, y en innumerables cosas en la carne, o similares a la carne, que ciertamente no podéis tener en vuestros banquetes: que si también comierais carne, no añadiríais a vuestros manjares las escamas de los peces, ni ciertos gusanos y moscas, que todos brillan con su propia luz incluso en la oscuridad.

43. ¿Qué queda, sino dejar de decir que tenéis ojos, narices y paladar como jueces idóneos para aprobar la presencia de la parte divina en los cuerpos? Pero si se eliminan estos, ¿cómo demostraréis no solo que hay una mayor parte de Dios en las plantas que en las carnes, sino que hay algo de Él en las plantas? ¿Os mueve la belleza, no la que está en la suavidad del color, sino la que está en la congruencia de las partes? Ojalá fuera así. Pues, ¿osaríais comparar maderas torcidas con cuerpos de animales, en cuya forma las partes iguales corresponden a partes iguales? Pero si os deleitáis con los testimonios de los sentidos corporales, lo cual es necesario para aquellos que no pueden ver la esencia con la mente, ¿cómo probáis que con el paso del tiempo, y con ciertos desgastes, la sustancia del bien huye de los cuerpos, sino porque, como afirmáis, Dios se va de allí y migra de un lugar a otro? Es una completa locura. Sin embargo, hasta donde puedo juzgar, ninguna señal o indicio os ha llevado a esa opinión. Pues muchas cosas arrancadas de los árboles o desenterradas de la tierra, antes de llegar a nuestro alimento, se mejoran con la intervención de algún tiempo; como los puerros y las endibias, las lechugas, las uvas, las manzanas, los higos y algunas peras: y muchas otras que se colorean mejor cuando no se consumen inmediatamente después

de ser recogidas, y se captan más saludablemente en el cuerpo, y saben mejor en la boca: lo cual no debería ser así, si según vuestra opinión, se volvieran más desiertas de bien cuanto más tiempo se almacenan, después de ser separadas de la tierra como de una madre. La carne misma de los animales sacrificados el día anterior es ciertamente más agradable y conveniente: pero no debería ser así, si, como afirmáis, tuviera más bien el día en que el animal fue recién sacrificado, que al día siguiente cuando se hubiera producido una mayor fuga de la sustancia divina.

44. ¿Quién ignora que el vino se vuelve más puro y mejor con la vejez? No más fragante para pervertir los sentidos, como pensáis, sino más útil para vigorizar el cuerpo: siempre que haya moderación, que debe dominar en todo. Pues con el mosto más reciente, la perversión de los sentidos suele ocurrir más rápidamente: de tal manera que si alguna vez permanece en el lagar y fermenta un poco, al mirar desde arriba, golpea el cerebro y precipita a quien lo observa, y si no se le socorre de alguna manera, lo extingue. En cuanto a la salud, ¿quién negará que los cuerpos se hinchan y se distienden perniciosamente con él? ¿Acaso estos inconvenientes existen porque tiene más bien; y por eso no están en el vino envejecido, porque una gran parte de la sustancia divina se ha ido? Es absurdo decirlo; especialmente para vosotros que juzgáis la presencia de la parte de Dios con los ojos, la nariz y el paladar, cuando estos sentidos se sienten bien. ¿Qué perversión es esta, pensar que el vino es la hiel de los príncipes de las tinieblas, y no escatimar en comer uvas? ¿Estará más presente esa hiel cuando esté en la cuba, que cuando esté en los racimos? Si al irse el bien, el mal queda más puro, y eso ocurre con el paso del tiempo; no debería ser que las mismas uvas colgadas y conservadas se vuelvan más suaves, más dulces, más saludables: ni el mismo vino que se ha mencionado antes, y al perder la luz se vuelve más claro y brillante, y al irse la sustancia saludable se vuelve más saludable.

45. ¿Qué diré de las maderas y las hojas, que se secan con el tiempo, y no pueden decirse por ello que se vuelven peores? Pues pierden aquello de lo que se genera el humo, pero retienen aquello de lo que surge la llama luminosa, y esa claridad que tanto amáis, testifica que el bien puro está más en las cosas secas que en las verdes. De lo cual se sigue que o negáis que la parte de Dios está más en la luz pura que en la humeante, y así turbáis todos vuestros argumentos; o admitís que es posible que de las plantas cortadas o arrancadas, si se almacenan por más tiempo, la naturaleza del mal huya más copiosamente que la del bien. Concedido esto, sostendremos que de los frutos recogidos puede irse un mayor mal, y así en las carnes puede permanecer un mayor bien. Y esto se ha dicho sobre el tiempo.

46. Pues si con el movimiento, la agitación y el desgaste de estas cosas, la naturaleza divina encuentra ocasión de huir, muchas cosas similares os refutan, que se vuelven mejores con el movimiento. Algunos imitan el vino con el jugo de cebada, que se hace óptimo con el movimiento. Ciertamente, lo cual no debe pasarse por alto, este tipo de bebida embriaga muy rápidamente: sin embargo, nunca habéis dicho que el jugo de cebada es la hiel de los príncipes. La harina se amasa hábilmente con menos agua, un poco más dura, para que al amasarla se vuelva mejor, y lo que no puede decirse más perversamente, al irse la luz se vuelve más blanca. El pastelero amasa la miel durante mucho tiempo, para que alcance ese brillo, y una dulzura menos nociva y más suave: explicad cómo ocurre esto al irse el bien. Pero si no es con la vista, el olfato y el gusto, sino también con el oído deleitado, que os agrada probar la presencia de Dios, la carne proporciona cuerdas para las cítaras y huesos para las flautas; que secados, desgastados y torcidos, se vuelven sonoros. Así, la dulzura musical, que afirmáis que viene de los reinos divinos, se nos ofrece con las inmundicias de las carnes muertas, secadas con el tiempo, desgastadas con la fricción y estiradas con la torsión: con estas aflicciones también predicáis que la sustancia divina huye de las cosas

vivas; lo cual también decís que ocurre con su cocción. ¿Por qué, entonces, los cardos cocidos no perjudican en absoluto la salud? ¿Se debe pensar que de ellos, al cocerse así, se va Dios o una parte de Dios?

47. ¿Por qué seguir con lo demás, que no es fácil ni necesario decir todo? ¿A quién no se le ocurre cuántas cosas cocidas son más sabrosas y saludables? Lo cual no debería ser, si, como pensáis, se abandonan al bien con tales movimientos. No creo que encontréis absolutamente nada con lo que probéis a estos sentidos corporales que las carnes son impuras, y que contaminan las almas de quienes las comen, porque los frutos recogidos se convierten en carne después de muchos movimientos; especialmente cuando pensáis que la vejez y la corrupción del vinagre son más puras que el vino, y vemos que el careno que bebéis no es más que vino cocido, que debería ser más sucio que el vino, si con los movimientos y las cocciones de las cosas corporales se van los miembros divinos. Pero si no es así, no hay razón para pensar que los frutos, cuando se recogen, se almacenan, se manipulan, se cocinan, se digieren, se abandonan al bien que huye, y por eso proporcionan la materia más sucia para crear cuerpos.

48. Pero si no os dejáis llevar por el color, la forma, el olor y el sabor, para juzgar que el bien está en estas cosas, ¿qué más podéis aportar? ¿Es para vosotros un argumento cierta firmeza y fortaleza, que parece quitarse a estas cosas cuando se separan de la tierra y se manipulan? Pero si esto os moviera (aunque pronto se puede advertir que es falso, debido a la firmeza aumentada de algunas cosas después de ser separadas de la tierra, como ya se ha mencionado del vino, que se vuelve más robusto con la vejez): sin embargo, si esta firmeza os moviera, como he dicho, en ningún alimento más que en las carnes probaríais que hay una parte más abundante de Dios. Pues los atletas, para quienes esa fuerza y valentía son más necesarias, no se alimentan de verduras y frutas, sino de carne.

49. ¿O porque las carnes se alimentan de los árboles, pero los árboles no se alimentan de las carnes, por eso pensáis que sus cuerpos son mejores que los nuestros? No consideraríais algo tan evidente, que los arbustos más lozanos y fecundos, y los campos más fértiles, se hacen con el alimento de los estiércoles, cuando en la acusación de la carne no creéis decir nada más grave que cuando decís que es la casa de los estiércoles. De ahí se alimentan las cosas que consideraríais puras, de lo que en esa cosa que consideraríais impura, proclamáis que es mucho más impuro. Pero si despreciáis la carne porque nace después del coito, que os deleite la carne de los gusanos, que nacen en las frutas, en las maderas, en la misma tierra sin ningún coito, tan numerosos y grandes. Pero no sé qué es esta simulación. Pues si os desagrade la carne porque se forma por la mezcla del padre y la madre, no diríais que los príncipes de las tinieblas nacieron de los frutos de sus árboles, a quienes ciertamente despreciáis más que a las carnes, que no queréis probar.

50. Pues lo que pensáis que todas las almas de los animales provienen de los alimentos de los padres, de los cuales os gloriáis en liberar la sustancia divina que está atrapada en vuestros alimentos, os impulsa demasiado en contra y con la mayor insistencia a comer carne. ¿Por qué no liberáis las almas que van a ser atadas al cuerpo por quienes se alimentan de carne, anticipándoos y comiéndola? Pero, decís, no se ata nada de la parte buena de las carnes, sino de los frutos que toman con las carnes. ¿Qué responderéis entonces sobre las almas de los leones, cuyo alimento es solo carne? Beben, decís, y por eso esa alma extraída del agua y atrapada en la carne está implicada. ¿Qué se puede decir de las innumerables aves? ¿Qué de las mismas águilas, que no se alimentan sino de carne, y no necesitan bebida alguna? Ciertamente aquí se falla, y no se encuentra qué responder. Pues si el alma proviene de los alimentos, y hay animales que engendran crías, de los cuales ni hay bebida alguna, y el

alimento es solo carne, hay un alma en la carne, a la cual deberíais ayudar a purificar según vuestra costumbre comiendo carne. A menos que penséis que el cerdo, que se alimenta de frutos y bebe agua, tiene un alma de luz; pero el águila, a la que el sol conviene más, tiene un alma de tinieblas, porque vive solo de carne.

51. ¡Oh estrecheces de las cosas, oh increíbles absurdos en los que ciertamente no habríais caído, si alejados de las fábulas más vanas, siguierais esto en cuanto a la continencia de los alimentos que la verdad aprueba; para que juzgarais que los manjares deliciosos deben rechazarse por la razón de refrenar la concupiscencia, no por evitar una impureza que no existe! Pues si alguien, incluso sin observar la naturaleza de las cosas y la fuerza del alma y el cuerpo, os concede que el alma se contamina con el alimento, sin embargo, concedéis que se vuelve mucho más impura por la concupiscencia. ¿Qué razón hay, o más bien qué locura, para expulsar del número de los elegidos a un hombre que por casualidad ha probado carne por razones de salud, sin ninguna concupiscencia: pero si ha deseado vorazmente comer trufas con pimienta, solo podríais reprocharle la intemperancia, pero no condenarlo como corruptor del sello? Así sucede que no puede estar entre vuestros elegidos quien haya sido descubierto, no por concupiscencia, sino por curación, haber comido alguna parte de una gallina: pero sí puede estar entre ellos quien haya confesado vehementemente haber deseado trufas y otros pasteles sin carne. Así retenéis a quien la concupiscencia sumerge en la suciedad, pero no retenéis a quien, según pensáis, el alimento mismo mancha, aunque admitís que la contaminación por concupiscencia es mucho mayor que por el alimento, abrazando sin embargo a quien se lanza ávidamente sobre las frutas sazonadas, y no se contiene: excluyendo a quien está dispuesto a tomar y a dejar cualquier manjar humano para saciar el hambre, sin ninguna concupiscencia, con indiferencia. ¡He aquí costumbres admirables, he aquí una disciplina excelente, he aquí una templanza memorable!

52. Ahora bien, el hecho de que consideréis un sacrilegio que alguien más que los elegidos toque para comer lo que se os ofrece como para purificar, ¿cuánta torpeza y a veces cuán lleno de crimen está? Pues a menudo se da tanto que no puede ser consumido fácilmente por unos pocos. Y como se considera un sacrilegio darlo a otros que no son elegidos, o ciertamente desecharlo, os veis obligados a grandes indigestiones, deseando purificar todo lo que se os ha dado. Ya llenos, y casi reventando, obligáis con cruel dominio a los niños bajo vuestra disciplina a devorar lo que queda: de tal manera que a uno se le ha reprochado en Roma que, obligando a los pobres niños a comer, los mató con tal superstición. Lo cual no creería, si no supiera cuán gran crimen consideraríais dar esto a otros que no son elegidos, o ciertamente desecharlo. De ahí surge la necesidad de comer, que casi diariamente, a veces, puede llegar hasta el homicidio.

53. Dado que así son las cosas, también prohibís dar pan al mendigo: sin embargo, consideráis que por misericordia, o más bien por envidia, se deben dar monedas. ¿Qué debo criticar primero aquí, la crueldad o la locura? Pues, ¿qué si la situación se da en un lugar donde no se puede encontrar comida a la venta? Ese pobre hombre morirá de hambre, mientras tú, hombre sabio y benévolo, te compadeces más del pepino que del hombre. Esta es ciertamente (¿qué puedo decir más congruente y claro?) falsa misericordia y verdadera crueldad. Ahora veamos la locura. Pues, ¿qué si con las monedas que le has dado, compra pan para sí mismo? ¿No sufrirá en él esa parte vuestra divina, que toma esto del vendedor, lo que habría sufrido si lo hubiera tomado de ti? El pecador mendigo, ayudado por tus monedas para tal crimen, envuelve en suciedad la parte de Dios que desea volver: y sin embargo, vosotros, hombres prudentísimos, pensáis que hay diferencia si no dais al homicida el hombre que va a matar, pero sabiendo que con el dinero que le dais comprará lo que va a matar. ¿Qué puede añadirse a esta locura? Pues así sucede que o el hombre muere, si no encuentra comida

a la venta, o la comida misma, si la encuentra: de los cuales uno es verdadero homicidio; el otro es vuestro, pero debe atribuirse a vosotros como si ambos fueran verdaderos. Pues el hecho de que no prohibáis a vuestros oyentes comer carne, pero sí prohibís matar animales, ¿qué puede ser más insensato y perverso? Pues si tal alimento no contamina, también tomadlo vosotros: si contamina, ¿qué locura es considerar un mayor crimen liberar el alma del cerdo del cuerpo, que manchar el alma humana con el cuerpo del cerdo?

CAPÍTULO XVII.---Se revela cuál es el sello de las manos entre los maniqueos.

54. Pero ya lleguemos a considerar y tratar el sello de las manos. Y en primer lugar, el hecho de que os abstengáis de matar animales y de desgarrar plantas, Cristo lo mostró como supersticiosísimo: quien, al juzgar que no tenemos ninguna sociedad de derecho con las bestias y los árboles, envió a los demonios al rebaño de cerdos (Mateo VIII, 32), y maldijo el árbol en el que no encontró fruto, haciéndolo seco (Id. XXI, 19). Ciertamente, los cerdos no habían pecado en nada, ni aquel árbol. Pues no somos tan dementes como para pensar que el árbol es fructífero o estéril por su propia voluntad. Ni aquí debéis decir que nuestro Señor quiso significar otras cosas con estos hechos: ¿quién no lo sabe? Pero ciertamente el Hijo de Dios no debía dar un signo mediante un homicidio, si matar un árbol, como decís, es homicidio, o matar animales. Pues también de los hombres, con quienes ciertamente estamos unidos por la sociedad del derecho, dio ciertos signos; pero sanando a los hombres, no matándolos. Lo cual también haría con las bestias y los árboles, si juzgara que estamos unidos a ellos por la misma sociedad que vosotros pensáis.

55. En este lugar me ha parecido necesario interponer autoridad, porque sobre el alma de los animales y sobre cierta vida que se dice que tienen los árboles, no se puede discutir con ustedes de manera sutil. Pero dado que ustedes se protegen con un cierto privilegio, para que no puedan ser oprimidos por las Escrituras, diciendo que han sido falsificadas; aunque ustedes nunca han dicho que lo que mencioné sobre el árbol y sobre la pira de cerdos haya sido introducido por los corruptores: sin embargo, para que no consideren cuánto les adversan, y quieran decir lo mismo también sobre estos en algún momento; mantendré mi propósito, para preguntarles a ustedes, grandes promotores de la razón y la verdad, primero qué daño le hace al árbol, no digo si arrancas de él una fruta o una hoja, lo cual, según ustedes, si alguien lo hace no por imprudencia, sino a sabiendas, sin duda será condenado como corruptor del sello, sino si lo arrancas completamente de raíz. Pues el alma que ustedes creen que es racional en los árboles, al ser cortado el árbol, se libera del vínculo, ya que ustedes dicen esto, y de hecho de un vínculo en el que estaba retenida con gran miseria, sin ninguna utilidad. Porque también es conocido que ustedes, es decir, su propio autor, suelen amenazar con la reencarnación del hombre en un árbol como un gran castigo, aunque no el máximo: ¿y puede el alma en un árbol volverse más sabia como en un hombre? La razón más segura para no matar a un hombre es, para que no mates a alguien cuya sabiduría y virtud benefician mucho a otros, o a alguien que podría llegar a la sabiduría, ya sea advertido externamente por alguien, o iluminado divinamente por pensamientos internos. Pero la verdad enseña que cuanto más sabia es el alma al dejar el cuerpo, tanto más útil es su partida, tanto por la razón más sutil como por la autoridad más ampliamente difundida. Por lo tanto, quien derriba un árbol, libera un alma que no progresa en sabiduría de ese cuerpo. Así que ustedes, hombres santos, ustedes, digo, deberían ser los que más deberían cortar árboles, y llevar sus almas liberadas de ese vínculo a cosas mejores con oraciones y salmos. ¿O es posible hacer esto con esas almas, no a las que han ayudado con la mente, sino a las que han recibido con el vientre?

56. Aunque las mismas almas de los árboles, mientras están en los árboles, no progresan en sabiduría, las mayores angustias, según creo, los obligan a admitirlo, cuando se les pregunta por qué no se envía un apóstol a los árboles, o por qué el que es enviado a los hombres no predica la verdad también a los árboles. Aquí se ven obligados a responder que esas almas no pueden recibir los preceptos divinos en tales cuerpos. Pero son más fuertemente urgidos desde otro lado; ya que ustedes afirman que pueden escuchar nuestras voces, entender las palabras, observar los cuerpos y los movimientos de los cuerpos, y finalmente percibir los pensamientos mismos. Si esto es cierto, ¿por qué no pueden aprender nada del apóstol de la luz? ¿O por qué no pueden hacerlo mucho más fácilmente que nosotros, ya que también ven el interior de la mente? Pues ese maestro, que apenas los enseña hablando, como dicen, podría instruirlos pensando, ya que verían sus pensamientos antes de que hablara. Si esto es falso, vean finalmente en qué error yacen.

57. Ahora bien, que ustedes mismos no recojan las frutas, ni arranquen la hierba, pero sin embargo ordenen a sus oyentes que las recojan y las traigan a ustedes, no para que solo beneficien a quienes las traen, sino también a las cosas traídas, ¿quién, considerando bien, podría tolerarlo de alguna manera? Primero, porque no hay diferencia entre cometer el crimen uno mismo o querer que otro lo cometa por uno. Dicen que no quieren. Entonces, ¿cómo se ayuda a esa parte divina que yace en las lechugas y en los puerros, si nadie los arranca y los lleva a los santos para ser purificados? Además, si al pasar por un campo donde por derecho de amistad se te da el poder de recoger lo que quieras, ves un cuervo acechando una higuera, ¿qué harás? ¿No parece, según tu opinión, que la higuera te habla y te suplica miserablemente que la recojas tú mismo, y que la entierres para ser purificada y resucitada por el vientre santo, en lugar de que ese cuervo la devore y la mezcle con su cuerpo funesto, y la transmita para ser atada y torturada en otras formas? ¿Qué es más cruel para ti, si es verdad? ¿Qué más absurdo, si es falso? ¿Qué más contrario a tu disciplina, si rompes el sello? ¿Qué más enemigo del miembro de Dios, si lo guardas?

58. Pero esto es según su opinión falsa y trivial: pues se les demuestra que hay una crueldad cierta y manifiesta en ustedes, que surge de ese mismo error. Porque si alguien, agotado por una enfermedad con el cuerpo debilitado, y medio muerto por la peste, yace en el camino, sin poder hacer más que apenas pronunciar palabras, a quien le beneficiaría que se le diera una pera para fortalecer su cuerpo, y te ruega y suplica que le ayudes trayendo una fruta del árbol cercano, del cual no estás prohibido por ningún derecho humano, ni verdadero; si no lo haces, morirá en poco tiempo; tú, hombre cristiano y santo, pasarás de largo y abandonarás al hombre en tal estado y suplicante, para que el árbol no llore mientras se le quita el fruto, y tú, disolutor del sello, seas destinado a los castigos maniqueos. ¡Oh costumbres y singular inocencia!

59. Pero ahora preguntaré sobre la matanza de animales, lo que me preocupa, y muchas cosas de este tipo también pueden decirse en este género. Pues, ¿qué daño le hace al alma del lobo, quien mata a un lobo: ya que ese lobo, mientras viva, seguirá siendo un lobo, y no obedecerá a ningún predicador para que se abstenga un poco de la sangre de las ovejas; y según ustedes, el alma racional se libera de ese vínculo corporal al ser matada la bestia? Y de esta matanza también prohíben a sus oyentes: pues parece mayor que en los árboles. Aquí no critico mucho sus sentidos, es decir, los corporales. Pues vemos y sentimos con las voces, que los animales mueren con dolor, lo cual el hombre desprecia en la bestia, con la cual, ciertamente, al no tener un alma racional, no está unido por ninguna sociedad de ley. Pero busco esos mismos sentidos de ustedes al observar los árboles, y los encuentro completamente ciegos. Pues, para omitir que en la madera no aparecen movimientos de sentido del dolor, ¿qué es más evidente que el árbol se encuentra en su mejor estado cuando está vigoroso, cuando está frondoso,

cuando está alegre con flores, opulento con frutos? Pero esto generalmente y principalmente se le proporciona con la poda. Si el hierro sintiera así como ustedes quieren, se marchitaría más bien afectado por tantas y tan grandes heridas, que reviviría con tan cierta exultación brotando de esos lugares.

60. Sin embargo, ¿por qué consideran un mayor crimen cortar animales que plantas, cuando estas les parecen tener un alma más pura que las carnes? Se hace, dicen, una cierta compensación, cuando de lo que se toma de los campos, se da una parte a los elegidos y santos para ser purificada. Ya se ha frustrado esto anteriormente, y se ha demostrado suficientemente, según creo, que no se puede decir con razón que hay más de esa buena parte en los frutos que en las carnes. Pero si alguien sostiene su sustento vendiendo carnes, y consume toda la ganancia de tal negocio en comprar alimentos para sus elegidos, y lleva más alimentos a estos santos que el agricultor y campesino; ¿no clamará que por la misma compensación le está permitido matar animales? Hay, dice, otra razón muy secreta. Pues no le falta al hombre astuto un refugio en la oscuridad de la naturaleza contra los ignorantes. Los príncipes celestiales, dice, que fueron capturados y encadenados de la raza de las tinieblas, fueron ordenados por el Creador del mundo en esos lugares, cada uno posee en la tierra los animales que vienen de su propio género y estirpe: quienes mantienen a los asesinos de ellos como culpables, y no les permiten salir de este mundo, y los atormentan con los castigos y torturas que pueden. ¿Quién de los ignorantes no temerá esto, y quién, en tanta oscuridad, no pensará que esto es como se dice? Pero no abandonaré mi propósito, al que Dios asistirá, para que las mentiras oscuras sean refutadas por la verdad más clara.

61. Pues pregunto, si los animales que están en la tierra y en las aguas, vienen de ese género de príncipes por sucesión de prole y operación de concubito, cuando el origen de los nacimientos se remonta a esos fetos abortivos; pregunto, digo, si es así, si no es un crimen matar abejas, ranas y muchas otras que nacen sin concubito. Dicen que es un crimen. Entonces no prohíben a sus oyentes la matanza de animales por parentesco con príncipes desconocidos. O si dicen que hay un parentesco general de todos los cuerpos, las plantas también pertenecerán sin duda a la misma ofensa de los príncipes, a las cuales no se les manda a los oyentes que perdonen. Se vuelve entonces a lo débil, que lo que los oyentes dañan en las plantas, se expía por los frutos que llevan a su iglesia. Pues se ha dicho que de esta manera, aquellos que en el mercado matan animales y venden carnes, si son sus oyentes, y llevan sus ganancias a ustedes en frutos comprados, pueden despreciar esa matanza diaria, y lo que sea pecado en ella, se borra con sus banquetes.

62. Pero si dicen, como sobre las frutas y las verduras, que debería haberse hecho para que esa matanza mereciera perdón; lo cual, porque no puede hacerse (pues los elegidos no comen carne), los oyentes deben abstenerse de la matanza de animales: ¿qué responderán sobre las espinas y hierbas inútiles, que los agricultores matan arrancándolas al limpiar los campos, y de las cuales no pueden ofrecerles ningún alimento? ¿Cómo se obtendrá el perdón por tanta devastación, de la cual no hay alimento para los santos? ¿O tal vez lo que se haya pecado para que los frutos y las frutas prosperen, y de esos mismos frutos y frutas coman algo y lo disuelvan? ¿Qué si entonces las langostas o los ratones y los topes devastan los campos, lo cual es evidente que sucede a menudo? ¿Serán matados impunemente por su agricultor oyente, porque peca para que los frutos prosperen? Aquí ciertamente se ven acorralados. O conceden a los oyentes la matanza de animales, lo cual su autor no quiso conceder, o también los prohibirán de la agricultura, lo cual él concedió. Aunque a menudo se atreven a decir que el usurero es más inocente que el campesino; hasta tal punto son más amigos de los melones que de los hombres. Pues juzgan mejor que el hombre sea destruido por el interés, para que no se dañen los melones. ¿Es esta la justicia que debe buscarse y proclamarse, o más bien la

falsedad que debe execrarse y condenarse? ¿Es esta la misericordia memorable, o más bien la inhumanidad que debe execrarse?

63. ¿Qué hay de que ni siquiera ustedes mismos se abstienen de matar piojos, pulgas y chinches? Y consideran una gran defensa de esto el decir que son suciedades de nuestros cuerpos. Lo cual, en primer lugar, es claramente falso sobre la pulga y la chinche. Pues, ¿a quién no le es evidente que estos animales no provienen de nuestro cuerpo? Además, si execran el concúbito vehementemente, lo cual quieren que parezca mucho, ¿por qué no les parecen más puros los animales que nacen de nuestra carne sin concúbito? Pues aunque después se reproduzcan cohabitando, no nacen de nuestro cuerpo cohabitando. Ahora bien, si cualquier cosa que se genera de cuerpos vivos debe considerarse la más sucia, mucho más cualquier cosa que se genera de cuerpos muertos. Por lo tanto, se mata impunemente ya sea un ratón, o una serpiente, o un escorpión, que se dice que nacen de cadáveres humanos, lo cual solemos escuchar principalmente de ustedes. Pero omito lo oscuro e incierto. De las abejas ciertamente hay una fama más célebre, que nacen de los cadáveres de los bueyes. Por lo tanto, se matan impunemente. Pero si esto también es dudoso, casi nadie duda de los escarabajos, que nacen del estiércol que ellos mismos han redondeado en una bola y enterrado. Estos animales y otros que sería largo de enumerar, ciertamente deben considerarse más sucios que sus piojos; y sin embargo, les parece un crimen matarlos, pero no a estos: a menos que tal vez desprecien estos animales porque son pequeños. Ciertamente, si es así, que cuanto más pequeño es el animal, más despreciable debe ser, es necesario que prefieran el camello al hombre.

64. A esto se añade esa gradación, que cuando los escuchaba, a menudo nos turbaba. Pues no hay razón para que, debido a la pequeña medida del cuerpo, se deba matar una pulga, y no también una mosca que nace en el haba. Y si esta, ¿por qué no también esta otra un poco más grande, cuyo feto ciertamente es menor que aquella? Esto también sigue, que la abeja también se mata sin culpa, cuyo cría es igual a esta mosca. De ahí al cría de la langosta y la langosta, de ahí al cría del ratón y el ratón. Y para no alargarme, ¿no ven que con estos pasos se llega al elefante, de modo que no se puede rechazar en absoluto que se mate sin culpa a esa enorme bestia, quienquiera que no piense que es un pecado matar una pulga debido a su pequeño cuerpo? Pero ya creo que se ha dicho lo suficiente sobre estas tonterías.

CAPÍTULO XVIII.---Sobre el sello del seno y los nefandos misterios de los Maniqueos.

65. Resta el sello del seno, en el cual su castidad es muy incierta. Pues no prohíben el concúbito, sino que, como se dijo mucho antes por el Apóstol, verdaderamente prohíben las nupcias (I Tim. IV, 3), que es la única defensa honesta de tal obra. Aquí no dudo que ustedes clamarán, y harán una acusación, diciendo que ustedes recomiendan y alaban vehementemente la castidad perfecta, pero no prohíben las nupcias; ya que sus oyentes, que tienen el segundo grado entre ustedes, no se les prohíbe tomar y tener esposas. Lo cual, cuando lo digan con gran voz y gran indignación, yo les preguntaré más suavemente de esta manera: ¿no son ustedes quienes creen que engendrar hijos, porque el alma se liga en la carne, es un pecado más grave que el mismo concúbito? ¿No son ustedes quienes solían advertirnos que, tanto como fuera posible, observáramos el tiempo en que la mujer, después de la purificación de las entrañas genitales, estuviera apta para la concepción, y que en ese tiempo nos abstuviéramos del concúbito, para que el alma no se implicara en la carne? De lo cual se sigue que no consideran tener esposa para procrear hijos, sino para saciar la lujuria. Pero las nupcias, como las mismas tablas nupciales proclaman, unen al hombre y la mujer para procrear hijos: por lo tanto, quien dice que procrear hijos es un pecado más grave que el concúbito, prohíbe las nupcias; y no hace a la mujer esposa, sino prostituta, quien se une al

hombre para satisfacer su lujuria con ciertas cosas dadas. Pues si es esposa, es matrimonio. Pero no es matrimonio donde se da la obra para que no sea madre: por lo tanto, no es esposa. Por lo tanto, prohíben las nupcias, y no se defienden de este crimen, que hace tiempo fue predicho por el Espíritu Santo sobre ustedes, con ninguna razón.

66. Ahora bien, cuando se esfuerzan vehementemente para que el alma no se ligue en la carne por el concúbito, y afirman vehementemente que el alma se libera de las semillas por el alimento de los santos, ¿no confirman, oh miserables, lo que la gente sospecha de ustedes? Pues, ¿por qué se cree que quieren liberar el alma de los granos de trigo, de las habas, de las lentejas y otras semillas, cuando se alimentan de ellas, y no se crea de las semillas de los animales? Pues no pueden decir que la carne misma del animal muerto es impura, porque no tiene alma; esto no lo pueden decir del semen del animal, en el cual creen que el alma está ligada, que aparecerá en la prole, y en el cual confiesan que el alma del mismo Maniqueo estaba implicada. Y porque no pueden ser traídas tales semillas para ser purificadas por sus oyentes, ¿quién no sospechará que se hace entre ustedes mismos en secreto tal purificación, y por eso se oculta a ellos, para que no los abandonen? Lo cual, si no lo hacen, lo cual ojalá sea así, sin embargo, ven cuán abierta está su superstición a la sospecha, y cómo no se debe culpar a las personas por pensar esto, que se deduce de su profesión, cuando ustedes proclaman que liberan las almas de los cuerpos y los sentidos a través de la comida y la bebida. No quiero detenerme más aquí; y ven cuán amplio es el lugar de la invectiva. Pero porque también es tal asunto, que el discurso debe temer más que atacar, y ese propósito mío que se puede notar a lo largo de todo el discurso, en el cual decidí no exagerar, sino tratar las cosas y razones de manera desnuda, pasemos a otra cosa.

#### CAPÍTULO XIX.---Crímenes de los Maniqueos.

67. Ya es suficiente evidente cuáles son sus tres sellos. Estos son sus modales, este es el fin de sus admirables preceptos, donde nada es cierto, nada constante, nada razonable, nada inculpable: sino todo dudoso, o más bien sin duda falsísimo, todo contradictorio, abominable, absurdo. Finalmente, se descubren tantos y tan graves pecados en estos modales, que si alguien quisiera acusar todos, un hombre de alguna habilidad podría, al menos, dedicar un volumen a cada uno. Por lo tanto, si los guardaran, y cumplieran su profesión, nada sería más inepto, nada más tonto, nada más inexperto que ustedes: pero cuando alaban y enseñan estas cosas, y no las hacen, ¿qué puede decirse o encontrarse más engañoso, más insidioso, más malicioso que ustedes?

68. Durante nueve años completos los escuché con gran cuidado y diligencia, no pude conocer a ninguno de los elegidos que, según estos preceptos, no fuera descubierto en pecado, o al menos sujeto a sospecha. Muchos fueron encontrados en vino y carnes, muchos bañándose en baños. Pero estas cosas las escuchábamos. Algunos fueron probados haber seducido a mujeres ajenas, de modo que de esto no puedo dudar en absoluto. Pero que esto también sea más fama que verdad. Yo mismo vi, no solo, sino con aquellos que en parte ya han sido liberados de esa superstición, en parte aún deseo que sean liberados; vimos, pues, en el cruce de caminos de Cartago, en una plaza muy concurrida, no a uno, sino a más de tres elegidos juntos relinchando con un gesto tan descarado tras unas mujeres que pasaban, que superaban toda la impudicia e imprudencia de los hombres vulgares. Lo cual claramente venía de una gran costumbre, y mostraba suficientemente que vivían así entre ellos, ya que ninguno temía la presencia del compañero, todos, o ciertamente casi todos, indicaban estar afectados por la misma plaga. Pues no eran de una sola casa, sino que habitaban en lugares completamente diferentes, y habían descendido juntos por casualidad del lugar donde se había hecho la reunión de todos. Nosotros, sin embargo, nos sentimos gravemente

conmovidos, y también nos quejamos gravemente. ¿Quién finalmente pensó que esto debía ser castigado, no digo con separación de la iglesia, sino al menos con una vehemente reprensión por la magnitud del escándalo?

69. Y esta era toda la excusa de su impunidad, que en el tiempo en que sus reuniones estaban prohibidas por ley pública, se temía que si se revelaba algún daño, habría represalias. ¿Dónde queda entonces lo que predicán sobre una persecución perpetua en este mundo, y por eso quieren ser considerados más recomendables, interpretando que este mundo los odia (Juan XV, 18); y afirmando que la verdad debe buscarse entre ellos, porque en la promesa del Espíritu Santo se dijo que este mundo no lo puede recibir (Juan XIV, 17)? No es este el lugar para discutir sobre eso. Pero ciertamente, si la persecución para ustedes será perpetua hasta el fin del mundo, también será perpetua esta disolución y la impunidad de tanta indecencia, mientras teman hacer daño a tales personas.

70. También se nos respondió, cuando llevamos a los principales la queja de una mujer que, estando en una habitación con otras mujeres, segura de la santidad de ellos, al entrar varios elegidos y apagar uno de ellos la lámpara, fue asaltada en la oscuridad por uno de ellos y forzada a la deshonra, a no ser que hubiera escapado con la ayuda de sus gritos. Este crimen, que nos es bien conocido, ¿de cuánta costumbre se debe suponer que proviene? Y esto ocurrió la noche en que se celebran entre ustedes las vigiliás festivas. Pero en verdad, aunque no hubiera temor de traición, ¿quién podría presentar al obispo un caso condenable, si se había precavido para no ser reconocido? Como si no todos estuvieran implicados en el mismo crimen, quienes entraron juntos. Pues a todos les había complacido apagar la lámpara mientras bromeaban con desenfreno.

71. ¿Cuántas puertas se abrían a las sospechas cuando los encontrábamos envidiosos, avaros, ávidos de banquetes exquisitos, frecuentemente en disputas, y fácilmente alterados por cosas insignificantes? No pensábamos que pudieran contenerse, aquellos que profesaban contenerse, cuando encontraban escondites y oscuridad. Había dos hombres de bastante buena reputación, de ingenio fácil, y líderes en sus discusiones, más cercanos a nosotros que los demás. Uno de ellos, que por sus estudios liberales se había unido más estrechamente a nosotros, ahora se dice que es presbítero allí. Estos se envidiaban gravemente, y uno acusaba al otro, no con acusación manifiesta, sino con palabras y susurros entre quienes podía, de haber intentado violentamente a la esposa de un oyente. Pero él, defendiéndose, acusaba a otro elegido del mismo crimen, que vivía con el mismo oyente como amigo fidelísimo: pues al haberlo sorprendido de repente con la mujer, decía que la mujer y el adúltero habían sido aconsejados por aquel enemigo y envidioso, para que se fabricara una calumnia contra él, para que si algo se revelaba, no se creyera. Nos angustiaba y molestaba mucho, que aunque era incierto lo de la mujer asaltada, la envidia entre esos dos, los mejores que encontrábamos allí, era muy evidente, y nos obligaba a sospechar otras cosas.

72. Finalmente, encontramos a los elegidos en los teatros, tanto de edad como, al parecer, de costumbres serias, con un anciano presbítero muy a menudo. Omito a los jóvenes, a quienes también solíamos sorprender peleando por actores y aurigas, lo cual es un argumento no menor de cómo pueden contenerse de lo oculto, cuando no pueden superar esa pasión que los expone a los ojos de sus oyentes, y los delata avergonzados y huidizos. ¿O acaso también se habría revelado aquel gran escándalo de aquel santo, a cuyas discusiones solíamos asistir en el barrio de los higos, si hubiera podido hacer a una mujer virgen consagrada, no solo mujer, sino también embarazada? Pero el mal oculto e increíble, al crecer el vientre, no pudo permanecer oculto. Cuando la madre se lo reveló a su joven hermano, dolido intensamente,

sin embargo, por el nombre de la religión fue disuadido de una acusación pública; y logró que aquel (pues nadie podría soportar esto) fuera expulsado de aquella iglesia: y para que el asunto no quedara completamente impune, tomó la decisión, junto con amigos, de golpear al hombre con puños y patadas. Pero mientras era golpeado severamente, clamaba que se le perdonara por la autoridad de Maniqueo, que Adán, el primer héroe, había pecado, y después del pecado había sido más santo.

73. Tal es, en efecto, la opinión entre ustedes sobre Adán y Eva: es una larga fábula, pero de ella tocaré lo que es suficiente por ahora. Dicen que Adán fue engendrado por sus padres, aquellos príncipes abortivos de las tinieblas, de modo que tenía la mayor parte de luz en su alma, y una muy pequeña de la raza adversa. Que cuando vivía santamente debido a la abundante cantidad de bien, sin embargo, la parte adversa en él se agitó, para que se inclinara al concubinato: así cayó y pecó, pero vivió después más santamente. Aquí no me quejo tanto del hombre malvado, que con un nefando estupro llevó a una familia ajena, bajo el hábito de un elegido y santo varón, a tal deshonra e infamia. No les reprocho esto a ustedes. Que sea esto más bien de un hombre perdidísimo que de su costumbre. No acuso tanto este escándalo en ustedes, sino en él. Sin embargo, no sé cómo puede ser soportado y tolerado entre todos ustedes, que cuando dicen que el alma es parte de Dios, afirman que incluso con un pequeño mal mezclado, su mayor cantidad y abundancia es superada. Pues, ¿quién, cuando crea esto, y sea asaltado por la lujuria, no recurrirá a tal defensa, en lugar de refrenar y reprimir esa lujuria?

#### CAPÍTULO XX.---Escándalos de los mismos descubiertos en Roma.

74. ¿Qué más puedo decir sobre sus costumbres? He dicho lo que yo mismo he descubierto, cuando estaba en la ciudad donde se cometieron estas cosas. Pero lo que ocurrió en Roma en mi ausencia es demasiado largo de explicar. Sin embargo, lo diré brevemente. Pues el asunto estalló de tal manera que no podía permanecer oculto a los ausentes: y cuando estuve en Roma después, confirmé que todo lo que había oído era verdad; aunque un amigo muy cercano y probado, que estaba presente, me había informado del asunto, de modo que no podía dudar en absoluto. Pues un oyente suyo, en aquella memorable abstinencia, no cediendo en nada a los elegidos, que también estaba educado liberalmente, y solía y quería defender su secta con elocuencia, se molestaba mucho porque a menudo se le objetaban los pésimos y desordenados hábitos de los elegidos que vivían de manera desordenada y vagabunda. Deseaba, por tanto, si fuera posible, reunir a todos los que estuvieran dispuestos a vivir según esos preceptos en su casa, y mantenerlos a sus expensas. Pues era un despreciador de dinero no mediocre, y no mediocrementemente adinerado. Sin embargo, se quejaba de que sus grandes esfuerzos eran impedidos por la disolución de los obispos, con cuya ayuda debía cumplirlos. Mientras tanto, un obispo suyo, un hombre claramente, como yo mismo experimenté, rústico e inculto, pero de alguna manera, por esa misma dureza, parecía más severo en la custodia de las buenas costumbres. Este, largamente deseado y finalmente presente, fue abordado por este hombre, quien le expuso su voluntad: él lo alabó y consintió, y acordaron que él mismo comenzara a vivir en su casa. Cuando esto se hizo, se congregaron todos los elegidos que pudieron estar en Roma. Se propuso una regla de vida de la carta de Maniqueo: a muchos les pareció intolerable; se fueron: sin embargo, no pocos permanecieron por vergüenza. Se comenzó a vivir como se había acordado, y como prescribía tal autoridad: mientras tanto, el oyente los obligaba vehementemente a todo, sin exigir a nadie lo que él mismo no asumiera primero. Mientras tanto, surgían frecuentes disputas entre los elegidos, se lanzaban acusaciones mutuas, que él escuchaba gimiendo, y se esforzaba para que se delataran imprudentemente en sus disputas: revelaban cosas nefandas e inmensas. Allí se conoció cómo eran, quienes sin embargo entre los demás consideraban que debían someterse

a la fuerza de esos preceptos. ¿Qué se debía sospechar de los demás, o más bien, qué se debía juzgar? ¿Qué más? Finalmente, murmuraron que esos mandatos no podían ser sostenidos: de ahí a la sedición. El oyente defendía su causa con un argumento muy breve, o todo eso debía ser observado, o aquel que había ordenado tales cosas bajo tal condición, que nadie podía cumplir, debía ser considerado muy necio. Sin embargo, prevaleció, pues de otro modo no podía, la opinión de uno sobre el clamor desenfrenado de muchos. Después, incluso el obispo cedió, y huyó con gran deshonra: de quien se decía que frecuentemente se encontraban alimentos tomados en secreto fuera de la regla, pues tenía a su disposición dinero abundante cuidadosamente oculto en su propio saco.

75. Si dicen que esto es falso, se oponen a cosas demasiado evidentes y divulgadas. Pero ojalá lo dijeran. Pues siendo estas cosas manifiestas, y para quienes quisieran saberlas, muy fáciles de conocer, se entiende cuán verazmente suelen hablar quienes niegan que estas cosas sean verdaderas. Pero usan otras defensas, que no desapruebo. O dicen que hay algunos que guardan sus preceptos, y que no deben ser manchados por los crímenes de otros; o que no se debe investigar en absoluto cómo son las personas que profesan su secta, sino cómo es la propia profesión. Aunque admito ambas cosas (aunque no puedan demostrar a esos fieles observadores de los mandatos, ni purgar la herejía de tantas y tan grandes tonterías y crímenes), sin embargo, les exigiré mucho, por qué atacan con maldiciones a los cristianos de nombre católico, observando la vida perdida de algunos; cuando se trata de sus propios hombres, o impúdicamente rechazan que se les cuestione, o más impúdicamente no lo rechazan, y quieren que se entienda que en su pequeña comunidad se esconden no sé quiénes que guardan sus preceptos, y en la gran multitud católica no quieren.